

LA CARTA

Todos los misterios están escritos, de ti depende saber leerlos

La despedida en el aeropuerto fue el punto final a la historia de Pablo y Carol. Ella volvía a Lisboa y él se quedaba de nuevo en Madrid, en su pequeño mundo del que a veces, pensaba que hubiera sido mejor no haber salido nunca.

Los meses transcurridos desde el episodio de Agláope, solo sirvieron para dejar ver el gran abismo que separaba sus vidas. Pablo, era un hombre con vocación de espíritu libre y se sintió enjaulado entre los brazos y los lazos de Carol.

Desde que Julia marchó con Jorge a Barcelona, habían perdido todo el contacto con el mundo exterior y cada vez se distanciaban más el uno del otro por el mero hecho de estar tan juntos. A parte de las horas dedicadas al trabajo, no había más momentos en el día en los que Pablo se sintiese uno, impar y libre. Notaba la asfixiante presencia de Carol a cada paso y llegó a pensar que erró el tiro aquella noche en la que no se hundió en las frías y oscuras aguas del estanque.

Fueron a Barcelona para que Carol conocieran a la hija de Pablo y ni que decir tiene que a ella no le gustó nada la nueva “novia” de su padre, la encontró altiva y prepotente, para nada a su altura, aunque bien es cierto que para ella pocas personas podían estar a su altura.

Estuvieron allí una semana en la cual Pablo enseñó a Carol los lugares donde transcurrió su infancia, el barrio donde desde pequeño, aprendió las normas básicas de convivencia, en un grupo de adolescentes que aplicaban las más elementales normas de jerarquía que luego se iba a encontrar en el mundo real. Ahora, cuando veía un documental sobre animales en la televisión, recordaba perfectamente sus juegos de crío y adolescente, copias exactas a los que practican los felinos africanos para definir el jefe de la manada.

A la vuelta de Barcelona y con la gran satisfacción de ver a su hija muy ilusionada por el embarazo, se instalaron en el piso de Pablo en la calle Huertas. Le hacía ilusión volver a tener alguien que hiciese ruido en la casa. Poco tiempo después, se dio cuenta de lo equivocado que estaba. Eran muy diferentes, la convivencia se fue deteriorando hasta el punto de llegar a ser hiriente. Las viejas costumbre de Pablo, pasaron a ser las nuevas exigencias de Carol y poco a poco, se fue deshaciendo el cariño que se tenían como un azucarillo en un café.

Un domingo por la mañana, después de estar todo un sábado tirados en el sofá sin nada mejor que hacer que ver un programa televisivo de un género peor al telebasura, se sentó en el borde de la cama y le dijo a Carol lo que pensaba, sentía y prácticamente había decidido, aquello ya no se sostenía, no podía continuar;

- Carol, tenemos que hablar. No aguanto más esta situación. Siento que mi vida se está yendo entre mis dedos, como si fuese arena de playa que no consigo mantener en la mano. Mi vida está perdiendo el sentido y quiero que lo dejemos una temporada.
- Pero ¿Que estás diciendo Pablo? ¿Ya no eres feliz conmigo?
- Hace unos meses que la cosa no funciona. No tenemos amigos, no salimos a ninguna parte y nos hemos convertido en una pareja estándar.
- Podrías habérmelo dicho. Creí que había la suficiente confianza como para hablar de este tema. Además, yo no he notado nada extraño, creí que éramos felices
- Ese es el problema, que das todo por hecho y no dialogas conmigo. Das por hecho que soy feliz y ni tan siquiera has pensado en que podría no serlo, ni siquiera te has planteado que esta rutinaria vida “maravillosa” me esté llevando al abismo de mí mismo.
- ¡OH ¡Pablo... No dramatices por favor.
- Está bien Carol. Se acabó. No puedo continuar así. Quiero volver a mi vida anterior, te pido un tiempo de reflexión. Espero que seamos adultos y lo entiendas.
- Claro, no hay problema. Supongo que todo estaría mejor en tu vida si ese monstruo te hubiese llevado con ella al fondo del estanque. Maldigo el momento en que te creí. Nunca me has amado más que a ella – Carol gritaba fuera de sí-
¡¡Lo Maldigo!!-
- Voy a salir a tomar el aire, por favor, busca donde ir porque quiero que esto se acabe cuanto antes.

Pablo se vistió despacio, colocándose cada pieza de ropa de forma parsimoniosa, mientras oía a Carol hablar por teléfono, hablaba en portugués, sabía que se marchaba y seguramente sería lo mejor, cogió la chaqueta y salió del piso en dirección desconocida. Solo deseaba no hacerle daño, pero quería que saliese de su vida y cuanto antes. En su cabeza resonaba los gritos de Carol, acordándose de

Agláope. Él tampoco había conseguido olvidarla, como si desde El Retiro, siguiese cantando su melodía favorita y continuase embrujado por aquellos dos hermosos ojos color ámbar

Recorrió a pequeños pasos las calles y sin quererlo se encaminó hacia El Retiro. Cuando estuvo cerca del estanque, no pudo por menos que sentir como una corriente recorría todo su cuerpo, desde que Agláope volvió a las aguas, rara vez paseaban por allí, aunque la verdad era que rara vez paseaban por parte alguna. Se sentó en una de las sillas y dejó que la brisa lo envolviese. Respiró profundamente y sintió que la libertad volvía a entrar en su cuerpo, como una bocanada de vida nueva y limpia. Se dejó mecer y se adormiló, mientras tenía los ojos cerrados, creyó oír a la sirena llamarle desde el fondo del estanque, pero solo fue eso, la imaginación, al instante unos niños gritando lo devolvieron a la realidad.

Cuando volvió a casa, Carol ya tenía sus cosas preparadas.

- Me marcho con mi familia Pablo, creo que tienes razón y un tiempo distanciados nos irá bien a los dos. Siento si te he hecho daño, pero no era mi intención.
- Discúlpame tú por mis palabras. Yo también siento que esto ha dejado de funcionar y creo que será la mejor solución.

Ambos se miraban de forma tierna, una vez pasada la tormenta, volvían a ser seres racionales que sabían lo que realmente podía ser lo mejor en sus vidas. Carol tenía el corazón encogido, lo amaba, pero quizás no supo amarlo como él necesitaba y a Pablo por su parte, se le escaparon dos lágrimas cuando en el centro del comedor, se abrazaron y supo que esta podría ser la última vez que sintiese su frágil cuerpo contra sí.

Aquella noche fue muy dura, cenaron casi sin hablarse y cada mirada era una forma tormentosa de despedida. Pablo fue a la ducha y al regresar a la cama, Carol ya dormía, o al menos eso le parecía a él. Se compadeció de sí mismo al volver a escoger la soledad como compañera de cama.

- Pablo, ¿puedo hacerte una pregunta?
- Pensaba que dormías, claro. Dispara.
- ¿Me has amado alguna vez?
- Carol, yo... te he querido mucho y hemos pasado muchas cosas buenas juntos.
- O sea que nunca me has amado.

- No es eso, es que la palabra “amar” es algo imprecisa...
- Déjalo. No te esfuerces. Tengo vuelo a Lisboa mañana, ¿Me podrás llevar al aeropuerto? Quiero acabar con esto cuanto antes.
- Por supuesto, no te preocupes. – Pablo notó que no había sido justo con ella, aunque al menos sí muy sincero.

Se durmieron, y en los sueños de aquella noche, hubo risas, llantos, miradas y besos, pero sobre todo apareció algo que los había unido y que ahora los separaba, una hermosa sirena.

Cuando volvió del aeropuerto, Pablo se acercó a la tintorería. Hacía tiempo que tenía allí unos trajes que ahora necesitaba para la presentación que iba a hacer en el congreso de vendedores y comerciales de la firma.

Se paró frente a la lavandería y estuvo observando la calle, todo tenía otro color, otro olor, olía a soledad, pero también olía a libertad. Entró por fin en la tienda y recogió la ropa que le entregó una amable y sonriente señora. Las lavanderías siempre había sido un sitio querido para él. Pensaba que los dependientes de esas tiendas, tenían que ser pulcros y muy meticulosos y eso le gustaba.

Llegó a casa y notó de nuevo el silencio, aquel silencio denso, que le había acompañado tantas veces hasta que Carol apareció. Pensó que era hora de ir arreglándose, para romper con el silencio y los recuerdos que la portuguesa había dejado por toda la casa, colocó un CD de Police, y comenzó a desenvolver los trajes, escogiendo para esa presentación el azul marino que tan bien le sentaba. Se colocó una camisa azul claro y una corbata blanca. Le gustaba llevar siempre algo que rompiera la tiranía de los colores lisos combinados. Al ir a colocarse la chaqueta, notó algo raro, la chaqueta no le cabía. Era incapaz de ajustarla, porque apenas podía colocarla en su cuerpo. ¡Joder! pensó, o me he engordado como un hipopótamo o esta chaqueta no es mía. La miró bien y aunque parecía del mismo color del traje, se veía claramente que no era de su talla. Rebuscó por los bolsillos por si encontraba algún resguardo de la tienda o alguna identificación.

En el bolsillo interior, sus dedos tropezaron con algo, un papel. Lo sacó y se llevó una gran sorpresa al ver que lo que tenía en las manos era una carta medio arrugada escrita con una caligrafía redonda y bonita. El folio estaba doblado en cuatro partes y sopesó si abrirlo totalmente y leerlo o por el contrario entregarlo en la tintorería, finalmente se sentó en el sofá, con el papel en la mano y se tomó un tiempo para ir desdoblándolo cuidadosamente, como si arrancase los pétalos de una rosa.

Le gustaba sentarse en la salida de emergencia, pero esta vez no tuvo suerte y le tocó un asiento al final del avión. El sitio contiguo estaba vacío y eso le ayudó a sentirse más cómoda sin tener que estar presta a conversaciones odiosas en las que no le apetecía participar, además deseaba dormir un poco. En los asientos de la otra fila, una pareja se daban arrumacos mientras comentaban lo bien que lo iban a pasar en Lisboa.

Carol hacía tiempo que lo estaba notando, Pablo estaba inquieto, en ocasiones muy callado y en otras hablaba de cosas intrascendentes como si fuesen las más importantes del mundo. Sabía que pasaba por momentos delicados en la empresa y por eso, pensó que poco o nada tenía que ver su desasosiego con ella. Que ciega. Quizás con la ceguera del amor. También sabía cuánto marcó a Pablo la marcha de la sirena, aunque apostó por la relación y pensó que lograría hacer que se sintiese bien y amado en su compañía, ahora veía desde la altura del avión, que aún había estado más lejos de él, en la intimidad de su cama.

En Lisboa le esperaba su familia y una vida que había dejado atrás unos meses antes, en busca de un sueño, en busca de una ilusión que la hiciese feliz, pero volvía vacía, herida y sola, mucho peor que cuando decidió marcharse a Madrid. Pero Carol era una luchadora y ni mil Pablos podrían hacerla desistir de encontrar la felicidad. Solo sería cuestión de tiempo el que lo sacara de su vida, a él, a su maldita obsesión por el orden y a su maldita sirena.

Se quedó dormida y en los sueños que tuvo, apareció una niña que jugaba con otras niñas en la puerta de su casa, bajo la atenta mirada de su madre. Las otras niñas se levantaron para marcharse y ella las quiso seguir, pero la voz autoritaria, casi militar de su madre, le dio una sola orden. – ¡Quieta ¡ella supo enseguida que no debía seguir las. Así era el mundo que le esperaba, una mujer amargada por la ausencia de un marido y un hermano al que odiaba profundamente.

Le sacó de aquel horrible sueño la dulce voz de la azafata.

- ¿Café o Chá? – Pregunto amablemente
- Chá, Se faz favor- Contestó Carol que volvía a utilizar su lengua materna.

Acercó el vaso de té a la boca, notó el calor de la infusión cerca de sus labios y el aroma que desprendía, un aroma inolvidable que la transportó nuevamente al central, junto a Pablo. Ensimismada, mirando el cielo azul que tenía al alcance de la mano, con solo traspasar el cristal de la ventanilla, se juró que nunca más le volverían a hacer daño y que sería ella quien humillaría a todos los Pablos del mundo.

Al salir por el aeropuerto de Lisboa, hacia la recogida de maletas, reparó en el tiempo que hacía que no comía un pastel de Belém acompañado de un buen café portugués, así que se sentó en el pequeño bar y nuevamente volvió a los sabores de la vida de su país. A los pasteles de Belém que devoraba en la época universitaria y en el sabor casi perfecto de aquel café caliente, aromatizado con canela, amargo, fuerte y espeso que dejaba en su boca sabores africanos. Junto a ella, se sentó un chico, más joven, que venía en su mismo vuelo y que en un acento claramente español, le pidió, casi suplicó que le dejase invitarla. Carol sonrió y le dijo que sí. Empezaba a sentirse ella también una sirena, pero no iba a ser tan dulce como Agláoipe, iba a ser mucho más despiadada.

Cuando leyó la carta, Pablo se dio cuenta que lo que tenía entre las manos no era solo una carta, la releyó por si no había entendido bien el contenido, pero no, comprendía perfectamente lo que allí había escrito. No sabía qué hacer, volvió a pensar en ir a la tintorería, pero seguro que sería una pérdida de tiempo, si bien el propietario de la chaqueta habría dado sus datos, era difícil saber dónde estaría el resto del traje al que pertenecía, quizás ya lo hubiese entregado la dueña del establecimiento y el hombre aún no había reparado en el error. Por otra parte, a él le apetecía mucho saber cómo había surgido todo lo que había leído. Por lo tanto, solo se le ocurrió una cosa; poner rumbo a La Habana y encontrar a Sandy, la remitente de la carta.

Para ir a Cuba, primero tenía que dejar cerrado los temas del trabajo, que ahora más que nunca dependían de su buen hacer para conseguir ese cliente que salvase la temporada y la inminente presentación a los comerciales y vendedores. Después ya hablaría con su jefa para pedir unos días de vacaciones y marcharse a la isla a encontrar a Sandy.

Se colocó otro traje de los que había traído de la tintorería y salió camino de la oficina. La presentación era a las cuatro, así que tenía tiempo de pasar por el 14 de Huertas y saludar a Manolo y Ángela.

- ¡Hola ¡¿Os queda algún café?
- Hola Pablo – Le contestó Manolo, secándose las manos en su viejo trapo colgado al cinto- Claro que tenemos café, tenemos tanto que si te lo bebieses todo podrías estar sin dormir el resto de tu vida.
- Que exagerado eres Manolo. Con uno me basta.
- ¿Cortito como siempre?
- Si claro. Oye Manolo, ¿Has estado alguna vez en Cuba?
- ¿Yo? – Lo miró con cara de sorpresa- Por supuesto que no, lo más lejos que he llegado desde el pueblo es aquí. ¿Has pensado irte a Cuba?
- La verdad es que me apetecería ir antes de que el viejo comandante “la diñe” y la isla sea pasto de los *Yankees*. - Era una vieja teoría de Pablo, y podría ser una excusa perfecta para ver Cuba, aunque la realidad era que quería encontrar a la misteriosa Sandy.
- Pero ¿te irás con Carol no?
- No Manolo, Carol ha marchado una temporada a Lisboa con la familia.
- ¡Oh ¡Que disgusto se va a llevar la Ángela, le había cogido cariño a la muchacha! Pero que vamos a hacer, eso está a la orden del día. Hoy no os aguantáis ¡na¡. Joder.

Pablo sonrió, aunque no era tan mayor, Manolo hablaba como alguien de dos generaciones atrás, sin embargo, Ángela era más moderna a pesar de tener la misma edad y Pablo sabía que no se lo iba a tomar mal, estaba acostumbrada a tener muchos solteros y separados entre su clientela.

- Y, ¿qué quieres saber de Cuba? Hay un cliente que viene algunas veces a comer que es de allí, quizás él te pueda ayudar.
- ¡Ah¡¡ Sería perfecto, ¿sabes cuándo puedo verlo?
- Mira, acostumbra a venir los miércoles, come sobre las dos, así que pásate el miércoles.
- Muy bien, así lo haré. Hasta luego Manolo.

Pagó el café y salió camino del metro. Aunque tenía el coche, le apetecía volver a entrar en el metro y oír de nuevo aquellos sonidos que Carol tanto detestaba. Sabía que lo pasaría mal, la iba a extrañar una temporada, pero, era tan grande el precio que estaba pagando, que era muy difícil renunciar a tantas cosas y con un coste tan elevado. Cuando se sentó en el vagón, se hizo la pregunta que le había hecho Carol. ¿La amaba?, ¿la había llegado a amar en todos esos meses? Miró con tristeza hacía el suelo, en un gesto casi de vergüenza, porque desde el fondo de sí mismo se contestó que solo había lugar en su corazón para una persona, desde que se sentó por primera vez en el estanque de El Retiro.

Frente a él había una pareja de personas mayores, ella, tenía la mirada cansada, quizás de las muchas noches y sus respectivos días sin dormir por causa de problemas mucho mayores a los que Pablo se enfrentaría jamás y él, apuesto, altivo, protector, se intuía que ella era todo su mundo y que él nunca dejaría de protegerla como su bien máspreciado, su fuente inagotable de vida. Mirándolos fijamente se dio cuenta de cuán importante es un compañero de camino, de este camino que hemos de seguir hasta dormir el sueño eterno y se preguntó a quién podría él acompañar y quizás lo más importante aún, quien le acompañaría a él, si es que el camino lo andaría alguna vez cogido de alguna mano.

El día pasó de lo más lento, hizo un par de presentaciones en Power Point y se reunió con su equipo a comentar los resultados del mes. En su cabeza ya solo estaba la necesidad de que llegasen las dos para ir al 14 de Huertas y hablar con el cubano que mencionó Manolo. Esa misma mañana había entrado en internet a ver los precios de los billetes de avión y los distintos hoteles de La Habana, no tenía duda de que se quedaría en la capital y buscaría la dirección que estaba escrita en el folio. Curiosamente la dirección se encontraba como firma de la carta.

Un poco antes de las dos, llegó al bar y saludó a Manolo, éste, le comentó que el hombre que esperaba encontrar desgraciadamente no había ido hoy a comer, lo cual contrarió mucho a Pablo. Así que, ya que estaba allí, se quedó a comer con ellos. El bar estaba lleno por lo que no pudieron hablar mucho sobre el propósito de Pablo de ir a Cuba. Mientras, él no podía quitarse de la cabeza aquellas palabras escritas por un desconocido y sabía que el tiempo era importante y que no debía demorarse mucho o Sandy podría estar en peligro. Le hubiese preguntado al cubano por “El callejón de

Hantel”, que en la carta decía era un lugar de refugio para santeros y magos. Por el barrio chino y la librería que mencionaba, en cuya trastienda se podía comprar y vender de todo y para todo. Se resignó al saber que ya no vendría el cubano hasta el próximo miércoles, día en el cual, Pablo ya debía estar en La Habana y convencido de que podría encontrarlo el mismo, pidió la comida a Manolo.

Después de comer se subió a casa y comenzó ahora sí en serio a mirar cuando podría ser la partida. Con la agenda en la mano, cuadró los días en los que no era tan necesario en la empresa, aunque de sobras sabía que su equipo podría encargarse de lo más importante y urgente de forma excepcionalmente bien. Se anotó las posibles fechas en un papel y comenzó a buscar hoteles y vuelos. Aparecieron ofertas para packs turísticos, ofertas de alojamientos en otras partes de la isla; Cienfuegos, Trinidad, Varadero, pero estaba decidido ir a La Habana.

Finalmente se decidió por un vuelo desde Madrid para el viernes de esa misma semana y dejó abierta la vuelta. Escogió un hotel que no estuviese demasiado cerca de La Habana Vieja y comenzó a cerrar el viaje.

Aquella noche, bajó al parque, quería acercarse de nuevo al estanque. Paseando por el Paseo del Prado, creía ver a Carol en cada mujer, recordaba las pocas tardes en que ella le acompañaba hasta La Cibeles y como reían y jugaban como críos. Sin embargo, aquellas tardes se fueron dilatando en el tiempo y al cabo de unos meses, fueron solo bonitos recuerdos. Llegó al estanque y se sentó como la primera vez, incrédulo y nervioso. Miró el agua calma y oscura y pensó en Agláoipe, ¿Que habrá sido de ella? Se preguntó. Quería contarle su nueva aventura, estaba a punto de salir para La Habana, en busca de una desconocida sin saber que sería lo que el destino le depararía. Pero no pudo contar nada porque definitivamente en el estanque solo se reflejaban las densas nubes y su atormentado rostro.

Fue directo hacía la mesa de Lola, ella estaba sentada mirando atentamente el ordenador;

- Lola, ¿Tienes un minuto?
- Claro Pablo, pasa.
- Verás, he de irme unos días, se trata de un asunto personal y necesito marcharme fuera.

- ¿Pasa algo?, ¿es tu hija?
- No Lola, es un asunto personal que ahora mismo no puedo contarte, pero estate tranquila que no es nada grave.
- Está bien, tú sabes que nadie te impone horarios y eres el que menos días de fiesta coges, por lo tanto, no hay ningún problema. Aunque eso sí, has de dejar cerrado los temas o cuando menos bien delegados. ¿Cuándo marchas?
- Mañana por la tarde y lo malo es que no sé aun cuando regresaré, creo que en unos días estaré ya de vuelta, no será mucho tiempo. - Lola lo miraba con cara de asombro, esa actitud no era normal en Pablo ni lo había sido durante todos los años que llevaba a su cargo.
- En fin – suspiró Lola- espero que no sea nada importante y sobre todo llama para saber al menos que estás vivo.
- Por supuesto – mintió Pablo que suponía de la dificultad que tendría para hacer llamadas desde La Habana.
- ¿Necesitas algo? Sabes que puedes pedirme lo que sea. –Lola lo apreciaba, era un buen trabajador y además una persona cargada de energía que hacía ir al departamento como un bólido.
- Nada Lola, en serio, pronto estaré de vuelta y podré contártelo todo.

Se dieron dos besos y Pablo se encaminó hacia su despacho, llamó a Juan y comenzó a explicarle donde quedaba cada punto para que él lo supervisara en su ausencia. Al poco, salía de la oficina rumbo a su casa para preparar el viaje, como le había dicho a Lola, para tratar un asunto personal, aunque la persona del asunto no fuera él sino la desconocida Sandy.

Tenía la maleta sobre la cama y no sabía que ropa colocar en ella. La temperatura y humedad en la isla, invitaba a llevarse todo tipo de ropa de verano, pero la actual de Madrid le indicaba lo contrario. Así que colocó lo imprescindible para unos días, pensó que sobre todo tenía que ser ropas muy cómodas; algunos vaqueros, unas camisas de manga corta y la ropa interior. El neceser y algunos medicamentos de “urgencia” como analgésicos y antidiarreico. En ocasiones le molestaba ser tan previsor, pero sabía bien que ya le habían ayudado alguna que otra vez este tipo de medidas preventorias. La maleta, de color gris, tenía tantas heridas “de guerra” como él mismo. Había pasado por un gran número de aeropuertos y estaba pidiendo a gritos una jubilación que la tenía

bien merecida, Pablo la miró compasivo y le prometió que pasaría el resto de sus días en la maravillosa isla caribeña, un buen destino para jubilarse pensó y sonrió.

El hotel elegido fue el Guarapo en el barrio del Vedado, concretamente en la calle 19. Desde Madrid, poco podía él saber qué tipo de alojamiento era en realidad un hotel en La Habana ya que la experiencia le hacía desconfiar de la publicidad de los folletos, donde decía habitación doble, era a veces más pequeña que la suya propia y donde insistían en un desayuno “potente”, Pablo llegó en ocasiones a creer que lo potente de los desayunos está en la leche que gastan algunos camareros a ciertas horas de la mañana. Como era su costumbre, imprimió toda la documentación y la guardó en un sobre que siempre llevaba en su pequeña bolsa de viaje. Llamó a su hija y la tranquilizó diciendo que iba a pasar unos días fuera de España por unos asuntos relacionados con la empresa, una pequeña mentira piadosa para no preocuparla. Sabía perfectamente que si le decía dónde iba, ella estaría pensando en que podría pasarle algo en La Habana, ya que lo que conocía de Cuba era lo oído o leído y que normalmente era bastante exagerado y negativo.

Aún faltaba un día para el viaje y Pablo, fiel a su costumbre ya lo tenía todo dispuesto y preparado. La antigua maleta con la ropa y el calzado, la documentación del viaje y su vieja pero magnífica cámara de fotos, uno de los innumerables regalos de su hija para su cumpleaños y aunque intuía que, en este viaje, lo que menos iba a hacer era fotografiar el paisaje, no concebía salir sin su pequeña cámara digital. En parte, era como llevar a su hija con él a todas partes y vivir juntos toda clase de aventuras.

El día continuaba radiante, así que decidió salir en busca de nueva información sobre la isla y, sobre todo, sobre la santería que le pudiese ayudar. Para ello, se dirigió a su librería habitual y decidió ir en metro, mezclarse con Madrid en el suburbano era algo que le motivaba muchísimo.

La librería se encontraba en Vallecas, por lo que después de algunos trasbordos, llegó finalmente sobre media tarde. Era un establecimiento grande, pero que, a pesar de su tamaño, no perdía el sabor de las viejas y coquetas pequeñas librerías de antaño, como la que frecuentó en Barcelona, en el barrio gótico durante años.

Ana era la dueña del establecimiento, si bien quien realmente entendía de libros y sobre todo de los gustos de Pablo, era su hijo Andrés, con quien había mantenido largas

tertulias “pseudoliterarias” después del cierre de la tienda. La verdad es que encontró la librería por casualidad, una tarde en la que fue a visitar a un cliente por la zona de Vallecas, se dedicó a pasear para poner en orden sus ideas, un juego que le gustaba mucho a Pablo y en cierta medida lo mantenía en forma, mentalmente hablando, porque ejercicio era incapaz de hacer. Siempre sintió una envidia sana, nunca mejor pensado, sobre aquellos que hacían cualquier clase de deporte, pero él, era incapaz de asistir a un gimnasio con asiduidad o incluirse en los grupos de “Pádel” que habían organizado sus compañeros de trabajo. Prefería una buena tarde visitando el Prado o sentarse en su cómodo sofá a devorar algún buen libro. Durante aquel paseo por Vallecas, se fijó en el escaparate de la librería, estaba repleto de buenas obras y además, tenía una buena colección de volúmenes de segunda mano, este hecho fue lo que más interesó a Pablo ya que no era muy normal que en un mismo escaparate convivieran libros recién salidos del horno de la editorial y otros que ya tuvieron una primera...segunda o incluso tercera vida, a decir verdad, solo lo había visto así en su viaje a Buenos Aires, donde en la concurrida calle Corrientes, encontró no sin gran sorpresa, que había más librerías repletas de libros de todo tipo que cafeterías, lo cual celebró con entusiasmo.

Entró y de seguida se fijó en la menuda mujer que estaba detrás de un hermoso mostrador de madera antigua. Lo que más le sorprendió era que la mujer parecía haber salido de uno de aquellos volúmenes, tenía una gran mata de pelo, incluso parecía algo desproporcionada con el tamaño de su cabeza, vestía de forma original, con una blusa blanca semi transparente y un pantalón floreado de tela fresca, todo ello conjuntado con un cinturón lleno de monedas y unos collares con animales. Pablo pensó que sería una tarotista o una hippie trasnochada.

- Buenos días. ¿En qué puedo ayudarle? – Le preguntó en tono amable la curiosa señora -.

Pablo se sorprendió nuevamente, esta vez por la dulce voz que salió por entre aquellos collares, dulce y melodiosa para lo que él esperaba.

- Buenos días, solo estaba ojeando, sin buscar nada en concreto, me ha llamado la atención la cantidad de libros antiguos que hay.
- Pues los que ve aquí no son nada para los que tenemos en la trastienda. Hoy la gente ya no los guarda en casa y aquí vuelven a cobrar vida.

- Eso mismo es lo que estaba pensando, que es como darle vida de nuevo, más que una librería parece un hospital de libros....
- Jejeje!!! Nunca me lo había planteado así!!!! Ana, la enfermera de libros, no suena mal. - Bromeó la señora detrás del mostrador.

Enseguida congeniaron y Pablo comenzó a frecuentar la librería y a mantener con Ana y con su hijo Andrés algo más que una relación cliente - vendedor. En ocasiones, se les hacía muy tarde, hablando de literatura y de viajes, dos temas que a Pablo le fascinaba y que Andrés dominaba a la perfección y volvía a casa con la mente llena de aventuras y citas que, al llegar el nuevo día, había olvidado irremediablemente. Uno de los temas favoritos de Andrés, era la vida y obra de los psicópatas y asesinos en general. Le apasionaba poder “entender” porque un ser humano era capaz de cometer los más abominables crímenes. Pablo en un principio no era muy partidario de este tipo de publicaciones, pero poco a poco se fue metiendo en el tema y junto con Andrés y en ocasiones Ana, trataban de resolver crímenes ya cometidos o incluso los nuevos que se iban cometiendo.

Por todo ello, Pablo pensó que podrían tener información sobre Cuba y la santería y allí se presentó aquella mañana víspera del viaje.

- Anita!! ¿Cómo estás? – Pablo utilizaba esta cariñosa forma de dirigirse a Ana, cosa que solo a él le estaba permitido.
- Pablo, cuanto tiempo!! ven y dame un beso antes de que me enfade!!!

Hacía mucho que no se veían y Ana se lo estaba reprochando y con razón ya que él prometió verse pronto en su última visita, pero poco podía imaginar Ana que Aglaópe se había cruzado en la vida de Pablo y entre otras cosas, esto había hecho que se demorara tanto su visita.

- Tienes toda la razón, no me pegues ¡Pero no sabes la cantidad de cosas que me han ocurrido en todo este tiempo! Te prometo que cuando vuelva te lo cuento todo.
- ¿Cuándo vuelvas? ¿Vas a ver a tu hija?
- No Ana, voy a La Habana. – Sabía lo que iba a impactar a Ana la noticia y también sabía que no debía decir nada acerca de la carta ni del motivo del viaje,

lo que iba a ser muy complicado dada la perseverancia de Ana. - Salgo mañana y estaré unos días por allí. Necesito relajarme – Mintió Pablo -.

- Ahhh;; O sea que finalmente el soltero de oro ha pensado en buscar en el trópico lo que no encuentra en Madrid!!!
- En realidad, estoy huyendo del trabajo, de la ciudad y de todo, creo que una visita a la isla será un buen desintoxicante.
- Y ¿has venido a darme envidia? ¿O a pedirme de una vez que te acompañe a alguna de tus aventuras? – Ana estaba deseando acompañar a Pablo, fuese a la isla de Cuba o a su piso del barrio de las letras, pero él, nunca había dado ni un solo paso en esa dirección.
- Sabes que no soy buena compañía mí querida Anita. Soy un alma libre y demasiado solitario para alguien como tú. Te mereces con quien reír y disfrutar de una cena con baile y yo.... No sé bailar;;
- ¡Menuda excusa! Anda, dime que andas buscando – No se le notaba lo enojada que estaba porque ya hacía tiempo que había arrojado la toalla, si bien, no le gustaba le anduviera dando excusas baratas a ella, que ya las había oído y dado de todo tipo y colores.
- Bueno, estoy interesado en una buena guía de la isla e información sobre la santería.
- Eyyy;; - Aulló Ana – Ese es un tema para Andrés, sabes que él lo maneja mejor que yo. Aunque en este momento no se encuentra en la tienda, tendrás que esperar a que vuelva.

Pablo no tenía ninguna prisa así que aceptó de buen grado quedarse a esperar a que volviese Andrés, tendría tiempo de charlar un rato con Ana siempre y cuando la clientela lo permitiese.

Charlaron de cosas intrascendentes, no quería Pablo entrar en muchos detalles de lo ocurrido con Agláope y Carol. Así que utilizó el arma de hablar sobre ella, que siempre funcionaba con Ana. En poco menos de media hora, se habían puesto al día y en ese instante entró Andrés por la puerta.

- Hombre;; Quien tenemos aquí – Se fundió en un abrazo sincero con Pablo y le preguntó por el motivo de la visita...

Andrés era un chico que irradiaba alegría. A pesar de haber tenido una vida muy dura, siempre tenía una canción en sus labios y una sonrisa plantada en la cara. Adoraba a Pablo, por lo que le había ayudado en los malos momentos y por lo que representaba para su madre y en más de una ocasión, había pensado en la buena pareja que ambos hacían, aunque se reservaba la opinión para el solo.

- Vengo en busca de información sobre Cuba y los santeros Andrés, y tu madre me ha aconsejado esperarte y hablarlo contigo. Aunque ella no lo sepa, ya lo había pensado, pero me ha apetecido disfrutar un rato de su compañía – y le guiñó un ojo cómplice.
- Se nos va a La Habana el amigo viajero – Gritó Ana desde el mostrador-
- Mamá, no hace falta que se enteren en la ferretería – contestó Andrés.
- Bueno;¡¡¡ haya paz, terció Pablo... Os invito a cenar y hablamos de ello.
- Mejor, cerramos la tienda y nos “zampamos” un arrocito que tengo listo en un periquete – dijo Ana – así que ya os estáis poniendo a preparar una ensalada y colocar la mesa.

Después de la comida, Pablo y Andrés fueron a la tienda y pudieron disponer a su antojo de todos y cada uno de los libros que en ella había. Andrés fue directo a la sección de turismo y encontró una guía idónea para Pablo, práctica y barata. Después se dirigió a la estantería de libros sobre religión, para ver si disponía de algún título específico sobre santería. No encontró nada relacionado así que finalmente, decidió buscar entre algunos libros “viejos” que estaban en un rincón. Allí encontró lo que buscaba, un catálogo de creencias y religiones que hablaba de la santería.

Ambos hojearon el libro, leyeron que la santería fue practicada en sus inicios por esclavos negros y sus descendientes en Cuba, Puerto Rico, Panamá y un sinfín de países latinoamericanos. Se informaron también de que era la decana heredera de la cultura Yoruba, que eran unas personas que vivían en lo que hoy conocemos como Nigeria, a lo largo del río Níger. Una vez implantada, los esclavos burlaron a los amos cristianos, haciéndoles ver que adoraban a sus Dioses, cuando en realidad estaba siguiendo sus creencias tradicionales. Hay diferentes sociedades secretas, tanto en Cuba como en los otros países ya que con el tiempo, el término “Santería” ha cogido un cariz despectivo.

El libro tenía extensamente toda clase de datos sobre los orígenes y desarrollo de la santería, pero a Pablo lo que más le interesaba era la época actual, así que le pidió a Andrés el libro para leerlo durante el viaje.

- Pablo, hace tiempo que nos conocemos y te tengo gran aprecio. Ten cuidado con estos temas, no los tomes a broma, ¿de acuerdo? – Andrés había agarrado por el brazo a Pablo y lo miraba muy seriamente
- Estate tranquilo, solo lo ojeaba por pura curiosidad.
- No sé a lo que vas a Cuba y no seré yo quién te pregunte, pero te pido una vez más que tengas mucho cuidado con los temas relacionados con los santeros, la magia negra y el vudú.
- Eres la primera persona que me aconseja eso, tu madre me ha recomendado no acercarme a las chicas....

Rieron y se fundieron en un largo abrazo. Después, fueron al salón donde estaba Ana sentada, esperándolos.

- ¿Has encontrado algo? – preguntó sin dirigirse a ninguno en concreto.
- Por supuesto – respondió Pablo – ya sabías que Andrés lo tendría todo controlado ¿no?
- Ya te dije que él podría ayudarte mucho más que yo. ¿Tomamos un café antes de que nos abandones?
- Claro. Ya sabes que la vida sin café no sería lo mismo....

Pablo pensó que ya era hora de ir para casa, así que cortésmente se despidió de Ana y Andrés, prometiéndoles que en cuanto pusiera un pie en La Habana les avisaría y que a su regreso les contaría todo lo que allí ocurriese. Aunque ni él mismo sabía lo que podría estar esperándole en la isla, solo deseaba que fuese lo que fuese que pudiera acontecer, le dejase la oportunidad de contarlo.

Se despertó tarde para lo que era su costumbre, pensó que los nervios del viaje no le dejarían dormir, así que se tomó una infusión bien cargada de melisa y aunque no creía mucho en su poder relajante, parecía que esta vez sí funcionó. Después de una ducha y un mini desayuno, decidió emprender camino al aeropuerto. Los viernes era un día complicado para moverse por Madrid, así que valía la pena ir con tiempo. Como sólo tenía 3 pequeñas flores, no temió por su vida ya que las dejó acondicionadas para el

tiempo que durase el viaje y fiel a su costumbre, una más pensó, revisó nuevamente que llevaba todo lo necesario, tanto dentro como fuera de la vieja maleta. Una vez comprobado todo, cerro la casa y bajó a pedir un taxi rumbo a una nueva aventura.

El avión iba a salir en hora, cosa que sorprendió a Pablo, dado la cantidad de casos de vuelos retrasados que se estaban dando. Facturó la maleta y se encaminó hacia la zona de embarque y como aún tenía bastante tiempo, se decidió a ojear la guía que le había entregado Andrés. Alrededor de él se arremolinaban personajes de todo tipo que también iban hacia La Habana. Se fijó en algunos de ellos, y pensó lo que iba a encontrar en la isla. Lo que más llamó su atención fue una familia, que llevaban a un señor mayor en una especie de sofá, pensó como narices iban a subir eso al avión y rezó para que no fuese un contratiempo.

Pablo no era un católico practicante, pero en muchas ocasiones rezaba a su Dios, un Dios que interiorizó desde muy pequeño, cuando oyó a su madre llamarlo a gritos el día de la muerte de su abuelo materno. Creyó que si aquellos gritos de su madre llamando a un Dios la ayudaban en esos momentos difíciles, a él también le podrían ayudar en las ocasiones de dificultad y, por lo tanto, desde entonces rezaba ante las adversidades que no pudiese solventar de forma autónoma.

Cogió la guía y empezó a ojearla, enseguida se fijó en las fantásticas fotos de las playas en Cayo Coco, Playa Flamingo y Cayo Guillermo, lástima no fuese un viaje de placer, encontrar a la remitente de la carta era su único objetivo y deseaba no fuese demasiado tarde. Se centró en mirar La Habana vieja y la ubicación de su hotel. Según el plano de la guía, no parecía demasiado lejos del centro, pero bien sabía que las distancias de los planos y las reales en ocasiones eran muy diferentes. Dejó la guía y ojeó el libro de santería. Realmente no encontró en el nada que le hiciese pensar que la persona de la carta corriese peligro por culpa de algún santero, pero estaba decidido a averiguarlo, una o más vidas estaban en juego y si el destino había querido que esa carta estuviese en su poder, era por algo, así que decidió que cuando estuviese en La Habana comprobaría las verdades o falacias de lo allí explicado. No obstante, aunque parecía que solo se trataba de una religión más, el hecho de los ritos de la santería, llamados “Ebó” que implica la limpieza ritual incluyendo sacrificios de pollos, palomas o cabras, no le gustaba nada.

Finalmente se anunció el embarque del vuelo y Pablo se colocó en la fila, realmente era un vuelo multitudinario, lleno de cubanos que regresaban a casa para quedarse o que

iban a visitar a la familia, bastantes españoles que iban a la isla de turismo y algún que otro tipo que no podía ser integrado en grupo alguno, como él mismo, pensó. Le tocó un asiento en pasillo en una de las filas de dos, por lo que pensó que el viaje empezaba con buen pie, ahora solo faltaba saber el acompañante. Dejó la pequeña bolsa de mano en la parte superior y se sentó a esperar.... De pronto una mujer algo más mayor que él se paró frente al asiento y le preguntó si era el 7C, efectivamente dijo Pablo y salió al pasillo para que ella pudiese entrar. Por el acento, percibió que era Española y posiblemente del sur, pero le quedaban diez horas para averiguarlo así que no era cuestión de prisas.

Cuando el avión comenzó a rodar por la pista, aquella señora de cara redonda, se había quedado dormida, Pablo pensó que realmente el viaje comenzaba de forma perfecta, no solo tenía un buen asiento sino que además la compañera se quedaba “sopa” a las mínimas de cambio, por lo que se relajó en el butacón, colocó el reposa cabezas y se dispuso a disfrutar del despegue del enorme avión que lo llevaba hacía La Habana y a vivir quien sabe que aventura.

Llevaban dos horas de vuelo cuando aparecieron los azafatos y azafatas cargados de zumos, pastas y algunos bocadillos. Pablo no sabía si despertar a su compañera de viaje, por lo que lo dejó a la elección de los azafatos. Le dieron a él su ración de merienda-cena y acto seguido despertaron con un leve movimiento a la señora, que enseguida se repuso del sopor que la adormecía y se incorporó para abrir su mesa.

- Disculpen, me quedé dormida.
- No pasa nada señora, ¿quiere usted comer algo?
- Sí, si, por favor.

Le pusieron la bandeja sobre la mesita y se marcharon al asiento siguiente. La señora miró a Pablo y en silencio comenzó a comer y beber lo que le habían dejado sobre la mesa. Aparentaba menos edad de la que realmente tendría, su cara, marcada por algunas arrugas ya, denotaba una gran belleza, que sin duda en una lejana juventud habría tenido que ser admirada. Tenía unos ojos ligeramente achinados, los labios perfilados y un pelo dorado liso de plancha. Las manos eran redondas y “gorditas”, como todo en ella y estaban bien cuidadas, por lo que intuyó que no debería trabajar en la actualidad. Las uñas pintadas con un esmalte neutro y un par de anillos conjuntados con unos pendientes en forma de libélula completaban los abalorios. Llevaba un suéter claro que

adornaba con un pañuelo al cuello y unos vaqueros desgastados. Ambos comían en silencio, solo roto por algunos mensajes que desde megafonía avisaban de la entrega y retirada de las bandejas. Pablo se había conectado al sistema de vídeo del avión y estaba viendo una película americana de Johnny Deep, aunque ya la había visto, le apetecía volver a disfrutar de uno de sus actores favoritos. Una vez terminada la comida, casi como si estuviesen programados apareció la pareja de azafatos ofreciendo café o té al pasaje, Pablo pidió un café solo sin azúcar y la señora un café con leche. Como Pablo se había quitado los cascos, la señora aprovechó para comenzar una conversación.

- Hola, ¿es su primera vez a La Habana?
- Hola. Pues sí y la verdad es que creo se me va a hacer muy largo. ¿Y usted, es la primera vez que viaja a La Habana también?
- No, es la tercera vez que vengo a Cuba. Hace unos años, tras la muerte de mi marido, decidí venir a esta isla donde él creía que se encontraba el paraíso. Era un comunista convencido – Pablo pensó que mirándolo bien no iba a aburrirse en el viaje, le había tocado la típica mujer que le iba a contar toda su vida – Pero en realidad nada de lo que él creía se encuentra en esta isla, sometida a la tiranía de unos militares que dejan morir de hambre a su pueblo.
- No veo que le guste mucho Fidel y sus políticas, entonces, ¿Cómo es que ya ha venido tres veces? Por cierto, mi nombre es Pablo.
- El mío es muy peculiar y espero no te rías – La señora tuteó a Pablo una vez que el hielo estaba roto- Me llamo Magnolia, Magnolia López.
- Realmente es un nombre muy curioso, ¿puedo preguntarte la causa de un nombre tan especial? – Pablo también comenzó a tutearla, al fin y al cabo, tampoco parecía mucho más mayor que él
- Es una historia curiosa, verás, soy la menor de 4 hermanas, todas chicas y cuando yo nací mi madre le dijo a mi padre que fuese él quien eligiese el nombre. Harto ya de nombre “normales” como María, Isabel o Juana, él pensó en ponerme un nombre especial, pero no se le ocurría ninguno, así que el día que fue a inscribirme le preguntó a la chica del registro cuál era su flor favorita, supongo que esperaba que dijese Rosa o Margarita, pero para la buena señora la flor favorita era la Magnolia, así que, desde entonces, he llevado ese nombre con mucho orgullo.

- Es una historia preciosa y es verdad que lo has de llevar con orgullo, al fin y al cabo, los nombres son un poco el primer signo de nosotros mismos. Aunque ¿Te imaginas que a esa señora le hubiesen gustado los cactus? – Los dos rieron ante la ocurrencia de que se hubiese podido llamar Cactus López
- Me preguntabas porque he venido tres veces a Cuba – Magnolia se puso a mirar por la ventanilla del avión, como si a través de aquel vidrio medio rallado pudiese encontrar la respuesta – La verdad es que la primera vez que vine, no sabía que iba a encontrar. Primero pensé que todo sería como en mi tierra, Almería, donde la gente es amiga de sus amigos y donde todos tenemos algo que llevarnos a la boca cada día y hasta un poco más, pero cuando me adentré en esas calles y pude sentir y notar la miseria que estos niños sufrían, me dije que siempre que pudiese volvería para hacerlos un poco más felices. Así que soy como una “Mamá Noel” Almeriense. Durante meses, recojo juguetes viejos o que los niños españoles ya no quieren, los “compongo” y cuando tengo suficientes, los traigo en grandes maletas. Luego, a través de unos amigos, los distribuimos entre ellos – Pablo notó que se le había hecho un nudo en la garganta – y dime, a que se debe tu visita, ¿Turismo? Si quieres puedo presentarte a unas chicas muy simpáticas.
- No, gracias – sonrió Pablo recordando aún a Carol – mi viaje es de puro conocimiento de esta Isla y de su gente.

Aunque no era hombre de decir mentiras, creyó que aún no era momento de sincerarse con ella. Solo la conocía hacía unas horas y podría ser peligroso hablar de Sandy. Cuando llegase al hotel empezaría con las averiguaciones. No obstante, pensó que aquella buena mujer bien le podría proporcionar algo de información. Continuaron hablando sobre temas intrascendentes, el trabajo de Pablo, el coste de la vida, los cambios políticos hasta que llegaron a la familia y él comentó que tenía una hija en Barcelona, casada y madre de una niña preciosa que era su perdición. Magnolia se sorprendió ya que no aparentaba ser un abuelo, y él le contó que había sido prematuro para todo, para ser hijo, marido, padre y abuelo y que el miedo que tenía, le confesó era ser también un muerto joven... y río, sin darse cuenta de que estaba metiendo la pata, porque no pensó que aquella mujer, era ya una señora viuda.

- No te preocupes Pablo, la muerte de mi marido no fue algo traumático para mí – Parecía como si ella le hubiese leído el pensamiento - Una tarde, poco tiempo

después de cumplir los cincuenta años, Paco, que así se llamaba mi marido, se sintió indispuerto, empezó a notar un fuerte dolor de cabeza y algunas nauseas. Se fue a la cama y se echó a descansar, pensando que sería una jaqueca. Al día siguiente se encontraba ya bien, después de una pastilla y unas horas de sueño, pero a mitad del día, perdió el equilibrio y se cayó redondo en el suelo, dándose un fuerte golpe en la cabeza. Como no tenemos hijos, avisé a mi vecina, la Adelina y entre las dos lo llevamos a urgencias. Estuvimos toda la tarde y parte de la noche, haciéndole pruebas y más pruebas y la Adelina ya me dijo...

Magnolia, me da mala espina tanta prueba, por solo un golpe. Y bien que tenía razón. Salió un médico, joven, alto y en su cara llevaba escrita la más terrible de las noticias, Paco tenía un tumor cerebral grande, tanto que era inoperable y lo peor, incurable. Me dijeron que tendría entre tres y seis meses de vida. Así que comencé a buscar viajes, excursiones y todo lo que a él siempre le gustó.

Desgraciadamente, el tratamiento y sobre todo los medicamentos eran muy costosos y no pude traerlo a Cuba, aunque puedo decirte que fueron los cinco meses más felices de mi vida – Los ojos achinados de aquella mujer eran en esos momentos apenas perceptibles y llenos de un brillo que solo podía ser fruto de muchas emociones vividas – Valió la pena darlo todo en aquellos meses y dejarlo marchar en paz. Poco después de lanzar sus cenizas en el mediterráneo, decidí venir a Cuba y desde entonces, esta ya es la cuarta vez.

Después de todo lo contado por Magnolia, Pablo creyó que no era momento de muchas palabras más, por lo que se excusó levantándose para ir al baño cosa que ella, sin duda agradeció. Estiró las piernas y miró el reloj, aún quedaban muchas horas dentro de aquel avión y no había vuelto a pensar en el objetivo real de su visita. De pronto sintió un gran desasosiego porque conforme se iba acercando el momento, iba notando esa sensación de inquietud que a él lo ponía especialmente nervioso. Tras un pequeño paseo, por los estrechos pasillos y escuchar algunos ronquidos, pensó que no estaría mal echar una cabezadita, así que se dirigió a su asiento nuevamente y vio con cierta ternura como se había dormido su acompañante, sumida en un sueño que seguramente la tenía sentada delante del Mediterráneo, con las cenizas de su amado revoloteando por las azules aguas salada.

Cuando le tocaron en el hombro, no sabía el tiempo que había transcurrido ni tan siquiera quien y porqué le estaba golpeando. Abrió los ojos de forma torpe y vio

a una azafata que le ofrecía nuevamente comida y bebida. Se incorporó y miró hacía el asiento donde estaba Magnolia, que despierta, estaba mirando una película en el pequeño monitor. Abrió la mesita y la azafata depositó una nueva bandeja, esta vez con bollos, mantequilla y le ofreció aquel café acuoso y turbio que increíblemente sabía a gloria.

- ¡Uff! ¿He roncado mucho Magnolia? – Preguntó Pablo con cierto sonrojo.
- No más que yo, estate tranquilo

Ambos rieron y decidieron desayunar todo lo que les habían traído. Pablo pensó que era el momento de saber más, así que cuando saboreaba el café le preguntó a Magnolia directamente;

- Oye, ¿Qué sabes del callejón de Hantel? ¿Y de la santería? – Magnolia se puso enseguida erguida en su asiento y lo miró fijamente.
- ¿Quién te ha hablado de ello? El callejón de Hantel es un lugar peligroso. Es un pequeño espacio lleno de pinturas y donde se realizan ritos. En una de sus casas se realizan aún sacrificios. No debes entrar en el callejón solo y menos transitarlo de noche.
- Algo me han hablado, pero cuéntame lo que sepas, ¿tú has estado?
- La segunda vez que estuve en La Habana, una mujer que se alojaba en el hotel quiso saber cosas sobre santería y vudú. El propietario del hotel le dijo que eso eran leyendas para turistas y que en la época actual ya no existía en la isla los ritos ni el culto a Palo Monte. Sin embargo, al salir las dos, para dar un paseo, se nos acercó un muchacho cubano, que no preguntes como, había oído la conversación y se ofreció a llevarla al callejón a cambio de cinco pesos. La chica me miró, como buscando mi aprobación y pidiéndome que le acompañase, casi me vi obligada a ir con ella. Al entrar al callejón, puedo asegurarte que me invadió una sensación muy extraña, como de pasar una línea hacía un mundo desconocido, aunque realmente no había nada por lo que inquietarse, pero algo en el ambiente hacía que todos los pelos de mi piel estuviesen erizados. Las paredes están pintadas con los colores más alegres que puedas conocer además se mezclan objetos incrustados, como bañeras, lavabos y otros enseres, con mensajes como uno que reza; “Yo puedo esperar más que tú, porque yo soy el tiempo”. Al llegar al final de callejón, este muchacho, simplemente, no sabemos cómo, desapareció entre las bicicletas y las plantas que estaban cerca de las

casas. De una de ellas, salió una mujer gruesa, negra como la noche, con un vestido blanco que realzaba su color de piel, nos miró y dirigiéndose a la otra chica, le dijo:

- Entra en mi casa y te librarás de tu culpa para siempre.

Lo que nos aterró, no fue su voz, ni tan siquiera lo que nos había dicho, lo que nos hizo salir de allí a toda prisa fue el enorme cuchillo ensangrentado que llevaba en la mano. Salimos a la carrera del callejón y nunca más he andado ni tan siquiera por los alrededores. Por favor, anda con cuidado en esta isla, todo lo imposible es real y lo irreal puede ser posible.

Pablo se acomodó en el asiento, realmente no esperaba esta información y unido a lo que leyó en la carta, pensó que podría haberse equivocado al tomar una decisión tan repentina y quizás descabellada. Pero ya estaba allí y no era momento de dar marcha atrás.

- En cuanto a su historia – continuó Magnolia hablando – se trata de una zona que el gobierno neocolonial de 1913 quiso comprar para derribarla y edificar de nuevo, dado que los terrenos en los que se encuentra el callejón pertenecían a un americano de apellido Hantel que montó un negocio de materia prima y fundición a principios del siglo XX que los tenía para sus obreros, sobre todo afroamericanos y chinos y se esforzó en que estuviesen bien construyéndoles las casas. Tiempo después, éstos en agradecimiento, pusieron su nombre al callejón. En él se rinde tributo a la cultura afrocubana y como te he dicho, existe un “Nganga” lugar sagrado y casas donde se practica la santería.
- Veo que estás bien informada.
- Nos lo contó el chico que nos hizo de guía antes de desaparecer, por cierto, nunca más lo he vuelto a ver.
- Bueno, gracias por la información y por el consejo. En realidad, es de esas cosas que te hablan antes de venir, como del Malecón o de las “jineteras”.
- Ya... Esa es la idea que más predomina de la isla por Europa, pero te aseguro que es mucho más y estoy segura de que quedarás atrapado para siempre por ella.

De pronto, se oyó por megafonía que el avión estaba empezando a descender y que en unos 20 minutos tomarían tierra en el aeropuerto José Martí de La Habana, un pellizco

se apoderó del estómago de Pablo y sin saber por qué, se reclinó hacia atrás en el asiento y comenzó a rezar.

Siguió a Magnolia hasta el espacio de recogida de maletas. Una vez pasado el control del pasaporte donde sintió un gran desasosiego ya que nunca se había enfrentado a militares - y en el aeropuerto de La Habana había por docenas, chicas jóvenes que le miraban con recelo, como si se tratase de un terrorista o peor aún, un capitalista que fuese a comprar la isla - y a otros chicos que revisaban los bolsos, las maletas y todo lo revisable de una forma concienzuda, para que no se pueda escapar nada y tenerlo todo controlado. Una vez sellado el pasaporte y controlado el visado, pasaron a otra sala grande, donde volvían a revisar las maletas de mano y los bolsos pasándolos por un escáner, todo muy farragoso pero necesario para que nada escape a los ojos del régimen. Continuaron por otras dependencias del aeropuerto en busca de las cintas de salida de los equipajes, allí Magnolia le explicó que algunas maletas grandes, que aparecían con unas cintas de color rosa, eran controladas porque dentro de ellas venía el “contrabando” desde España. Pequeños placeres que escaseaban en la isla o como en el caso del jamón serrano, que ni tan siquiera existía.

Entre otras cosas en las maletas venían camuflados objetos como; ropa, medicamentos, bisutería y algo que a Pablo enterneció; juguetes, montones de juguetes, unos usados y otros nuevos, como los que la propia Magnolia traía y cuya maleta iba anudada con una visible cinta de color morado, la insignia de los juguetes tal y como ella misma le explicó. La maleta de Pablo, su vieja maleta gris, salió juntamente con otras muchas maletas sin cinta identificativa. No iban a pasar un control especial por lo que la pudo agarrar sin problemas y se dirigió hacia donde estaba su compañera de viaje, le hubiese gustado que le acompañase hasta el hotel, pero pensó que ya estaba bien la información que le había proporcionado y no era cuestión de abusar de la confianza que ella había generado durante el vuelo.

- Creo que aquí nos despedimos Magnolia.
- Oh ¡Sí claro Pablo, a mi aún me queda algunos trámites más antes de poder salir de aquí, la burocracia es interminable en este aeropuerto – Pablo sabía que se estaba refiriendo a los trámites que debían pasar aquellas maletas identificadas con cintas de colores

- Bueno, la isla tampoco es que sea tan grande así que es posible que volvamos a vernos.
- Sí. Lo mismo te digo, disfruta de tu estancia y recuerda de lo que te he hablado, ve con cuidado.
- Así lo haré Magnolia. Ha sido un placer y he disfrutado de un vuelo muy ameno gracias a ti.

Se despidieron con un par de besos y se dirigió hacia la salida, en busca de un taxi. Ahora sí, en ese mismo instante se dijo que ya no había vuelta atrás y que empezaba realmente el viaje en busca de Sandy.

Lo primero que notó Pablo al salir del aeropuerto fue una bocanada de aire “pastoso” debido a la temperatura y humedad que había. Se fijó en que aún era de noche y pensó que la “noche” pasada dentro del avión correspondía realmente a un día. Le hizo pensar, que noche y día podrían llegar a ser una misma cosa si no pudiésemos ver la luz del exterior. De pronto, una voz ronca le sacó de sus pensamientos.

- ¿Taxi señor? - Preguntó un hombretón.
- Oh. Sí, gracias.

El hombre tendría más sesenta años, negro como la boca de un lobo, algo que había oído decir a su madre en numerosas ocasiones y que siempre le provocaba una sonrisa, la misma que tenía el taxista de oreja a oreja, enseguida sintió que se trataba de un buen hombre, aunque tras las cosas que le había contado Magnolia en el avión, no se atrevió a confiar en él. Cogió su vieja maleta y la colocó en el maletero de un coche que debía tener la misma edad que el taxista. Pablo entró en la parte trasera de coche y noto que el aire espeso del exterior se convertía casi en “gelatinoso” en el interior de aquel vetusto automóvil de mediados del siglo anterior. El hombre llevaba una foto del Ché en el salpicadero, casi como si fuese su Virgen del Pilar particular. Por lo demás, nada había en aquel coche, ni tan siquiera una maneta de freno de mano, lo que horrorizó a Pablo.

- ¿A dónde vamos señor? - Preguntó el taxista una vez se sentó al volante. Tenía ese acento cubano que Pablo solo había oído en algunas películas dobladas y que ahora reconoció que no era nada exagerado en los doblajes.
- Al hotel “Guarapo” por favor. Calle 19.

- Sí, ya sé dónde está ese hotel – respondió de inmediato el taxista – muchos turistas como usted se alojan allí, es cómodo y barato. Aunque no está muy céntrico señor.
- Pablo, llámeme, Pablo por favor. Es por eso mismo que lo escogí, no me gusta estar donde estén todos los turistas cada día molestando.
- Jajaja – rio el amable taxista – En esta isla es difícil encontrar la paz y tranquilidad. Yo me llamo Vladimir Gañafote para servirle al señor y llevo más años de taxista en esta isla de los que usted seguramente tenga – no pudo por menos que contener una sonrisa al oír el nombre de aquel curioso individuo.
- No lo dudo Vladimir. ¿Siempre ha sido taxista?
- No señor. Antes de la revolución yo era pescador, podía pasar meses fuera de casa y traíamos el barco lleno de todo tipo de pescados y miles de cosas que no eran pescados – Vladimir volvió a reír, ensimismado, recordando aquellos tiempos que daba la sensación que habían sido mejores – después llegó la revolución y el bloqueo y ya ve usted, me compré a Mauricio y con el llevo ya más de cuarenta años patrullando las calles de La Habana.

Sin duda aquel taxista tenía tantas historias para contar como le dejase y después del agotador viaje, no estaba para darle mucha conversación, pero no quería entrar con mal pie y parecer un turista estirado, un español sin un mínimo de educación. Por otro lado, se le ocurrió que debería saber mucho sobre el tema que lo había llevado a la isla, pero pensó que era mejor no empezar a hacer preguntas que pudiesen alertar a nadie, así que continuó hablando de temas en los que el taxista se sintiese cómodo, sin darle importancia a ninguno de ellos en particular. Entretanto, lo que estaba viendo Pablo por la ventanilla, era una ciudad sumida en la noche, algunos transeúntes por la calle y muchos de aquellos “carros” antiguos similares al taxi que le llevaba al hotel. Dentro de él, empezaba un desasosiego que no sabía cómo explicar, quizás miedo a lo desconocido, a estar en un lugar extraño sin saber bien lo que estaba buscando y lo que aun podía ser peor, sin saber bien lo que allí iba a encontrar. El taxi cogió una avenida y empezó a andar algo más deprisa, aunque seguía pareciendo que iban a paso de tortuga, imaginó que tampoco se le podía obligar mucho más a aquel viejo cacharro sin temer que se desmontase por el camino. Después de varios giros en calles sinuosas y llenas de palmeras y pequeñas luces que hacían apenas visible la carretera, llegaron a un lugar más alumbrado y

que intuyó sería la parte más habitada de la zona, tras encarar una pequeña calle, donde los edificios estaban pintados todos de amarillo, llegaron al hotel.

- ¡Aquí tiene su hotel señor!
- No hemos tardado mucho, creí que estaría más retirado del aeropuerto.
- No es una isla grande y además a estas horas prácticamente no hay tráfico por lo que hemos llegado rápido. La verdad es que Mauricio tampoco daba para mucho más, porque con un carro nuevo se llega muy rápido.
- ¿Cuánto he de darte? – Pablo había cambiado euros en pesos en el aeropuerto y no sabía bien cómo manejar la nueva moneda.
- Son 30 pesos señor. Es una tarifa establecida por el gobierno, pero siempre el señor puede dar una ayuda. – Esto lo dijo Vladimir sin mirar a Pablo, como si no quisiera que nadie le oyese, no sería la primera vez que notase que la gente le hablaba de una forma “especial”.
- Está bien, aquí tiene cincuenta pesos y puede quedarse el cambio. – Pablo no era consciente de lo que le estaba dando a aquel buen señor. Al cambio, para él suponía solo algo más de cinco euros, pero para Vladimir suponía un extra que le podía ayudar a paliar algunas de las necesidades que tenía.
- Señor Pablo, muchísimas gracias, es usted muy amable y si quiere puede preguntar en el hotel por mí para llevarlo de regreso al aeropuerto cuando el señor quiera volver a España. También puedo hacerle de guía por la isla, conozco La Habana más oscura y donde nadie le podrá llevar – sintió que una corriente le recorría la espalda y erizaba sus cabellos, ¿sabría aquel hombre que necesitaría ayuda para moverse por las zonas sombrías de La Habana? O ¿era un discurso que utilizarían con todos los turistas?, sea como fuese, no empezaría esa noche a investigar.
- Muchas gracias, Vladimir, aún no sé bien cuando regresaré a Madrid, pero lo tendré en cuenta tanto para volver al aeropuerto como si lo necesito para moverme por la isla.

Bajó del coche y el taxista sacó su vieja maleta de la parte trasera del auto acompañándole hasta la entrada del hotel. En la semioscuridad de la calle, a Pablo le pareció que el hotel era una edificación vieja y ambos se dirigieron a las escaleras de entrada. Abrió la puerta el taxista y enseguida entraron en un vestíbulo también sumido en una semioscuridad donde solo se distinguía una mesa al fondo de un pequeño pasillo

y un señor, de mediana edad sentado tras un mostrador de madera clara. El taxista saludó al recepcionista, se notaba que eran conocidos y hablaron rápido, tanto que, aunque hablasen español, tardó en entender el motivo de la conversación. Vladimir se despidió de Pablo con un apretón de manos y lo dejó allí delante del mostrador. Fue ese el instante en el que notó un pequeño ataque de pánico, podría ser debido al cansancio del vuelo, podría ser por el trayecto en el taxi o quizás por las sombras que se adivinaban en aquel vestíbulo, sea por lo que fuese, sintió que a partir de ese momento su vida podía cambiar para siempre.

- Buenas noches caballero. ¿Tiene usted una reserva verdad? Podría dejarme un documento de identidad, quizás el pasaporte. – Todo muy correcto pensó Pablo, era un profesional.
- Así es, aquí tiene mi pasaporte y la copia de la reserva.
- La copia no hace falta, gracias. ¿Es la primera vez que visita la isla?
- Pues sí, esta es la primera vez que cruzo el océano.
- Ah;; y viene de turismo supongo. Podemos ayudarle a contratar un guía que le llevará a conocer todos los secretos de nuestra bonita isla. – se dio cuenta que aquel tipo de marcadas facciones quería “encalomarle” uno de esos guías que le seguiría día y noche hasta agotarlo y él no estaba precisamente interesado en algo así.
- Pues se lo agradezco, pero acostumbro a moverme solo cuando hago viajes, digamos que me gusta ir descubriendo las ciudades de forma sorpresiva, sin que me lo vayan contando. – El tipo levantó la vista y miró fijamente a Pablo, se puso muy serio para decir;
- Mire señor, Cuba puede ser un sitio maravilloso, si sabe bien por dónde y con quien andar. Sería mejor que no anduviese solo por algunas zonas y sobre todo en algunos momentos – El tipo estaba tan serio que llegó a asustarse de veras – Por lo que sería mejor que le acompañase alguien, al menos estos primeros días ya que veo que no tiene día de salida y entiendo que estará algún tiempo con nosotros.
- En serio le agradezco la recomendación, pero tengo aquí una guía y seguro que la amable gente de La Habana me ayudará si me veo perdido – Estaba dispuesto a no ceder en el primer invite.

- Está bien, yo he aconsejado lo mejor para que el caballero disfrute de todo lo bueno sin pasar por lo “m a l o” de La Habana – recalcó la palabra malo, alargando mucho la “a”, lo que le hizo pensar que realmente se trataba de una estrategia comercial. Desde el taxi le venían indicando que lo mejor era un guía, que seguramente sería muy bueno en otras condiciones, por ejemplo, en una luna de miel, pero en su caso sería solamente un estorbo, o eso pensaba él – Igualmente si el señor lo necesita, siempre puede preguntar aquí. Si yo no estoy, estarán mis compañeras. Tiene la habitación 208, en el segundo piso. Que descanse señor. Bienvenido a La Habana.
- Muchas gracias, eso haré, intentaré descansar todo lo que pueda ya que el vuelo ha sido largo y tedioso. Buenas noches.
- Buenas noches, señor.

Cogió la maleta y se dirigió al viejo ascensor que tenía una puerta de rejas y un cajón de madera, se parecía mucho a aquellos antiguos ascensores que había en los viejos edificios de Madrid. Pablo pensó que solo le faltaba que el ascensor se estropease en el breve trayecto de los dos pisos, por lo que decidió subir a pie. Arrastraba la maleta por el suelo enmoquetado, de un color rojizo que hizo pensar si aquel hotel no habría sido en otros tiempos algún lugar donde los hombres encontrarán besos de alquiler. Las puertas eran de madera oscura y unos pequeños apliques en forma de candelabro le daba a todo el conjunto un aspecto entre tétrico y deprimente, como cambian las valoraciones de un mismo establecimiento dependiendo del país donde esté pensó, este hotel en España no pasaría ni por pensión.

Por fin llegó a la habitación 208 y abrió la puerta de madera, también oscura, con la llave que le habían entregado en la recepción, una llave pequeña en comparación con el caballo de madera que de ella colgaba y que disuadía de que alguien se la llevara fuera del hotel. Nada más abrir la puerta, una bofetada de aire espeso y con un desagradable olor a humedad lo recibió y le empujó de nuevo al descansillo. El olor a humedad era tan grande que incluso hacía difícil la respiración. Pensó en abrir inmediatamente la ventana, pero desistió enseguida ya que recordaba que fuera hacía aún más calor y humedad. Encendió la luz y una triste bombilla amarillenta iluminó la minúscula estancia que hacía las veces de dormitorio. Una cama pequeña, cubierta con una colcha roja, como la moqueta y una mesita era todo el mobiliario. Sobre la mesita, una lamparita y en la pared contraria a la ventana, se situaba un mueble para guardar la ropa

y sobre este había una pequeña televisión. El suelo no era de moqueta a diferencia de los rellanos, la escalera y el vestíbulo, este suelo era de algún tipo de parqué que en otros tiempos incluso podría haber pasado por una madera noble, pero que en la actualidad y tras mucho desgaste, era más bien una suerte de cartón desdibujado. Dejó la maleta sobre la cama y pensó que no podía sumirle en la desesperanza lo que estaba viendo, debía descansar y comenzar cuanto antes la búsqueda de Sandy e intervenir antes de que fuese demasiado tarde para ella y quien sabe para cuantas personas más.

Encendió la luz del cuarto de baño, pensaba en darse una ducha antes de ir a dormir, pero su sorpresa fue enorme al comprobar que no salía agua por ninguno de los grifos. El baño era también minúsculo, con un lavabo, un servicio y un plato de ducha casi colocado en un ejercicio de Tetris para que pudiesen encajar y además poder dejar el espacio mínimo para que se moviese una persona. Viendo que no podía ducharse y pensando que quizás les pusieran mil trabas a esas horas de la noche, se desplomó en la cama y respirando con dificultad debido al intenso olor a humedad, se quedó profundamente dormido, estaban pasando factura las horas de vuelo, el cambio horario y la tensión acumulada.

Sintió la boca seca, muy seca y un pequeño dolor de cabeza. Había dormido mal aquella noche. Se incorporó y fue directo a abrir la ventana, el calor y la humedad eran insostenibles. Recordó que no había podido tomar una ducha porque no salía agua así que lo primero que hizo fue ir a probar si ya se había solucionado el problema. Para su satisfacción vio como el agua manaba del grifo del lavabo, por lo cual pensó que al menos podría sacudir su cabeza bajo una ducha que le hiciese volver a ser persona “normal”. Miró la habitación ahora a la luz del día y le pareció excesivamente pequeña, excesivamente oscura, excesivamente deprimente, así que no lo pensó más y se introdujo en la ducha dejando que el agua limpiase sus negros pensamientos y le diese una actitud más positiva, hoy lo necesitaría para enfrentarse a todo lo que pudiese acontecer.

Una vez vestido y recogido todo el equipaje y, como en él era costumbre, ordenar todo en el minúsculo espacio que había para ello, decidió bajar a desayunar y empezar a moverse por la ciudad en busca de... ¿en busca de qué? Pensó... Definitivamente no se había despertado muy bien aquel día. Bajó los dos pisos y se encontró en el vestíbulo. Ahora podía verlo con plena luz del día y al contrario que su habitación, encontró la

estancia mucho más amplia y acogedora que la noche anterior. En el pequeño mostrador, no estaba el iracundo tipo de la noche y en su lugar, encontró la mirada de un ángel que lo observaba con curiosidad. Era una mujer de piel morena, más joven que Pablo con una melena de pelo castaño y con unos ojos también avellanados, el conjunto hacía que el rostro de la mujer fuese muy hermoso. Se acercó a Pablo y le tendió su mano. Una mano pequeña, morena, de dedos alargados y piel tan suave como si la cubriese una fina capa de algodón.

- Bienvenido señor, mi nombre es Mirian y espero la estancia sea de su agrado
- Hola – respondió – Me llamo Pablo
- Ah ¡Usted es el señor español que no tiene fecha de salida! Me hizo gracia ver una reserva sin fecha de salida, sabiendo además que ha venido desde tan lejos.
- Sí. Es que no sé bien cuando volveré ya que hay asuntos que he de resolver en la isla.
- Creo que el primer asunto que debe usted resolver es desayunar.
- Pues sí, creo que tienes razón

Se retiró hacia el mostrador y él salió para el comedor. Estaba acostumbrado a grandes y fastuosos desayunos, nada tenía eso que ver con lo que podía comer en el hotel. Una mesa preparada con un poco de agua, un zumo de color púrpura, pan y un embutido parecido al jamón york. Unas galletas y un depósito con café. La leche estaba en pequeñas dosis en recipientes parecidos a los que se ofrecen en los aviones y fruta, algo de fruta. Tomó un poco de todo ya que tenía hambre y pensó que quizás al día siguiente sería mejor buscar un café por los alrededores para desayunar de forma más contundente. Después del desayuno subió de nuevo a la habitación a limpiar los dientes y de paso pensar cómo encarar el día, así que cogió la guía que le había dado Andrés y localizó donde se encontraba la dirección que estaba escrita en el sobre que encontró en su “supuesta” chaqueta de la tintorería. La verdad es que parecía que se encontraba relativamente cerca según el mapa que aparecía en la guía, pero lo confirmaría con Mirian;

Perdona Mirian – Se aproximó al mostrador y miró directamente a los ojos de la mujer – ¿puedes ayudarme con una dirección?

- Como no señor, dígame que calle desea buscar
- Bien, es la Calle Máximo Gomez.

- Ah¡¡ eso le queda un poco retirado, como a unos 4 kilómetros de acá, será mejor llamar un taxi. Andando es más de una hora.
- Mejor iré a pie, tengo ganas de caminar e ir conociendo un poco la ciudad. ¿Me indicas como ir más directo?
- Como quiera, pero dentro de nada hará mucho calor y no es bueno andar mucho con este sol – La mujer se preocupaba por convencerle para que llamase a un taxi, pero él no estaba dispuesto a dejar pasar la oportunidad de perderse por aquellas calles – pero como el señor quiera, lo mejor y más directo es ir por la Avenida del presidente Allende, irá casi directo a la calle Máximo Gomez. ¿Puedo preguntarle que le lleva allí? No quiero parecer cotilla, pero es que yo vivo cerca de esa calle.

Pablo se quedó atónito, ¿podía haber más coincidencia? Aquella mujer vivía cerca de la tal Sandy de la carta. ¿La conocería?, ¿Tendría algo que ver con ella y con lo que le pasaba? No parecía que una mujer como ella se anduviera con temas de magia negra y santeros, pero absolutamente nada de ella sabía, por lo que cualquier cosa podía ser.

- Busco una mujer, la verdad es que parece Kafkiano, solo conozco su nombre y poco más, se llama Sandy.
- Vaya, ¿busca el señor a alguna amiga que ha conocido por internet? - La mirada de Mirian se volvió muy “pícaro” cuando le dijo a Pablo que lo que él estaba buscando era algo “habitual”. – La verdad es que Sandy es un nombre muy común por acá, ¿sabe al menos cómo es?, físicamente me refiero.
- ¿Te digo la verdad? – Pablo la miró a los ojos como para infundir más credibilidad – No tengo la menor idea de cómo es.
- Pero señor Pablo, va a ser difícil entonces que la pueda encontrar, aun sabiendo su nombre y la dirección, puede haber otra Sandy que viva cerca y usted no sabrá si es ella o no.
- Lo sé, pero acabo de descubrir que para encontrarla contaré con una gran ayuda – Pablo se acercó a ella, ¿Puedo contar con tu ayuda? Supongo que unos pesos CUC no te vendrán mal – Era normal que, tanto en aquella isla como en cualquier otro lugar del mundo, mencionar el dinero era casi siempre el modo más fácil y rápido de encontrar ayuda.
- ¿Sabe que no podemos hacer eso? Nos tienen prohibido cobrar nada de los turistas. Aunque... Se me ocurre que podría hacerle de guía en mis horas libres

- y si usted quiere invitarme a algo, eso no... no está prohibido – La hermosa morena se conocía bien la forma de burlar las orejas y los ojos del régimen.
- Magnífico, así que solo falta saber cuándo podrías ayudarme.
 - Terminó de trabajar a las cinco de la tarde, si quiere puede esperarme por la calle Máximo Gomez, ¿a qué número exactamente se dirige?
 - Al número tres. Y, por cierto, ya que me vas a guiar por la ciudad, sería mejor que empezaras a tutearme, me siento incómodo si estás constantemente hablándome de usted.
 - Es la costumbre señor, pero lo intentaré. Entonces podemos quedar sobre las seis en la puerta de la casa, intentaré ayudarte, pero ya le digo que puede ser muy complicado – Pablo no pudo por menos que reírse al ver que Mirian de pronto le tuteó e inmediatamente pasó a hablarle de usted nuevamente. Se sentía eufórico porque además de la atracción que sentía por la mujer, podría contar con alguna ayuda de fuera para intentar desenmarañar todo aquel lío en el que él solito se había metido, aunque algo le decía que sería más grande de lo que en un principio podía parecer.
 - Muy bien, allí te espero. Hasta entonces intentaré averiguar algo por mi parte. Gracias Mirian. Hasta luego
 - Hasta luego señor Pablo, oh;; perdón, Pablo – Ambos sonrieron y salió por la puerta dispuesto a pisar por fin La Habana.
-

Al salir del hotel, se encontró con un hombre que estaba sentado en unos escalones y que rápidamente se acercó a él. Primero le pidió un cigarrillo y al decirle que no fumaba, se ofreció para hacerle de guía por la Habana más desconocida. Pablo declinó la oferta diciéndole que ya tenía guía con la que iría más tarde a hacer un recorrido turístico. El tipo iba bien vestido, con un pantalón de ropa ligera y una camisa blanca muy bien planchada, supuso que estaría “ojo avizor” a cualquier turista que saliese a pie del hotel y así sacarse un sobre sueldo como guía. Torció por la calle que rodeaba el hotel y de pronto le llegó ese olor que le transportaba a su niñez y a su más rebelde juventud, el olor a mar impregnó el ambiente y sin apenas darse cuenta, enfilaba la calle que moría en el Malecón. Cuando llegó a la amplia avenida que separa las destartaladas viviendas del mar azul, tuvo sensación de familiaridad. Recordó sus paseos por el mar mediterráneo, por Badalona o por Masnou y las mañanas de domingo en las que salía a andar durante horas acompañado únicamente de la brisa marina y el comfortable sonido

de las olas al morir en la orilla. Aunque ni el aroma del mar era el mismo ni las olas chocaban con la arena en La Habana, allí chocaban con los bloques que conformaban el famoso Malecón. Este balcón al mar que fue creado por los americanos en los inicios del Siglo XX. Aquí se daban cita toda clase de personajes; poetas en busca de inspiración, enamorados disfrutando del entorno, pescadores que se arriesgan entre las rocas y sobre todo turistas que cumplen con el ritual de pasear por un lugar mil veces soñado. Después de descansar en un banco, Pablo comenzó a andar por el paseo hacia La Habana Vieja, quería hacer el recorrido por las callejas para llegar al lugar de reunión con Mirian. Enfiló la calle Obispo, una calle que es como La “Castellana” pero en clave cubana, para intentar encontrar la avenida Salvador Allende tal y como le había indicado Mirian, iba observando que el tiempo no había pasado. El reloj que un día movió la vida de esta ciudad, la vida colonial y posteriormente la vida revolucionaria, definitivamente se quedó parado y no había vuelto a girar sus oxidadas manecillas. Tan absorto estaba en sus pensamientos que no se daba cuenta que, habiendo girado en varias esquinas, se estaba adentrando en calles empedradas, con edificios medio derruidos y con autos destartados aparcados en las puertas de esos edificios. Entre las pequeñas casas, de planta baja y mal encaladas, encontraba de vez en cuando alguna persona dentro de un jardín o en un callejón. Escuchó un ruido a su espalda y se giró de golpe, en seco, casi sin mover los pies del suelo. No vio a nadie y pensó que sería solo algún gato o perro callejero de los que había visto correteando. Lo extraño era que el ruido que escuchó fue tan nítido porque realmente era el único que se podía percibir, todo lo demás era un enorme silencio. Siguió caminando y se percató que estaba totalmente perdido, muy raro en él ya que acostumbraba a orientarse muy bien por las ciudades que visitaba, pero en este enjambre de callejas, se encontraba totalmente desubicado. Pensó en preguntar a la primera persona que viese, sin recordar que llevaba la guía así que siguió caminando. Pasó por un estrecho callejón y se asomó a ver si podía encontrar a alguien a quien preguntar. Vio unos chicos jugueteando al final del callejón y quiso preguntar dónde se encontraba y como podía ir hacía el centro de La Habana vieja. Los chicos desaparecieron antes de que él pudiese hablar y en su lugar, emergieron dos hombres negros, con camisetas blancas de tirantes y unos viejos pantalones descoloridos. Sintió miedo, no sabía por qué, pero no le gustaron las caras de esos dos hombres. De pronto uno de ellos empezó a andar por el callejón hacía el y comenzó a llamar su atención, con unos gritos. Pablo no esperó más y comenzó a andar, mientras oía tras de sí la voz del hombre que gritaba algo que no podía entender. Se

estaba angustiando por momentos, andaba sin saber bien hacía donde y sentía detrás como los dos hombres ya estaban en la calle. Miró hacia atrás y vio como el más alto de los hombres le llamaba.

- Ehhh!!! Tú!!!! ¿Que estabas mirando? Párate, solo te voy a preguntar qué quieres!!

Por supuesto que no tenía intención de pararse, seguía caminando deprisa, buscando desesperadamente alguien a quien acercarse, pero parecía que además de pararse el mundo en un instante, las personas de la isla, como si supieran lo que estaba ocurriendo, no se atreviesen o no quisiesen salir a la calle. Oía los tipos que seguían gritando detrás de él y los podía oír más cerca, por lo que finalmente se decidió a correr, corrió lo que pudo por aquellas calles empedradas, con miedo a caer y que fuese una presa fácil. El corazón le latía tan fuerte que podía sentirlo en las sienes, en la garganta, tenía miedo y corría sin saber a dónde. Los pasos de los hombres sonaban más cerca, estaba seguro que le darían alcance. Pensó que quizás solo querían su dinero, pero no era momento de comprobarlo. Giró en una calle y vio a lo lejos unos coches aparcados, los gritos del tipo largo sonaban fuertes, por lo que dedujo que era cuestión de tiempo que le agarrase por la espalda. Un pequeño tropiezo de uno de ellos le hizo albergar esperanzas, lo había oído caer y como llamaba al otro para que se parase a socorrerlo, pero este no se paró, muy al contrario, aceleró la marcha y le gritaba toda clase de insultos. Pablo decidió que no iba a caer tan pronto, que no podía dejarse atrapar por él así que aceleró la carrera todo lo que pudo, se estaba acercando a los coches y esperaba que dentro hubiese alguien. Al llegar a los coches, estos estaban vacíos, pero pudo ver que detrás de ellos se alzaba un gran edificio y decidió girar en la primera de las esquinas, notando ya tan cerca a su perseguidor que incluso lo podía oler.... Giró en la esquina y de pronto, una avenida, una luz, de nuevo la vida. Se introdujo en la avenida, se mezcló con la gente, esta vez sí, había mucha gente que, además, lo observaban sin saber muy bien porque corría. Siguió corriendo aún un rato, hasta que se sintió fatigado. Se paró en la puerta de un bar y miró para atrás, con la certeza de que aquellos dos hombres o al menos el más alto de ellos le habrían dado alcance, pero no, tras de sí no vio a nadie. Solo una muchacha que acompañaba a una anciana sen encontraba en la misma acera que él. Tomó aire y decidió entrar en el bar, necesitaba agua, una silla, alguien a quien mirar sin desconfianza y, sobre todo, necesitaba ir urgentemente al baño.

Se sentó en una mesa cerca de la cristalera que daba a la amplia avenida. Después de sobreponerse un poco del susto, empezó a analizar lo que había ocurrido. No sabía por qué salió corriendo, fue una reacción natural ante un inminente peligro, pero ¿qué peligro había sido aquel?, ¿un intento de robo por parte de dos posibles delincuentes? O quizás algo más siniestro. No le apetecía darle más vueltas y tampoco le contaría nada a Mirian. Solo se trataba de una mala experiencia de la que había salido airoso, pero que le haría estar aún más vigilante. Llegó un hombre joven, con un pelo amarillo que realizaba aún más si cabe el color moreno casi negro de su piel.

- ¿Qué va a tomar el señor? - le preguntó con una voz quizás demasiado aguda para su corpulencia.
- No se.... Quizás una cerveza.
- Está bueno señor.

Se retiró el camarero y continuó mirando el pasar de coches y personas. Se mostraba principalmente atento por si volvía a ver al tipo de la camiseta blanca, aunque no sabía si podría reconocerle entre la multitud. De pronto reparó en un vehículo extraño, era un pequeño “artefacto” negro y amarillo, de tres ruedas y con forma redonda, con una gran apertura frontal, tripulado por un chico con casco. Pablo lo miró fijamente como si se tratase de una nave espacial y al volver el camarero con su cerveza, le preguntó que era ese pequeño vehículo amarillo y negro.

- Es un *cocotaxi* señor. Dentro de la carcasa hay una motocicleta y es muy típico en La Habana. Si desea montarse en uno, le puedo llamar para que le pare aquí mismo.
- No gracias, es realmente curioso – comentó – Lo que si me gustaría saber en qué calle estoy y como llegar a la calle *Máximo Gómez*.
- Pues estamos en la avenida *Martí*. Y para llegar a la calle que el señor busca, solo tiene que continuar por su derecha, encontrará un gran parque, que es el parque *de La Fraternidad* y si sigue dos cuadras, encontrará la calle *Máximo Gómez*.
- Gracias, muy amable.

Continuó saboreando la cerveza, muy suave y fresca, mirando por la cristalera. De fondo se oía la televisión, con un documental sobre músicas típicas de la isla. Ya más tranquilo y algo más relajado reflexionó sobre lo ocurrido y decidió quedarse un buen

rato en el bar para evitar nuevos sustos, por lo menos en esas horas que faltaban para ver a Mirian. Después de un par de tragos largos de la cerveza, recordó que llevaba encima la guía que le había entregado Andrés en España, pero no quiso sacarla para no molestar al chico que tan amablemente le había indicado como llegar a la dirección que buscaba. Estaba extasiado viendo pasar los coches antiguos que circulaban por delante del bar, le llamaba la atención sobre todo los taxis, había de todas marcas y colores y a cuál más antiguo. También quedó bastante impactado con la cantidad de personas que circulaban por la calle sin móvil. No estaba acostumbrado a estar parado tanto tiempo y no ver a nadie que no estuviese hablando por el móvil o estuviese mirando la pequeña pantalla. En estas estaba cuando apareció de nuevo el camarero.

- Señor, ¿Desea tomar otra cerveza?
- Muchas gracias, pero ya he de marchar. Así que dígame que le debo por favor.
- Es un peso cincuenta.

Pablo le dio al muchacho una moneda de dos pesos y no esperó a que le diesen el cambio. Decidió marchar e ir andando para la calle en cuestión con el objeto de despejarse y no seguir pensando en lo que le había ocurrido con los dos tipos del callejón.

El parque de la Fraternidad Americana está colindante al Capitolio, edificio idéntico al de Estados Unidos y que fue un regalo del gobierno americano a los dirigentes cubanos. La zona es un lugar tranquilo donde hay turistas descansando, cubanos que van hacia cualquier parte de la ciudad, algunas palomas revoloteando y muchos coches aparcados, tan antiguos como los taxis, pero mucho más lujosos y preparados para captar al turista. Pablo se fijó en un viejo Cadillac de color fucsia brillante, descapotable y con una más que cuidada tapicería de cuero blanco. Al lado de la puerta, estaba un chico, que supuso era el chofer y que lo observaba con atención, esperando que se decidiese a dar una vuelta montado en el hermoso carruaje. Después de la mala experiencia del callejón, ni tan siquiera miró al muchacho y se enfiló directamente hacia el parque. Decidió pasar el tiempo allí hasta que llegase la hora de ver a Mirian así que se sentó en un banco bajo una enorme palmera y se dejó llevar por pensamientos que mezclaban desazón y miedo en partes iguales, aunque sabía que nada malo le podría pasar.

Pasaban algunos minutos de las seis de la tarde cuando Pablo vio acercarse por el fondo de la calle a Mirian. No pasaba desapercibida, con la piel morena, una mata larga de

pelo negro caído hacía un lado y con un vestido blanco con volantes que dejaba al aire unos hermosos hombros. Andaba de forma sensual, sabía lo bonita que era y le importaba poco ser el foco de las miradas de ellos y ellas, cada una con un muy diferente mensaje. Cuando llegó a la altura de Pablo, se dirigió directamente a darle dos besos, lo que no esperaba él en absoluto, viendo lo frío de la conversación de la mañana. Al sentir la cara cerca de la suya, inhaló el dulce perfume que emanaba la bella mujer. Sabía que Mirian no era ni por asomo aquella insulsa señora recepcionista en el hotel, que su personalidad, al igual que su vestimenta había cambiado por completo, como si hubiese cambiado de piel.

- Bueno Pablo ya estoy acá. ¿Querrás que encontremos a tu Sandy cuanto antes no es así?
- Hola Mirian. La verdad es que sí hemos de encontrarla lo antes posible, pero no es por lo que tu cabecita está pensando – Mirian comenzó a reír de forma graciosa – Sí, no te rías que es por algo más importante de lo que crees. Dime una cosa, ¿hay por aquí santeros? – La cara de Mirian cambió de repente a un rictus serio.
- Shhhh;- Siseó con un dedo puesto en los labios – ¿Por qué quieres saber eso?
- Para encontrar a Sandy, hemos de encontrar primero a una santera llamada Adriana, que podría estar en el callejón de Hantel.
- ¿Pero qué estás diciendo? ¿Te has vuelto loco? Esta mañana no me hablaste de todo esto, solo te ayudaré a dar con esa amiguita tuya que seguro andas buscando para echar un buen polvo, pero ni sueñes que me voy a mezclar con la santería – La cara de Mirian estaba roja y al terminar de mencionar las palabras, escupió al suelo y retorció la saliva agolpada con su zapato blanco, haciendo un símbolo extraño con ella.
- Mira, no quiero complicarte la vida, pero es muy importante que entiendas que busco a esa chica por un asunto feo, no para pasar un buen rato entre sus piernas.
- Oh!!! Vamos, ahora resulta que el tímido Pablo es un policía, me la diste bien, tremendo jodido español y yo que pensaba que sería una bonita velada y me harías sentir una reina!!!! Carajo de hombres!!! Ya puedes marchar por donde viniste!!!!

Mientras Mirian decía estas palabras, Pablo estaba sacando de su bolsillo dos billetes de cincuenta pesos CUC, la moneda de los turistas. Mucho más de lo que ella podría ganar en muchos meses.

- Esto es para ti. Solo has de guiarme hasta Adriana, en el callejón – Después de la experiencia que tuvo con los dos tipos por la mañana, no quería correr riesgos y sabía que ella lo podría guiar de forma rápida y segura – Luego, desaparece si quieres – El tono de Pablo era serio.
- Pero, esto no es algo que podamos hacer a la ligera, estás hablando de algo muy serio y no hay bromas en este asunto, si pisas mal, es posible que no vuelvas a pisar.
- Lo sé Mirian, pero si he venido desde Madrid es para encontrar a esa mujer y poder ayudarla antes de que sea tarde.
- No entiendo tu interés si ni tan siquiera la conoces – pensó que en cierto modo ella tenía razón, sería mejor enseñarle la carta.
- Está bien, ¿podemos ir a un sitio más tranquilo que no sea estar en medio de esta calle? En otro lugar te podré explicar algunas cosas y espero entonces decidas ayudarme.
- De acuerdo, vayamos al parque, conozco un sitio que es seguro cien por cien.

Comenzó a caminar, la siguió a poca distancia, anduvo un poco más deprisa hasta colocarse a su lado. Mirian lo miraba, con una mirada entre compasiva y curiosa. ¿Por qué este hombre se enfrentaría a los peligros que entrañan las sectas más peligrosas de la isla? ¿Que se traía entre manos? Pronto lo averiguaría y estaba convencida de que no le iba a gustar, aunque algo si tenía claro, aquellos cien *pavos* serían suyos y no iba a arriesgar lo más mínimo su vida.

Una vez que Mirian leyó la carta, comenzó a entender algo más lo que andaba buscando, pero sabía que era peligroso porque si bien, era posible que los santeros nada tuvieran que ver en este asunto, lo que estaba seguro era que algo o alguien oscuro se encontraba detrás. Por lo que leyó, hablaba de Adriana y el callejón, pero también mencionaba a otras personas que en principio no estaban relacionadas con los santeros por lo que ella conocía.

- Pablo, insisto en que esto es peligroso. No había oído hablar de hechizos desde hace muchos años y también pienso que es posible que sea todo un truco para

engañar a ese pobre diablo enamorado. ¿Sabes quién es Estévez? – Mirian se refería a un tramo de la carta que encontró Pablo en la americana que decía: *“No creo mucho en los santeros, pero sé que alguien me quiere hacer desaparecer. En el barrio hablan de Estévez y su conexión con los magos”*

No Mirian, no sé quién es Estévez, antes de venir intenté hablar con un cubano que normalmente almuerza en el bar que hay cerca de mi casa, pero no pudo ser. No sé quién es Estévez, Adriana ni que tienen que ver con Sandy, pero como has podido leer, no debe ser algo que le afecte solo a ella, ya que habla en plural *“podríamos morir”* eso fue lo que me trajo aquí, hay tantas preguntas; ¿Quién es Adriana?, ¿Quién es Sandy?, ¿De qué hechizo se trata? ¿Cuántas personas están en peligro?

- En esta isla ya no hay hechizos Pablo, creo que has venido para nada. Puedo llevarte al callejón, pero seguro que no vamos a encontrar nada. Te propongo una cosa, preguntemos primero por ella en su edificio, y ya verás cómo está bien y podrás disfrutar de unas vacaciones y todo esto de la carta solo será una anécdota en tu vida.
- No me parece mala idea, volvamos al edificio y veamos que podemos averiguar.

Cómo eran pocos los metros que recorrieron, no tardaron demasiado en llegar de nuevo a la calle Máximo Gómez y comenzaron a buscar el edificio número 3.

Era un edificio pintoresco, rectangular, de cuatro plantas de altura y con tres ventanas que daban a la calle en cada una de las plantas. Estaba pintado en un ocre sucio y con un contraste en tonos marrones alrededor de las ventanas. La puerta de entrada estaba bastante deteriorada con respecto al resto del edificio. En los bajos, unas rejas cerraban el paso a lo que en algún día fueron unas tiendas. Frente al portal, en la propia calle habían plantados unos frondosos árboles. Pablo y Mirian se adentraron en el portal y vieron una destartada escalera y un vestíbulo desconchado que poco tenía que ver con la fachada, relativamente bien cuidada. No existían los buzones típicos en los edificios europeos, por lo que no tenían la posibilidad de saber si en el mismo vivía la mujer de la carta. Salieron de nuevo a la calle en busca de alguien que les pudiese ayudar. En esos momentos, solo estaban unos críos jugando con una pelota en un edificio colindante. Se miraron e intercambiaron una mirada de duda... Podían preguntar a los niños o esperar a que llegase alguien. No tuvieron que decidirse por ninguna de las dos opciones ya que de dentro del portal apareció un hombre, de aspecto mayor a la edad que seguramente

tenía. El hombre se dirigía a la calle cuando Mirian se le aproximó, Pablo se quedó esperando a cierta distancia.

- Disculpe señor, ¿sabe usted si en este edificio vive una muchachita llamada Sandy?

El interfecto ni tan siquiera miró a Mirian, en un susurro y sin levantar la cabeza comentó que él no sabía nada y que no conocía a nadie con ese nombre. Mirian se fue tras él y volvió a preguntar, pero tampoco esta vez encontró respuesta alguna. Se volvió hacía Pablo y le pidió que le ayudase, se acercó y le enseñó un billete de 10 pesos. Cuando el hombre vio el billete paró en seco, lo miró y le dijo con una voz dulce y armoniosa, con ese acento caribeño que hace que todo suene a música.

- Y dígame caballero, ¿para qué es que usted está buscando a esa muchacha? Hay muchas otras en la isla que pueden satisfacerle.
- Se equivoca señor, no busco a Sandy para tener un contacto, solo he de comunicarle algo que me encargaron en España.
- Bueno con el españolito, no tiene bastante con ir con esta tremenda mulata – El hombre se refería a Mirian- Sino que también quiere montar a otra de nuestras mujeres.
- Mire, está usted muy equivocado, mi intención como ya le he dicho es darle un recado que traigo de un familiar español.
- Miente; Sandy no tiene familia en España.
- Por lo tanto, la conoce – terció Mirian – y puede ayudarnos a saber de ella, por ejemplo, en que piso vive.
- Yo no sé nada, alguna vez se le ha visto por el primer piso, pero hace algunas semanas que no viene por acá. – Contestó el hombre y acto seguido arrancó el billete de la mano de Pablo – Ya les he dicho todo lo que sé y ahora me marchó que he de hacer cosas.
- Espere, por 10 pesos podría ser más explícito ¿no?
- Mire españolito, no sé nada más. Esa muchacha venía por aquí en algunas ocasiones, pero hace tiempo que no asoma la nariz, es todo lo que sé.
- Está bien - dijo apaciguadora Mirian, temiendo que el tipo se fuese sin soltar más información – ¿díganos al menos cómo es físicamente? por si podemos verla entrar.

- No se podrán confundir ustedes, es la más linda criatura de este barrio. Alta, delgada, con un cuerpo de modelo. Ojos grandes, claros y con una melena dorada que la hace única. Es blanquita, pero no tiene nada que ver con los españoles, ¿lo sabe usted? – El hombre se dirigió a Pablo, dando a conocer lo poco que le gustaba lo que viniese de España – Y sigan un consejo, déjenla en paz, Sandy no ha hecho nada malo y no creo ni una palabra sobre que le trae algo.
- Muchas gracias, nos ha servido de mucha ayuda – dijo en tono sumiso Pablo, temiendo que si hablaba con su tono normal el tipo se enojase aún más.

El hombre se fue caminando y Pablo volvió a entrar en el edificio seguido de Mirian, fueron al primer piso y vieron las tres puertas que en él había. En ninguna de ellas se podían leer nombres, por lo que decidieron tocar la más cercana a la escalera, una al azar.

Tras varios golpes, abrió un muchacho joven, con cara de estar medio adormilado.

- ¿Que desean?
- Hola, me llamo Mirian y este señor es Pablo, de España. Estamos buscando a Sandy, una chica morena y alta que debe vivir aquí.
- Si, vive en esa puerta – el chico señaló la que tenía el número 3 sobre el dintel- Pero hace unas semanas que no se le ve el pelo.
- ¿Sabes dónde ha podido ir? ¿Sabes si está con Adriana? – preguntó Pablo sin dejar que siguiese Mirian hablando.
- No tengo ni idea, ni sé quién es esa Adriana señor. Les digo que hace unas semanas que no viene por su casa y ya no sé nada más.

El chico pegó un portazo y dejó a Pablo y Mirian en la puerta, parados antes la sorprendente actitud del muchacho. Fueron directos a la puerta número tres e intentaron abrir sin éxito. Estuvieron aporreando la puerta por un rato y Pablo sintió como si mil ojos estuviesen observándolos y miro en derredor, pero no llegó a ver a nadie.

- ¿Qué hacemos? – Preguntó Mirian – Es tarde ya y pronto se hará de noche. Será mejor que lo dejes para mañana, como puedes ver en su piso no hay nadie y lo peor es que nadie sabe nada tampoco.

- No puede ser. Algo raro pasa Mirian. La conocen, pero no quieren dar más información. ¿Por qué? En todo caso, no quiero mezclarle más en esto, creo que tienes razón. Mañana continuaré por mi cuenta e iré al callejón en busca de Adriana.
- Pablo, por favor ten cuidado, no sabes dónde te estás metiendo.
- No te preocupes, si todo es como tú dices, no me podrá pasar nada malo.
- Mira, yo conozco mi isla, mi gente y no quisiera tener que equivocarme. Solo te pido que andes con cuidado.
- Está bien, muchas gracias por el consejo. – Pablo había oído ya muchas veces esa cantinela y estaba decidido a hacer caso omiso de ello, en el fondo parecía como si todo el mundo guardara un misterio, y no estaba dispuesto a acabar siendo uno más.

Se alejó de Mirian para llamar a uno de aquellos destartalados pero eficientes coches antiguos y que le llevaran al hotel. Mirian se despidió de él con un leve movimiento de la mano. Finalmente, no había conseguido encontrar a Sandy, pero ya disponía de algunas pistas que bien ordenadas, le podrían dar algunas respuestas.

Aunque apenas había comido durante el día, no sentía hambre y pensó en pedir cualquier cosa en el hotel. Llegó ya bien avanzada la noche, aunque el trayecto no era largo, se le hizo interminable. Quería llegar cuanto antes y empezar a ordenar todo lo acontecido para poder tener una visión de lo que haría al día siguiente. El tiempo corría y no era cuestión de dar tumbos por la isla como si se encontrase de turismo. Así que nada más llegar a la habitación, después de haber encargado al chico flaco y con ojeras que esa noche se encontraba detrás del mostrador de la entrada, un sándwich y un refresco, se sentó en la destartalada silla a escribir en una pequeña libreta los datos recopilados durante el día.

Parece que nada es lo que parece pensó. Mirian cree que Sandy no está en peligro, sin embargo, la chica hace semanas que no aparece por su piso, Sandy desapareció después de irse benjamín. Por otra parte, Mirian, cree que los hechizos es algo ya pasado en Cuba y, por lo tanto, de haber algo es alguna suerte de trama para engañar y estafar al español. Dos cosas tenían claras, una: Había que encontrar a Adriana y otra que tenía que volver a aquella casa y entrar en el piso de la muchacha si quería encontrar alguna pista que le llevase hasta ella. En ese momento, el chico delgado de recepción tocó con

algunos golpes en la puerta y avisó que le traía lo que había pedido para cenar. Lo recogió y le dio al muchacho unas monedas. Volvió a sentarse en la mesa y entre bocado y bocado fue desgranando un plan para poder estar cuanto antes en el camino de encontrar a Sandy. Era momento de actuar, antes de que fuese demasiado tarde para todos.

Otra noche que prácticamente no pegó ojo., aunque esta vez no se levantó con dolor de cabeza, había tenido ensoñaciones y además el calor y la humedad insufribles le habían despertado varias veces. Fue directo a la ducha y volvió a dejar que el agua tibia bajase por su cuerpo, parecía que incluso el agua que manaba de aquella vieja “Alcachofa” corría más despacio sobre la piel. Se secó y como en él era costumbre, se afeitó una vez duchado, para tener los poros abiertos y así ayudar a un buen rasurado de la dura barba.

Una vez ataviado con una camiseta de lo más simple, era de un viaje a Peñíscola y unos vaqueros desgastados, bajó al comedor para tomar algo antes de salir del hotel.

Esperaba ver a Mirian, guapa y sonriente tras el mostrador, pero no fue así, en su lugar estaba otra mujer, de rasgos más duros y algo mayor que el mismo Pablo.

Tras saludarse, fue a buscar algo de zumo, otra vez aquellas galletas y una tostada con algo de embutido. De nuevo pensó que al día siguiente buscaría un buen café para poder desayunar en condiciones. Se había propuesto finalmente acercarse al callejón en busca de Adriana y entender de una vez que tenía ella que ver con la chica que estaba buscando. No sabía si la mejor opción era ir él solo directamente buscando como orientarse a través de la guía de Andrés, o bien, pagar a uno de aquellos señores que sin duda lo llevarían directo y por un módico precio. Se decidió por la primera opción ya que pensó no debería dar muchas pistas en el hotel. Mientras desayunaba se fijó bien en el resto de las personas que estaban en el comedor, una pareja de americanos gordos y colorados que seguramente tendrían tanto colesterol como dinero. Una mujer mayor, delgada y rubia, con aspecto de estar en La Habana buscando un buen plan de vacaciones. Una familia de cinco miembros, probablemente alemanes por el color rubio casi blanquecino del pelo y al final de las mesas un hombre que curiosamente solo tomaba un pequeño café y leía el Gramma. Se podía leer en la portada “*Nunca admitiremos en la Cuba revolucionaria terapias de choque*” Aunque no podía leer el pie de foto, se apreciaba que era una arenga de Castro sobre la injerencia Inter Principal en la isla, en la contraportada, una mano grande tenía escrito el nombre del presidente

americano y en inglés se podía leer “*Give me five*” que era un lema para que desde EE. UU. liberaran a 5 presos cubanos. El hombre que tenía depositado en la mesa un gran sombrero, llevaba un caro pantalón y una camisa perfectamente planchada, estaba bastante fuera de aquel lugar.

Una vez realizado el repaso al personal, Pablo pensó que era hora de salir para el callejón e intentar averiguar algo sobre el tema que le había llevado allí. Nada más poner un pie fuera notó otra vez esa bofetada de aire pegajoso en la cara. Aunque era temprano, ya se notaba el calor. Comenzó a caminar otra vez sobre los pasos que le habían llevado al malecón el día anterior, pero en lugar de enfilarse hacia éste, giró en una calle y se dirigió en línea recta tal y como había visto en el mapa de Andrés. Paseaba mirándolo todo, como un turista más que no llevara un rumbo fijo. Se detuvo en lo que parecía un local abandonado, y a través de los cristales, pudo ver que era un pequeño almacén de medicinas y que parecía estar a punto de abrir. En la puerta se estaba formando una larga fila de gente que estaba a la espera de su medicamento. Había coches aparcados en las calles y edificios en muy mal estado, Pablo se paraba de vez en cuando a observar con detenimiento todo aquel sin fin de cascotes y desechos que campaban por las calles y los edificios. Continuó durante unos veinte minutos, caminando en línea recta, hasta que llegó a una avenida más ancha y dobló en la esquina que confluía con la calle por donde él transitaba. En breve estaría en el famoso callejón, aún no tenía claro cómo iba a abordar el tema, se dejó llevar por su instinto y decidió que nada malo podría ocurrirle. Era una estrategia que utilizaba a menudo, una especie de fuerza mental que le ayudaba en momentos de incertidumbre a mantener la seguridad interior. Notó una especie de hormigueo en las piernas, como si algo le estuviese avisando para que no caminase más, sin embargo, sabía que debía continuar. A lo lejos, como a dos manzanas, vio como entraban unos muchachos en una especie de calleja, supo de inmediato que se trataba del callejón, continuó andando por aquella irregular acera y un coche pasó muy deprisa por su lado, con música afrocubana con el volumen muy alto que paró cerca de la entrada al callejón. Pablo paró en seco, tenía que sopesar bien lo que iba a hacer. Se encontraba solo en la isla, iba a entrar en el lugar donde desde el inicio del viaje le estaban indicando que no debía estar y, además, lo que estaba viendo no le hacía ninguna gracia. Anduvo un poco más, al fin y al cabo, nadie debía saber por qué estaba allí y seguramente sus propios nervios lo estaban traicionando. Se acercó despacio, pensó que sería mejor ir mirando bien todo antes de llegar. Faltaban

pocos metros ya para ver la entrada, el coche seguía parado cerca, la música era cada vez más audible, podía escuchar el ritmo frenético y ver que dentro del coche había al menos cuatro muchachos. Podía ver sus cabezas dentro del auto, un Chevrolet blanco y verde, estaba ya muy cerca de ellos y por lo tanto del callejón. Finalmente se puso a la altura del coche, lo sobrepasó, ni tan siquiera miró en su interior, dio unos pasos más y allí estaba. El famoso callejón de Hantel. Lleno de gente, más como una atracción que como un lugar maldito. Se quedó mirando desde la entrada, pudo ver a unos críos jugando, llevaban solo unos pantalones cortos y correteaban descalzos por la calleja. Desde su perspectiva se podía ver casi todo el callejón que no era excesivamente largo, menos incluso de lo que había pensado. La entrada era un arco de piedra marrón, rugosa, y en el centro del arco podía ver incrustadas 3 llantas de ruedas, a modo de campanario. Un letrero hecho de hierro forjado indicaba claramente el nombre “*CALLEJON DE HANTEL*” y un farol rojo colgaba del centro del arco como si de un ahorcado se tratase. Se atrevió a pasar por debajo del arco, puso cara de turista curioso y en un principio nadie le prestó la más mínima atención. Quedó fascinado por una pared en la que había una bañera incrustada y un lavabo de manos hacía las veces de altar irrespetuoso a una pequeña Virgen colocada en la parte superior. Unos muchachos, dedujo que eran los que habían entrado un rato antes, estaban apostados bajo un pequeño saliente, llevaban gorras de béisbol y fumaban, algunos fumaban cigarrillos otros puros habanos. Se pasaban entre ellos unas botellas de cerveza.

De pronto se le acercó un tipo, Pablo no pudo ver de dónde había salido, llevaba una gorra roja a juego con una camiseta que se esforzaba por tapar una prominente barriga. En las manos unos guantes con los dedos recortados, que estaban totalmente fuera de lugar con el calor sofocante que hacía allí, un vaquero descolorido por el uso completaba su indumentaria. Llevaba una bolsa colgada del hombro derecho y pudo ver también que el hombre, de mediana edad con pelo largo y sucio, casi sin dientes, llevaba un reloj que destacaba del resto, era como una pieza discordante. Estuvo unos segundos mirándolo fijamente y Pablo notó un fuerte dolor en el estómago, de forma repentina y sin saber bien porqué.

- Hola, ¿Qué buscas aquí? – preguntó el extraño – Esto no es un museo para turistas.

Se quedó desconcertado por lo directo que fue aquel hombre, estaba frente a él, tan cerca que casi podía oler el vomitivo aliento que salía de su desdentada boca. Tenía que reaccionar a tiempo o el resto del grupo podría unírsele y las consecuencias podrían no ser las mejores para Pablo.

- Hola, me llamo Pablo y vengo de España. Estoy buscando a una amiga, alguien me dijo que podía encontrarla aquí.
- ¿Una amiga? Jajaja. Te has equivocado de sitio para echar un polvo. Este es el sagrado callejón de Hantel, aquí no se folla por 30 pesos. Ya puedes estar poniendo tu sucio culo español fuera de aquí.
- Disculpa, no estoy buscando sexo, estoy realmente buscando a una amiga, se llama Sandy y me dijo que podría encontrarla en el callejón.
- Pero vamos a ver, ¿te piensas que soy tonto? ¿Quieres de verdad hacerme creer que estás buscando a una amiga en el callejón de Hantel? Será mejor que te marches antes de que me enfade y pueda decirte que es lo que te puede pasar si sigues incordiando.
- Bueno, ella me habló también de Adriana – Pablo tuvo que jugar esa carta ya que de otra forma no sería capaz de conseguir nada de esa visita. El tipo lo miró aún más fijamente y Pablo, supuso que en parte por el ataque de pánico que estaba sufriendo, hubiera jurado que los ojos de aquel hombre se tornaron transparentes por unos segundos.
- Micael!!!- Gritó el desdentado al grupo de jóvenes que bebían cerveza no muy lejos de donde se encontraban – Ven acá

De entre los muchachos salió uno que era muy espigado y negro, no tendría más edad que la hija de Pablo. Vestía una camiseta de tirantes negra y un vaquero corto, por encima de las rodillas, junto con unas deportivas. Fue hacía ellos andando de forma peculiar, como si cojease.

- ¿Has visto a este español antes? - preguntó el tipo al tal Micael.
- No. No tengo ni idea de quién es.
- Míralo bien, ¿Estás seguro?
- Por Dios papi, claro que no conozco a este tipo de ná.

- Está preguntando por Sandy y dice que la conoce – Micael se acercó a Pablo, lo miró de arriba abajo como esperando encontrar alguna señal que lo hiciese reconocible – ¿crees que es aquel español que estaba con ella?

Pablo palideció, sin duda estaban hablando del hombre que recibió la carta, el español que estuvo con Sandy en la isla, hablaban de Benjamín.

- Mira Papi, este no es el español que estaba con Sandy. Este es más menudo. Pero ¿Por qué es que está preguntando por ella?
- No lo sé, pero no me gusta que anden los españoles por el callejón, este no es un lugar para turistas. Anda y mira a ver si está la Adriana en la casa. Apúrate;;
- Está bien papi.

El llamado Micael partió para una de las puertas que se encontraban cerca de la bañera incrustada en la pared, mientras tanto, el desdentado se volvió de nuevo hacia Pablo. En ese momento estaba observando al grupo que se pasaban las botellas de cerveza y lo observaban con mucha atención.

- Mira, Micael ha ido a ver si está Adriana, si ella quiere hablar contigo, pues te dejaré pasar, pero si dice que no, te vas a ir por la puerta del callejón y no pondrás más ni uno solo de tus pies acá. ¿Lo entendiste?
- Bueno.... Yo... - Balbuceaba con el miedo incrustado en los ojos - está bien, marcharé a buscar a Sandy a otra parte.
- Pero coño, no entendiste nada – El tipo se acercó tanto a la cara de Pablo que por un momento sus ojos se encontraban a centímetros de distancia – Te vas a ir del callejón y te vas a olvidar de Sandy de una puta vez o seré yo mismo quien haga que la olvides, entendiste ahora carajo ;
- De acuerdo, está bien ¡No volveré a preguntar por ella – Pablo temió que realmente aquel individuo ejecutara su amenaza!

Uno de los chicos del grupo alertó al individuo de que Micael estaba regresando de la casa de debajo de la bañera. El tipo desdentado se volvió hacia él.

- Bueno, ¿y que te dijo mi hijo?
- Papi, Adriana quiere que este español pase a verla. Dice que ella misma quiere conocer porque es que está aquí.

- Carajo que suerte tiene el mariconson, yo le hubiera pegado dos patadas y lo hubiera largado de acá –Se volvió hacia Pablo – Oye tú, ya puedes ir donde Adriana y que Dios o quien sea te acompañe en la visita, nunca debiste venir;;
-

Un fuerte olor a incienso y velas llegó de repente nada más traspasar aquella puerta. Apenas había luz por lo que se quedó parado unos segundos, hasta acostumbrar los ojos a la penumbra. Comenzó a caminar por un pasillo con las paredes llenas de imágenes en las que podía leer al pie unos nombres que eran para él totalmente irreconocibles como; Babalu, Eleguá, Changó y otros que ni tan siquiera podían leerse de lo deteriorado del marco. Al fondo del pasillo, podía verse una estancia con una luz más brillante, supuso que sería donde se encontraba Adriana.

De repente, por entre unas cortinas que se encontraban en una puerta que Pablo no había visto, salió una muchacha delgada, vestida con una túnica blanca. Se paró en seco y miró a Pablo a los ojos. Las miradas se cruzaron solo unos segundos, pero se alargaron como minutos eternos. La chica, con una mirada dulce y sin abrir la boca, le indicó que tenía que pasar al frente, acercarse a la estancia iluminada, y fue acompañado por la elegante figura que le precedía. Desde la puerta de la estancia pudo ver una mesa redonda, cubierta por un tapete blanco donde había una gruesa vela también blanca encendida y muchas figuras de deidades que desconocía. Hacía mucho calor y humedad. La estancia no tenía ventanas al exterior y una desnuda bombilla colgaba del techo. En el suelo, en unos cestos de mimbre había piedras, cáscaras de caracoles y frascos que contenían aceites. En un sillón situado en la parte más alejada de la pequeña habitación se encontraba postrada Adriana.

Con un gesto de la mano, le indicó que tomase asiento en una silla frente a ella. La chica que le había llevado hasta la habitación le preguntó con una dulce voz si quería un poco de agua, a lo que contestó que si con una leve inclinación de cabeza., Sentía miedo, por no saber lo que iba a ocurrir. Como en tantas otras ocasiones, el no tener controlado el escenario le ponía muy nervioso y en esta ocasión no tenía controlado ni su propio miedo.

La pequeña estancia también estaba llena de imágenes, alguna repisa con bustos y unas fotografías del océano, el mar que rodeaba la isla se hacía muy presente en esa

habitación. Alrededor de la mesa, había otras cuatro sillas, además de la que ofrecieron a Pablo y en la que estaba sentado, unas sillas viejas y descoloridas, pero increíblemente cómodas. Adriana era una mujer que rondaba la cincuentena de años, de pelo largo y moreno, con facciones marcadas y ojos muy profundos y hermosos. Era en conjunto una bella mujer. Llevaba también un vestido blanco que resaltaba en la semi penumbra que se encontraba y tenía un pañuelo a modo un pequeño gorro blanco que mal podía cubrir la parte superior de la cabeza. En algún lugar de la estancia había un reproductor de música tipo casete o minicadena HIFI porque desde que entró pudo distinguir la voz rota de Johnny Hartmann cantando Easy Living, Pablo lo reconoció enseguida porque había oído mil veces un CD que compró en la estación de Atocha con la BSO de Los puentes de Madison, una de sus películas favoritas.

Se notaba que era una mujer especial, aunque no supo bien porqué, era alguna forma de sexto sentido el que le alertaba que se encontraba frente a un ser especial, muy especial. Además de la estancia donde se encontraban, vio dos entradas más tapadas con unas cortinas, curiosamente no había puertas en aquella casa. No sabía qué hacer ni cómo empezar la conversación con aquella misteriosa mujer, era una suerte que le recibiese y se congratulaba por ello, pero ahora, delante de ella no podía articular palabra. De pronto apareció la chica que lo acompañó hasta el cuarto con una jarra de agua y un vaso. Lo puso todo sobre la mesa, cerca de donde se encontraban y salió tan sigilosamente como había entrado.

- Hola, me llamo Pablo – Acertó a decir al fin, después de dar un largo sorbo al vaso.
- Lo sé – Adriana tenía una voz dulce, armoniosa y suave – He oído hablar de ti, llevas muy poco en La Habana, pero te has hecho notar.
- ¿Cómo dice?
- Supongo que no era tu intención, pero en una ciudad pequeña como esta un extranjero que va haciendo preguntas y dando billetes no pasa precisamente desapercibido.

Pablo estaba pálido y esperaba que Adriana no lo pudiese percibir, también comenzó a mover la pierna de forma compulsiva lo que denotaba que se encontraba bastante nervioso y esto último si lo podía captar cualquier persona.

- Bueno, la verdad es que he realizado un largo viaje en busca de mi amiga Sandy – mintió - y la verdad que cada paso que doy me está alejando de ella, por eso he decidido preguntarle a usted ya que su nombre aparece en una carta que yo tengo.
- Pablo – Adriana hablaba con un tono seco, tajante, terminando muy bien las palabras y las frases, no parecía cubana – llevo muchos años en esta isla, antes de ser una *babalao*, aprendí a oír y escuchar las rocas, los líquidos y sobre todo los *Iyawos*, supongo que sabrás de que te hablo.
- Sí, antes de venir estuve informándome sobre sus ritos, por eso y por lo que dice la carta, sé que Sandy está en peligro.
- ¿Puedo ver esa carta? - Pablo no supo que decir, no quería entregársela, pero también era cierto que no tenía demasiadas alternativas, allí se encontraba en la auténtica boca del lobo – Quiero leer que es lo que hay escrito sobre mí para poder ayudarte.

Accedió y finalmente se la entregó, mientras ella la estaba leyendo, tomó otro sorbo de agua y miró alrededor. Por una de las aberturas, aparecieron dos chicos, altos, jóvenes y muy atractivos. Iban vestidos de igual forma, un pantalón blanco y una especie de blusa de vivos colores, al cuello, al igual que Adriana portaban unos largos collares. Se sentaron en dos de las sillas vacías y simplemente se pusieron a observarlo. Adriana colocó el papel sobre la mesa, se reclinó en el sofá y cerró los ojos. Pasaron varios minutos en los cuales nadie dijo nada, pasaron muy lentos, pegajosos, mudos. Los chicos miraban hacía Adriana, pero ella continuaba con los ojos cerrados. De repente, abrió los ojos y soltó un alarido, los muchachos no se inmutaron, pero Pablo dio un salto de la silla y permaneció de pie. Adriana, ahora sí, con los ojos muy abiertos miraba en todas direcciones, hasta que finalmente se quedó fija sobre los abalorios e imágenes que estaban sobre la mesa.

- Esa mujer está en peligro. La he visto, en un cuarto oscuro, con varias mujeres más. Has de encontrarla pronto, su tiempo se agota.
- Pero... ¿Dónde está? ¿No es usted quien la mantiene retenida?, ¿Qué hay del hechizo? – Adriana miró fijamente a Pablo y soltó una enorme carcajada.
- Pero vamos a ver señor, ¿cree, en pleno siglo XXI, que aún hacemos hechizos? ¿Cree también que hacemos sacrificios? NOOO!!! - Gritó Adriana, y su grito penetró perfectamente hasta su interior. Eso son cuentos de viejas. Nuestra

fuerza nos viene del mismísimo *Olodurame*, pero nunca haríamos daño a nadie. En esa carta solo hay mentiras. Yo puedo ayudarte a encontrarla, pero no porque la retenga, sino porque gracias a la fuerza que Dios me da, puedo ver lo que ningún otro ser humano ve. Has de tener mucho cuidado, son otras personas malvadas quienes la retienen, a ella y a otras mujeres.

- Perdona mi ignorancia. Pero ¿Por qué habla de hechizos la carta?
- Es muy sencillo, a ese otro español que andaba con ella, lo ha engañado. Le ha mandado a buscar para que venga a por ella y le ha asustado con la santería y los hechizos, pero en realidad son otras personas las que la retiene.
- Pero... ¿Quiénes?, ¿Cómo puedo encontrarlas?
- Todo a su tiempo, aunque realmente eso es lo que menos tenemos. Puedo ayudarte, pero no sería capaz de darte una dirección, mis visiones no llegan a ello.
- Adriana, ¿quién es Estévez?
- Juan Luis Estévez es el contacto de algunas mafias de trata de mujeres en España, un tipo peligroso.
- Pablo notó un dolor en el estómago, un ligero mareo, le temblaba todo el cuerpo, esa era la verdad, se iba a enfrentar a una red de trata de mujeres desde Cuba y que tendría como víctimas a chicas cubanas y hombres extranjeros, entre ellos Benjamín.
- ¿Podrá ayudarme? – Preguntó con un hilo de voz.
- Mi consejo es que te vayas, pero si de veras quieres ayudar a esas personas solo hay alguien en quien puedes confiar, es el comisario Salmerón. Aun así, muchacho, aléjate de ellos, no te compliques la vida, será muy difícil que podáis desenmascararlos y liberarlas
- ¿Cómo encuentro al comisario Adriana?
- Ve hacía el hotel, él te localizará a ti.
- Muchas gracias, Adriana y perdona por creer que usted tenía algo que ver con la desaparición de Sandy.
- Solo puedo ayudarte porque eres de corazón puro, eres un ser blanco, de alma limpia, por eso puedo ver.

Pablo se levantó de la silla a la vez que lo hicieran los dos jóvenes. En ese instante, se unió al grupo la muchacha que antes le había servido el agua.

- Te deseo tengas mucha suerte y averigües pronto donde se encuentran las chicas. Ya estamos cansados de que se confunda a Cuba con un local de alterne. Ten mucho cuidado, Lazín y Rayín te acompañaran fuera del callejón. Nadie debe saber que estuviste acá y platicaste conmigo, nadie excepto el comisario – escuchaba atentamente – Y otro consejo te doy, no vayas regalando dinero y haciendo preguntas o acabarás pronto como ellas.
- Muchas gracias de nuevo Adriana, me ha sido de mucha ayuda y no olvidaré sus sabios consejos.

Recogió nuevamente la carta que dobló y guardó en el bolsillo y se dispuso a salir. Antes, se acercó a Adriana y le besó una mano. Dejó sobre la mesa dos billetes de 100 pesos y finalmente salió acompañado de los dos muchachos. Atrás quedaba la música, las velas, las imágenes y Adriana, por delante solo había una cosa... Miedo.

Se montaron en un viejo Pontiac azul y blanco, un coche que en cualquier otra parte del mundo solo serviría para rodar alguna película de los años cincuenta. Pablo se colocó en el asiento de atrás, con la cara pegada al cristal. Su mente procesaba todo lo que había ocurrido en el callejón. Al salir, ya no estaba el desdentado ni los muchachos. El callejón de Hantel era un triste y solitario pasadizo hacía otros mundos.

- ¿Dónde se encuentra su hotel señor?
- Es el hotel “Guarapo” en la calle 19. Pero podría ir andando no quiero que se molesten.
- Adriana nos ha dicho que lo llevemos hasta el hotel y así lo haremos – Hablaba siempre el que conducía el coche, el más joven de los dos – ¿Es su primera visita a Cuba verdad?
- Si. Y no me gustaría que fuese la última. ¿Hace mucho que estáis con Adriana?
- Yo soy su hijo – Esta vez contestó el otro muchacho – Yo soy Lazín y este es mi primo Rayín.
- Es una gran mujer por lo que he podido apreciar en esta pequeña conversación, aunque hay todo un misterio que la envuelve, como a esta isla...

Lazín comenzó a contarle a Pablo cosas de su madre. Le explicó que llegó a Cuba en los años 60 desde Buenos Aires siguiendo un sueño que no consiguió convertir en realidad. Era una soñadora, amante de la naturaleza y del mar, sobre todo del mar. Conoció los primeros años de la revolución y se enamoró perdidamente de un militar y de sus

anhelos de luchar contra el sistema. Pero todo duró muy poco, una vez se instaló el bloqueo y la Unión Soviética dejó a la isla a su suerte se dieron cuenta de que el futuro iba a ser muy duro e incierto. En un principio, Adriana y su esposo cuidaron de una pequeña plantación de caña en Trinidad, les daba para comer y tuvieron dos hijos que enseguida el estado recluyó para dotarlos de una excelente formación académica, con la posibilidad de estudiar una o varias carreras si así lo deseaban. A principio de los años noventa, el hijo mayor murió en un accidente de auto y Adriana no lo superó nunca. En esa época, convencida de poder hablar con su hijo muerto, comenzó a frecuentar el callejón de Hantel, y empezó a interesarse por la santería y la magia blanca, nada que ver con hechizos o sacrificios humanos. El único fin que ella buscaba era hablar con su hijo y saber que se encontraba en un lugar mejor. En esa época, el marido y padre de Lázín los abandonó. No pudo soportar ver a su esposa y su único hijo, perder la vida entre santeros y prácticamente abandonar la plantación, las tareas, la casa y la familia. Adriana fue conociendo la santería, los ritos, las deidades, pero hubo un hecho que sí cambió su vida por completo. Una tarde, una muchacha que estaba en el callejón se acercó a ella y le comentó que estaba desesperada porque llevaba años intentando ser madre y que no lo conseguía, por lo que se sentía muy triste y desdichada. Adriana le colocó la mano en la barriga y la miró a los ojos, estuvo así unos minutos, después de lo cual le comunicó que en menos de dos meses se quedaría en estado. La muchacha salió muy contenta a contárselo a su marido y efectivamente dos meses después se había quedado embarazada. Este hecho hizo que corriese la voz sobre los poderes de Adriana. En otra ocasión, visitó el hospital central de La Habana, una mujer había acudido a ella como último recurso al saber por los médicos que su pequeña hija de tan solo 4 años se moría por un problema pulmonar. Adriana se fue con ella hasta el hospital y pidió que la dejaran sola en la habitación con la niña. Puso dos dedos en el bracito de la criatura y los mantuvo durante unos minutos, después, salió de la habitación, pálida y cubierta de pequeñas perlas de sudor. – Tu hija ya está curada. Le comentó a la madre que se tiró al suelo y agarró las manos de Adrián para besarlas, no lo pudo hacer pues las manos de Adriana quemaban. Después, se fue a la casa del callejón que ese mismo día había visitado Pablo y estuvo “sacando” de dentro, todo lo que “mataba” a la pequeña y lo más increíble de todo era que cuando tosía o expectoraba, lo hacía siempre con una vocecita de una niña, como de cuatro años.

Cuando se repuso ya nadie dudó de sus poderes de sanación y durante años, fue consultada por una multitud de personas si bien, solo algunos fueron curados, de ahí que su fama fuese poco a poco perdiéndose hasta ser lo que era ahora, una santera que ya solo se dedicaba a pequeños rituales para turistas y poder así conservar lo que tenía.

- ¿Y tú? ¿No seguiste sus pasos? – Preguntó Pablo a Lazín.
- Yo no tengo poderes señor, ni aquí mi primo tampoco – Y ambos rieron.
- Es una historia increíble. De verdad que no sabía nada sobre todo esto.
- Y es mejor que siga siendo así. Mi madre ya no está para recibir visitas de personas enfermas que lo más probable es que un día la contagien y nos cueste perderla.
- Pues creo que tienes razón muchacho, aunque es joven y hermosa todavía, es mejor que ya no se enfrente a las enfermedades de los demás.
- Lo más importante es que no se enfrente más a la señora de negro;¡¡

Pablo entendió perfectamente de que hablaba, comprendió que Adriana ya le había ganado algunas partidas a la vieja señora de la guadaña y ésta estaría deseando una revancha.

Durante el resto del trayecto, no volvieron a habla. Los muchachos conectaron la radio en una emisora que emitía música cubana y Pablo ensimismado, no se quitaba de la cabeza las historias que estaba viviendo y lo que aún más le asustaba, las que tendría que vivir. Ya había comenzado a tirar del hilo de la madeja y ya no podía parar, tenía que encontrar a Sandy y el resto de las mujeres, aunque en ello le fuese la vida. En este punto, su mente viajó de forma inmediata a Barcelona, junto a su hija. Desde que llegó no había realizado ni una sola llamada y aunque ella no acostumbraba a preocuparse al saber de la díscola vida de él, si tenía esa mala conciencia de no haber realizado ni una sola llamada, aunque se prometió que sería lo primero que haría en cuanto llegase al hotel donde había dejado el teléfono.

El camino se le hizo eterno a Pablo, el auto era muy cómodo y llegó incluso a pensar que quizás pudiese dar una cabezada, necesitaba dormir algo, pero su cabeza, imparable como siempre, no se lo permitía. Llegaron al hotel bajo un sol abrasador. Se despidió de los muchachos y les prometió que nada de lo acontecido aquella mañana sería por él revelado a nadie. Salió del auto y enfiló las escaleras de entrada al hotel. En la recepción

esta vez sí estaba la hermosa Mirian, que salió a su encuentro, dejando el vacío mostrador sin recepcionista.

- ¿Se puede saber dónde andabas? – Inquirió Mirian a Pablo.
- Estuve dando un paseo, fui hasta el callejón y tenías razón de que allí nada pude encontrar.
- No me mientas Pablo. Conozco bien el carro de Rayín. ¿Has hablado con Adriana?
- No puedo contarte nada Mirian, es un tema más peligroso de lo que yo pensaba y no quiero involucrarte. Así que será mejor que olvides el tema que me trajo aquí.
- ¿Ahora me dices eso? Ya no puedo, he de estar contigo.
- Anda vamos;¡ - Exclamó Pablo con tono de enfado – Este tema solo me incumbe a mí y en cuanto lo solucione saldré inmediatamente de esta isla.
- No Pablo, ya no es solo de tu incumbencia. ¿Sabes por qué no estaba esta mañana? Anoche hice algunas llamadas, pregunté por si alguien podía decirme algo de Sandy y ¿sabes que averigüé?, que además de Sandy en el mismo barrio han desaparecido otras dos chicas y una de ellas es mi amiga Alicia. Tiene la misma edad que Sandy y ha desaparecido hace también unas semanas, así que te guste o no, he de saber que has averiguado.

Pablo no reaccionaba, el tema estaba tomando dimensiones enormes y se temía lo peor. Ahora que sabía que toda una red andaba detrás de los secuestros, no sabía qué hacer ni cómo actuar. Él no era un policía ni conocía los métodos que podrían emplear estas personas y lo que era peor, no sabía en quien podía confiar.

- Mirian, voy a subir a darme una ducha, poner en orden mis ideas y todo lo que esta mañana me ha pasado y prometo que esta tarde te pongo al día de todo.
- Será mejor que lo hagas o de lo contrario tendrás un problema añadido, ¡YO!
- Está claro. Permite que me asee y después podemos ir a comer si quieres.
- Hay comida acá, podemos comer tranquilos mientras Nora se encarga de la recepción – Pablo pensó que Nora sería la mujer de las facciones estiradas que saludó a primera hora de la mañana.
- Está bien, enseguida bajo.

Como ya había tomado por costumbre, subió a pie los dos pisos que le separaban de su habitación. Abrió la puerta con la llave y vio que habían arreglado el cuarto. Se dejó caer en la cama y se tapó la cara con las manos. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Por qué coño se había metido en aquel berenjenal al que nadie le había invitado? Solo sabía una cosa, lo que ponía en la carta era una farsa, la santería nada tenía que ver con las desapariciones al menos que Adriana, Lazín y Rayín mintiesen, pero ¿Por qué habrían de hacerlo? Se sentó en el filo de la cama y buscó con la mirada la maleta. La habían colocado en otro lugar de donde él la había dejado, pero era lo normal cuando limpian las habitaciones en algunos hoteles, sin embargo, estaba abierta y él podría jurar que siempre que salía la dejaba bien cerrada. Se levantó y se acercó hasta ella y enseguida comprendió.

Bajó los escalones de dos en dos. Vio a Mirian en la recepción y fue directa hasta ella.

- Mirian, han abierto mi maleta. Falta mi teléfono, la cámara de fotos y algunos enseres personales. ¿Qué coño ha pasado? – Pablo utilizó un tono brusco y desagradable – Quiero que me digáis algo inmediatamente.
- Espera, eso no puede ser, en este hotel nunca ha faltado nada a los clientes, ruego que te tranquilices y hablemos con el encargado.
- Está bien, dile que salga.
- Ahora mismo lo llamo.

Mirian utilizó el teléfono para llamar al encargado, entretanto Pablo daba vueltas enfurecido por el vestíbulo. Ahora no podría llamar a su hija, ni a Lola ni a nadie. Por Dios la agenda está dentro del propio móvil y no recordaría ningún número.

- Seréense señor Vetti. Cuénteme que ha pasado – Hablaba el encargado, un tipo que él no había visto hasta entonces, un hombre grueso, con gafas y una perilla muy mal cuidada.
- ¿Qué me serene? ¿Sabe que me han robado?
- Disculpe señor Vetti, aún no podemos decir que eso sea así. ¿Está seguro de que tenía las pertenencias en la habitación? ¿No las habrá extraviado en su paseo?
- Disculpe, es muy probable que en muy poco tiempo pierda los papeles y entonces quizás no sea tan educado. ME HAN ROBADO!!! Lo entiende!!!! Yo dejé mis pertenencias en la maleta, cerrada y la puerta de mi habitación 208 TAMBIEN cerrada.

- Está bien, le entiendo. Llamaremos a la persona que se ha encargado de la limpieza de su habitación. Mirian por favor, puedes llamar a Samantha.
- Ahora mismo.

Mirian agarró de nuevo el teléfono mientras el encargado salía de detrás del mostrador y se acercaba a agarrar el brazo de Pablo, con la intención de calmarlo.

- Buenas tardes – Se presentó una mujer bajita, menuda, pálida y temblorosa – ¿Que se le ofrece?
- Hola Samantha – El tono del encargado era autoritario y serio – verás este señor se hospeda en la habitación 208 que tú has limpiado esta mañana y nos dice que ha encontrado su maleta abierta y sin algunas de sus pertenencias. ¿Puedes decirnos que ha pasado?
- Yo... Yo no he tocado nada señor, se lo juro por mis hijos. Yo solo limpié todo el cuarto de acá el señor, pero la maletica ya estaba abierta y yo no la toqué. Se lo juro señor – La pobre mujer entró en crisis y tendida de rodillas lloraba desconsoladamente.
- Está bien mujer, levántate – Le dijo el encargado y la alzaba de los brazos a la vez que hablaba, ahora con un tono mucho más suave - ¿Dime a que horita es que tú fuiste a limpiar el cuarto del señor Vetti?
- No lo sé, no lo recuerdo, pero fue hace bien poco, ha sido de los últimos.
- Muy bien Samantha. Puedes marcharte.

Pablo entró en cólera, aquella menuda mujer mentía y el encargado obviamente no iba a hacer nada al respecto.

- Verá señor Vetti, esta mujer lleva más años en nuestro hotel que yo mismo y nunca, repito nunca, ha faltado nada de valor en sus turnos. Así que vamos a contemplar otra explicación.
- ¿Y cuál es? ¿Que yo me estoy trastornando y lo he perdido en la calle?
- No Por favor, la explicación es que alguien haya entrado en su cuarto esta mañana. Mirian, llame a Nora.
- Ahora mismo señor.

¿Pero en qué clase de hotel estaba?, se preguntó Pablo. El encargado pensaba que la gente podría entrar en las habitaciones de los huéspedes y robar sus pertenencias.

Esperaron en silencio hasta que apareció la estirada de Nora. Traía el mismo gesto antipático que tenía por la mañana tras el mostrador, como si fuese un rictus dibujado en su cara.

- Bien Nora – comentó el encargado – Quiero hacerte una pregunta y necesito que seas totalmente sincera por favor, es muy grave el tema que estamos tratando. ¿Has dado la llave de la habitación 208 a alguien que no fuese el señor Pablo Vetti?
- Si señor – El encargado palideció y miró a Pablo que estaba encolerizándose por momentos.
- Y ¿A quién sin mi permiso, si se puede saber? – Esta vez fue Pablo quien preguntó de forma airada.
- A un amigo suyo, un señor con sombrero que desayunó con usted esta mañana. Me dijo que se le había olvidado una cosa y que él la recogería.
- Por Dios y por todos los santos¡¡¡¡ ¿De dónde ha sacado usted semejante conclusión? Yo no he desayunado con nadie, ni tengo amigos en la isla.
- Pero yo los vi juntos en el desayuno y pensé...
- Es usted una INUTIL – Gritó Pablo.
- Bueno, espere un poco, no se ponga así – Terció el encargado viendo que se le estaba yendo de las manos la conversación – ¿Conoce usted al hombre que describe Nora?
- Pues claro que no. Ese tipo estaba sentado esta mañana leyendo el Granma en el comedor, pero no cruzamos ni una palabra.
- Yo no podía ver si estaban juntos o no – Comentó Nora – Salió al poco de salir usted del comedor y le creí, lo siento.
- Está claro. Ese tipo sabía lo que hacía señor Vetti. Solo podemos dar parte a la policía de lo ocurrido y le pido mis disculpas y por ende las del hotel. Es un hecho lamentable, pero por lo que veo totalmente involuntario.
- Pero bueno¡¡¡ ¿Cómo involuntario? Esta señora le ha dado MI llave a un sujeto que ni conozco y eso es negligencia señor mío acá en Cuba y en el quinto piso¡¡¡¡
- Está bien, haremos lo posible por encontrar sus cosas y al tipo que le robó. De la parte disciplinaria de MI hotel – recalcó muy claramente que el hotel era de su responsabilidad – me encargaré yo si no le importa.

- De acuerdo, llamen a la policía y por favor ya de paso si puede que venga el comisario Salmerón.
 - Vaya, creía que usted no conocía a nadie en la isla, ni tenía amigos – El encargado miraba a Pablo directamente mientras le decía esas palabras.
-

Subió de nuevo a la habitación, una vez más necesitaba poner orden en su cabeza. Lo últimos acontecimientos estaban desbordando su capacidad de asombro. Por un lado, estaba el robo de sus pertenencias a cargo de un tipo que lo vigilaba, y en este caso nada tenía que ver con la casualidad, el tipo lo estaba espiando en el comedor y supo cuál era su cuarto, cuando depositó la llave con el número sobre la mesa en el desayuno, pero ¿Quién era? ¿Qué haría con su móvil? ¿Qué pensaba conseguir?

Por otra parte, el desenlace de los secuestros no iba a ser nada fácil, se trataba de una banda organizada y seguramente los actos eran sabidos y consentidos. Pero estaba claro que ya no podía dar marcha atrás.

El conocer a Adriana le había supuesto eliminar una de las partes de la ecuación, ¿pero era realmente así? No podía confiar en nadie, ni tan siquiera en aquella santera.

Se tumbó en la cama y entrecerró los ojos, sea como fuere, se encontraba en La Habana, solo y sin posibilidad de comunicarse con nadie conocido, por lo tanto, dependía de confiar en alguien, ¿Mirian? ¿Adriana? ¿Quizás el comisario? En estos pensamientos estaba cuando tocaron a la puerta, era Mirian. Abrió y la dejó entrar, se sentó junto a él en el borde de la cama. Pablo la miraba mientras la chica le comentaba que ya estaban contactando con el comisario y que de momento no habían podido localizarlo;

- Mirian, ¿Puedo confiar en ti? –Pablo la miraba fijamente a los ojos – Estoy solo y perdido y necesito confiar en alguien.
- OH ¡Pablo, claro que puedes confiar plenamente en mí! Imagino por lo que estás pasando y ahora más que nunca debemos confiar el uno en el otro. Te recuerdo que una de mis amigas también ha desaparecido y estoy muy angustiada, quizás podría haber sido yo misma, quien sabe lo que está ocurriendo con ellas.
- Eso mismo he pensado yo.

Se abrazaron sobre el filo de aquel viejo colchón. Pablo notó que sentirse abrazado por ella le reconfortaba e incluso que se sentía protegido por ella. De pronto se oyó la voz del encargado a través de la escalera llamando a Mirian.

- Voy a bajar, supongo que estará al llegar el comisario. Te avisaré cuando esté aquí.
- Mirian. No sé qué va a pasar, pero solo quiero darte las gracias. Gracias por ayudarme y por hacerme sentir seguro.
- No sé si realmente estamos seguros Pablo, pero hemos de confiar el uno en el otro, como mínimo hemos de confiar en nosotros.

Se marchó y cerró tras de sí. Pablo pensó en que era un buen momento para darse una ducha y así a través del agua, eliminar las malas vibraciones que le envolvían. Bajó al vestíbulo, y encontró a Nora tras la mesa de recepción. Le preguntó por Mirian y con un gesto de la cabeza le señaló que se encontraba fuera del hotel, en la entrada. Fue hacia la gran puerta acristalada con vivos colores y al abrirla, se topó con esa bocanada de aire caliente y espeso al que ya comenzaba a acostumbrarse. Mirian se encontraba hablando con un chico joven, que llevaba una poblada barba y un sombrero blanco en la mano, ambos se callaron al notar a Pablo acercándose.

- Hola. –Dijo dirigiéndose a ambos - ¿Mirian, hay alguna novedad?
- Hola Pablo, este es Mateo. Es un buen amigo mío y de Alicia. Justo lo estaba poniendo al corriente de lo que ha ocurrido con el robo en el hotel.
- Hola, señor. Siento lo que le ha pasado – Comentó el muchacho tendiendo una mano hacía Pablo.
- Hola Mateo, la verdad es que es todo muy extraño y espero llegue pronto la policía para ver si dan con el ladrón.
- Pablo, me ha informado el encargado que tardarán un poco en llegar y que en cualquier caso no podrá venir el comisario Salmerón ya que se encuentra en La Isla de la Juventud resolviendo unos problemas.
- Vaya, parece que es un contratiempo más – Comentó Pablo – Pero ya poco importa, lo único que deseo es poder dar parte del robo y volver a tener mi móvil.
- ¿No recuerdas ningún número en España para poder hablar con alguien allí?
- La verdad es que no. Por más que he intentado recordar, ya no estoy acostumbrado a ello y soy incapaz de tan siquiera dar tres cifras seguidas.
- Bueno, ¿Qué te parece si comemos algo mientras esperamos a que llegue el agente? Mateo ya se iba y aquí nos vamos a achicharrar.

- Si, la verdad es que me despedía de Mirian cuando usted apareció – Pablo notó cierto desasosiego en el muchacho, pero tampoco quiso darle mayor importancia.
- Está bien, comamos algo y esperemos que esta tarde haya mejores noticias.
- Ha sido un placer señor Pablo.
- Lo mismo digo Mateo – Pablo tendió esta vez primero la mano a modo de saludo.

Una vez que Mirian y Mateo se despidieron, entraron de nuevo en el hotel y se dirigieron hacía el comedor, donde algunos de los huéspedes se encontraban en las mesas a la espera de la comida. Mirian indicó a Pablo que se sentase y la esperase. Mientras llegaba, repasó nuevamente el comedor, recordaba perfectamente donde estaba sentado él y donde el tipo del sombrero que como pensó esa misma mañana, desentonaba en la escena y ahora sabía bien porqué.

Comieron prácticamente en silencio. Solo de vez en cuando, Mirian hablaba de cosas intrascendentes, donde nació, como fue su infancia y la imposibilidad que tenía de salir de la isla, aunque envidiaba a todos y cada uno de los clientes del hotel porque a ella le gustaría ir a todos los países de donde venían, en el fondo amaba Cuba y sobre todo La Habana. Pablo habló de su hija, de su trabajo y de la relación que tenía con Barcelona, aunque residiese en Madrid. En un momento de la conversación, Pablo preguntó por el comisario Salmerón y si sabía por qué Adriana se lo había recomendado. Mirian le explicó que Joaquín Salmerón contaba con la mayor reputación de integridad y eficiencia de toda Cuba. Contó que se hizo bastante famoso años atrás al lograr resolver el caso del asesino suicida. Fue un caso que conmovió a la pequeña localidad de Santa Lucía. Un hombre que vivía solo comenzó a decir que lo estaban envenenando, que alguien entraba en la casa y que él se sentía muy mal. Algunos vecinos, ante el deterioro de aquel hombre, comenzaron a creer que realmente alguien lo estaba envenenando, pero curiosamente el tipo vivía solo y no se le conocían parientes, amigos o enemigos que quisieran hacerle daño. Una mañana, llegó un médico a visitarle y tras un examen, determinó que realmente aquel hombre estaba enfermo y que lo mejor sería trasladarlo a un hospital, a lo que él se negó en redondo alegando que, si había de morir, lo haría en aquella vieja casa donde lo parió su madre. Solo una semana después, el tipo amaneció muerto en su cama, rodeado de vómitos verdosos y con los ojos y la boca muy abiertos, como en una expresión de angustia infinita. Llamaron a la policía y el jefe de la zona era

Salmerón. En la autopsia se determinó que el hombre murió envenenado por Arsénico. La gente de los alrededores no daba crédito, ¿quién y por qué mató a aquel tipo? Después de unos meses, nadie reclamó nada de las pertenencias del muerto y Salmerón se encontró en un callejón sin salida y ante un crimen extraño y aparentemente perfecto. Un día, en una visita minuciosa a la casa, encontró un bote de polvos mata hormigas escondido en un armario, lo llevó a toxicología y determinaron que el producto contenía efectivamente arsénico. Comenzó a sospechar algo que, de ser cierto, podría convertirse en asombroso. Solicitó otra autopsia más completa y como él sospechaba, el individuo padecía un cáncer cerebral en fase terminal, por lo que, en un último y cruel divertimento, lo que en un principio pareció un crimen, no llegó a ser más que un suicidio. De ahí el nombre que se le dio al caso, el asesino suicida. La verdad es que en varios años no se dejó de hablar de aquel curioso tipo y su crimen suicida. El equipo médico determinó y Salmerón corroboró que el mismo hombre fue envenenándose cada día al ingerir pequeñas dosis de arsénico probablemente en la comida para hacer creer que le estaban asesinando, aunque nunca se llegaría a saber el porqué de aquella última burla del desdichado.

A raíz de la impecable investigación y el éxito del caso, el mismo Fidel Castro solicitó que Salmerón fuese nombrado comisario y se encargase de llevar los casos más importantes, de ahí que tanto Adriana como otras personas notables de la isla lo mencionen cuando se necesita su pericia y profesionalidad, aunque los casos más habituales actualmente están relacionados con la política y la salida de “balseros” hacia Miami.

Estaban con el postre cuando avisó el encargado que en la puerta del hotel se encontraban dos agentes de la policía para hablar con Pablo. Se levantaron y dirigieron hacia el vestíbulo. Aunque no lo habían pactado, Mirian no se movió de su lado.

- Buenas Tardes. ¿Es usted el señor Pablo Vetti? – Preguntó un agente uniformado
- Buenas tardes, efectivamente yo soy Pablo Vetti y quiero denunciar el robo de mis pertenencias en la habitación del hotel.
- Está bien, ¿Podemos pasar y sentarnos en alguna mesa Mirian? – La naturalidad con la que habló el policía denotaba que allí se conocían todos.

- Por supuesto Javier, pasad por aquí – Fue directamente el encargado el que los llevó por detrás del mostrador hacía un cuarto reservado.

Una vez sentados alrededor de una pequeña mesa, el policía sacó unos papeles de una pequeña cartera. Los dispuso sobre la mesa y buscó también un bolígrafo dentro de aquella minúscula cartera.

- Bueno, ¿usted es español no es cierto?
- Así es agente. Nacido en Barcelona. ¿Necesitará mi pasaporte?
- ¡Ah! Pero ¿no le han robado la documentación?
- No señor, me robaron el teléfono móvil, una cámara de fotos, y algunos pesos que había dejado para no llevar todo el dinero encima. La documentación la llevo siempre conmigo.
- Muy bien entonces. Si es tan amable, rellene estos documentos que son la denuncia del robo. Incluya las cosas robadas y el importe aproximado.
- Mire agente, yo necesito recuperar el teléfono porque en él se encuentra la agenda, no es por el valor material.
- Si claro, pero es difícil que, si unos ladrones se lo han llevado, lo podamos encontrar fácilmente. Lo más normal es que a estas horas ya lo hayan vendido.
- Pero. – Pablo miró a Mirian – ¿no le han dicho que el ladrón entró con una llave que pidió en la recepción?
- Bueno... La chica pensó que... - Intervino el encargado del hotel – ustedes eran amigos y...
- ¿Era un amigo suyo? – El policía se puso de pie – ¿Cómo es eso?

Pablo se levantó a su vez y le explicó al policía todo lo ocurrido, no sin pequeñas interrupciones del encargado. Le describió lo que recordaba del sujeto, relleno y firmó los documentos que el policía volvió a guardar en la cartera.

- No creo que encontremos al hombre que nos describe señor Vetti, voy a pasar aviso a todos mis compañeros y le mantendremos informado.
- Está bien agente. Muchas gracias por su ayuda. Dígame una cosa ¿Cuándo podré ver al comisario Salmerón?
- Ya le he dicho que yo personalmente me encargaré de distribuir la descripción que ha hecho del sujeto y le mantendré informado, el comisario está muy ocupado.

- Verás Javier – Comenzó a hablar Mirian – El señor necesita hablar con el comisario por otro tema que no tiene nada que ver con el robo.
- ¡Oh! Puede contármelo a mí Mirian, yo se lo traspasaré al comisario.
- No puedo – Comentó Pablo al policía – es un asunto muy importante y de suma gravedad y solo puedo hablarlo con él.
- Pues hasta mañana es posible que no regrese de la Isla de la Juventud, así que ustedes mismos.
- De acuerdo, mañana iré a la comisaría para poder hablar con el comisario. Muchas gracias agente.
- Buenas tardes – respondió el policía a modo de despedida.

Le acompañó el encargado y Pablo y Mirian se quedaron en la mesa.

- ¿Qué hacemos ahora? Hemos de esperar hasta mañana.
- Bueno, quizás sea hora de que conozca más tranquilamente La Habana. ¿Me ayudarías? Me apetece dar un paseo por la plaza de la revolución y la catedral.
- Está bien, podemos salir a pasear cuando termine mi turno. ¿Quieres esperarme aquí?
- Subiré a mi cuarto y allí te esperaré. Me avisas cuando estés lista.
- Perfecto. Hasta luego entonces.

Pablo volvió a subir a la habitación y se tumbó en la cama, debía salir a dar vueltas por si veía, oía o sentía algo nuevo que le ayudase con la búsqueda de Sandy o de sus pertenencias. Con esta idea se quedó adormecido.

Oyó los golpes en la puerta, toc..toc...toc. Eran realmente golpes o lo estaba soñando. De pronto la voz de Mirian le reveló que no se trataba de un sueño, estaba tocando a la puerta y debió quedarse completamente dormido.

- ¡Voy enseguida! Aguarda solo un minuto por favor, Mirian.
- Está bien, te espero abajo.

Pablo hubiese querido que entrase, que le acompañara en esa enorme soledad que se había creado en el cuarto, pero era mejor no mezclar algunos asuntos ahora, estaba muy enojado con el robo de sus pertenencias, con no poder llamar a su hija, ni dar noticias a Lola, Ana o alguien de su entorno.

Se cambió de camisa y salió hacia el vestíbulo donde le esperaba Mirian. Ambos cruzaron la puerta del hotel y sin decir palabra comenzaron a caminar por la calle que les guiaba hacia el malecón. Cuando llegaron, Mirian le informó que era un muro construido por los americanos y que contaba con 9 km de longitud, los que hay entre el castillo de San Salvador de la Punta hasta el río Almendrares. Precisamente caminaban en dirección al castillo y desde allí continuar paseo hasta llegar a la plaza de armas que era un magnífico punto de partida para descubrir La Habana vieja. Al lado de Mirian Pablo se sentía cómodo. Era una mujer asombrosamente femenina e inteligente y sabía que podría ser la compañera ideal, pero él no había venido a buscar una compañera ideal, sino a rescatar a unas personas en peligro, por lo que dejó de sopesar la idea de tentar a Mirian con una cena. Pasearon por la plaza de armas, llena de turistas y puestos de librerías, pintores, vendedores de monedas y billetes, Pablo se paraba en cada puesto y disfrutaba ojeando las antigüedades y las monedas. Compró varias de ellas y algunos billetes para su colección y un libro antiguo para Ángela, sabía que le encantaban a su amiga cocinera los libros antiguos. Llegaron poco después a la plaza de la catedral, un lugar lleno de turistas. La plaza según le contó Mirian estaba levantada sobre un mercado de pescado y fue la última en construirse en la capital. La catedral de La Virgen María de la Concepción era de estilo barroco y fue erigida en 1777 por los jesuitas. Alrededor de la plaza se encontraban varias casas coloniales, algunos museos y galerías de arte. Lo que más llamó la atención a Pablo fue una enorme mujer, ataviada con la característica ropa cubana, vestido azul, con multitud de collares al cuello y con un pañuelo también azul anudado al pelo en forma de lazo, fumaba un gran puro habano y junto a ella en una pequeña mesa había una piedra en forma de calavera, con un orificio en la parte superior por donde salía una vela. Pasaron cerca de la mujer y ésta se levantó de golpe. Se dirigió a Pablo y le dijo:

- ¡Oye Tú! Ven acá un momentico. Tengo que decirte algo importante.

Pablo hizo como que no la escuchaba, pero Mirian le agarró del brazo y lo empujó hacia la señora. La miró desconcertado.

- Mira te voy a decir una cosa hermano – Tenía el acento que tanto había oído en los monologuistas cuando imitaban a los cubanos – Ten mucho cuidado mi hijo, veo nubes muy negras sobre ti. Corres gran peligro.
- Mira, ¿Qué es lo que estás viendo doña? – Preguntó Mirian

- Mi hija, este hombre tiene la muerte encima, la está buscando y la puede encontrar si no anda con cuidado.
- ¿Pero que dice esta buena mujer? Seguro que quiere unos pesos solo por intentar asustarme – comentó.
- No voy a asustarte, ni te pido dinero, solo he visto la muerte cerca de ti. Puedes ser la tuya o la de las muchachas que andas buscando –Al oír esto, palideció.
- ¿Cómo lo sabe? ¿Quién se lo dijo? – se acercó a la mujer y se puso a escasos centímetros de ella - Quiero una respuesta.
- Nadie me ha de decir lo que yo estoy viendo. Solo te digo que te andes con cuidado. Hay gente peligrosa y tú – Señaló con el dedo a Mirian – deberías saberlo.
- Está bien doña. Gracias por la advertencia, estaremos atentos no se preocupe. ¿Puede ayudarnos a encontrarlas?
- Yo no veo más allá de la cabeza de este hombre y solo veo muerte. No puedo ayudar a nada más.

Dicho esto, se sentó de nuevo en su enorme silla de pitonisa y continuó fumando como si no viese a la pareja. Pablo desconcertado se volvió hacía Mirian y le preguntó con la mirada sobre lo que estaba ocurriendo. Ella volvió a tirar de él y lo fue guiando fuera de la plaza. Por un pequeño callejón llegaron donde se congregaba una multitud de turistas gritando. Miró hacía el letrero y leyó “*La bodeguita de en medio*” Había oído hablar de esta taberna que tenía réplicas en Madrid y Barcelona. Entraron los dos y tras pedir Mirian dos “*Mojitos*” se colocaron sobre una de las mesas que estaban hechas de barriles de vino.

- Mirian, no puedo por menos que decirte que estoy asustado.
- Lo entiendo, nuestra cultura está llena de magia y creas o no creas asusta.
- ¡A eso no se le puede llamar simplemente magia! ¿Quién era esa mujer y como sabía lo que me ha soltado?
- A esa mujer se la conoce como Doña, es una de las más viejas santeras de la isla. Lo mismo te cura un constipado que adivina tu futuro. No sé porque razón te ha dicho eso, pero ten por seguro que es verdad y que corres peligro. Lo normal es que se saque unos pesos prediciendo a los turistas un futuro más o menos real, pero en tu caso ha ido directa a ti. Ha debido ver muy claro y por eso te ha

advertido. Quizás lo mejor es que solamente vayas con mucho cuidado y le hagas caso, nada más.

- Yo creo que no es tan simple. Esa “Doña” ha ido directa a mí y ha dicho algo que empiezo a pensar que lo sabe ya todo el mundo – Pablo estaba exaltado, debía elevar la voz ya que, en el local, todo el mundo reía y hablaba en voz muy alta. Apareció una muchacha con los dos mojitos. Una vez que se marchó, prosiguió – ¿Que hacemos ahora? ¿Le digo al comisario Salmerón que una santera me ha dicho que no es cosa de santería las desapariciones de las chicas y que otra me avisa de un gran peligro si las busco? ¿O mejor no le hablo de las santeras y le digo que sospecho de una red de trata de mujeres con mercado en España?
- Pues yo creo que deberías contarle la verdad y que él decida. Al fin y al cabo, nosotros solos poco podemos hacer y una cosa creo está muy clara, ya hay demasiadas personas que saben de tu interés por esas chicas.
- En eso estoy de acuerdo y lo peor es que no entiendo cómo ha corrido la noticia de esa forma cuando yo no lo he hablado con casi nadie.

Se quedaron en silencio, saboreando el ácido sabor a limón del mojito y ensimismados. Pablo pensaba en las palabras de la Doña, aquellos ojos enrojecidos con una mirada medio diabólica. Cómo podía ser cierto, ¿cómo podía aquella mujer saber lo que estaba ocurriendo? Realmente era magia o había algo más pragmático detrás. Mirian entre tanto, miraba a través del vaso que contenía el amarillento líquido cubierto por hojitas de menta y a través de él veía a Pablo.

Acabaron las bebidas en silencio, cada uno en un mundo diferente pero cercano. Una vez en la calle, continuaron con el paseo, esta vez en dirección a la casa de la chica.

Pasaron por el convento de San Francisco de Asís con el campanario más alto de la isla y uno de los más altos de América, usado para el avistamiento de piratas. Se acercaban al congreso y Pablo comenzó a sentirse cansado. Eran muchos acontecimientos para un mismo día y sugirió acompañar a Mirian a su casa y después volver en taxi a descansar al hotel. Mirian aceptó la propuesta y cambió el itinerario para llegar antes a casa.

Durante el recorrido, se encontraron con una triste imagen, un hombre, muy sucio, cubierto por unas ropas también sucias y viejas. Estaba sentado en un banco y a su lado, tumbado un enorme perro marrón, tan sucio como el amo y con los mismos ojos tristes.

Mirian le contó a Pablo que aquellas dos figuras rara vez se movían de la posición en la que los había visto. Las personas traían comida y agua tanto al mendigo como al perro y que llevaban allí posiblemente años. El hombre era conocido como “*El hombre sin alma*” dado que, si le mirabas a los ojos, podías entrar por ellos hasta el mismo infierno y no encontrarías un resquicio de humanidad en ellos. Para ella eran simplemente un mendigo y su fiel compañero, como tantos otros que hay repartidos por el mundo.

Al llegar a la calle donde vivía Mirian, ambos pensaron en el edificio donde vivía Sandy y quizás en un instante, por ambas mentes pasó la idea de acercarse a tocar de nuevo aquella puerta, pero si fue así, ninguno de los dos lo comentó.

- Bueno Mirian, espero que nos veamos mañana en el hotel.
- Sí claro Pablo. Descansa que mañana tienes la entrevista con el comisario.
- Por supuesto, eso haré. Buenas tardes, Mirian.
- Buenas tardes, Pablo.

Se despidieron con un beso en la mejilla y Pablo se giró para localizar un taxi que lo llevase al hotel.

Se acercó a un taxi que estaba aparcado en el final de la calle, pero antes de que pudiese hablar con el conductor, éste arrancó el vehículo y salió disparado. Maldiciendo su suerte, fue caminando unos metros en busca de otro taxi. De pronto una furgoneta blanca, como aquellas viejas Volkswagen que tenían algunos coleccionistas de coches en Madrid, se paró a su altura. Tenía los vidrios tintados por lo que no pudo ver si había alguien en la parte trasera. Delante dos hombres, jóvenes. El que ocupaba el asiento de copiloto se dirigió a Pablo a través de la ventanilla.

- ¿Podemos acercarle a alguna parte amigo?
- No, gracias. Estoy esperando un taxi. –Pablo no se fío de aquel tipo y dio un par de pasos hacia atrás.
- Pues creo que no hay muchos taxis por acá así que sería mejor que viniese con nosotros.

Todo ocurrió muy deprisa, tanto que no tuvo tiempo de moverse ni un milímetro. De la parte lateral salió otro hombre que agarró a Pablo por un brazo y lo introdujo a la fuerza dentro de la furgoneta. La portezuela se cerraba al mismo tiempo que arrancaba el

vehículo. Pablo se sintió empujado a los asientos traseros y cuando iba a protestar notó un dolor fuerte en la cabeza y de pronto todo se hizo oscuridad.

Despertó de golpe, un vaso de agua tirado a la cara fue suficiente para que recobrase la consciencia. Se encontraba en una habitación, sentado en una silla y con las manos atadas a la espalda. Frente a él, sentados también en unas sillas estaban los chicos de la furgoneta y de pie había dos personas más, una era el hombre del hotel, el ladrón del móvil y el otro no lo conocía. Era un hombre mayor, bien vestido, rechoncho y llevaba en la mano un puro apagado. Todos miraban a Pablo, comenzó a hablar el hombre del puro;

- Bueno, pues ya despertó la bella durmiente. Ahora vas a decirnos que coño andas buscando.
- Yo.... Solo busco a una joven que se llama Sandy – Pablo balbuceaba, le dolía la cabeza y se sentía muy incómodo con las manos atadas y la cara toda mojada.
- Mira gusano. No creo que alguien venga desde Madrid a buscar a una joven a la que ni tan siquiera conoce. ¿O quizás eres amigo de aquel “*papanatas*” que además de joder gratis, pensaba que se podía llevar a la linda mulata a España? – Comprendió que hablaban de Benjamín y quizás era momento de saber algo más de él, así que jugó una baza.
- Sí, en realidad somos amigos.

Se levantó uno de los muchachos de la silla, y se acercó a Pablo. El primer golpe lo dejó sin respiración, fue un puñetazo contundente a la boca del estómago. Sintió un mareo y buscaba aire, solo aire, necesitaba respirar. Tosió y abrió la boca como un pescado, buscaba algo de oxígeno o se asfixiaría. Entro una gran bocanada de aire que le rasgó el pecho y empezó a toser compulsivamente.

- Así vamos mal – Habló el tipo del puro – Crees que somos imbéciles. Hemos rastreado la agenda del móvil, ni él ni ella se encuentran entre tus contactos. Te lo repito ¿Qué estás buscando y por qué?
- Busco a Sandy. Encontré una carta en una chaqueta y en ella se mencionaba que estaba en peligro por culpa de un hechizo. Benjamín debería venir pronto a rescatarla, pero la carta la tenía yo y por eso vine hasta aquí. Es posible que no la haya leído, que no tenga su dirección, que le haya entrado miedo.

- Claro y el héroe voló desde Madrid a buscar a una persona desconocida y jugarse la vida por ella. O eres más tonto de lo que creo o nos tomas por tontos a nosotros. Dale otro a ver si recuerda algo. No lo vio venir, el puño apareció de repente por el lado izquierdo e impactó entre el ojo y la nariz. Pablo cayó de espaldas al suelo, y notó un hilillo de líquido caliente caer por la nariz hacia la boca, al entrar en contacto con la lengua supo enseguida que era sangre. Le levantó el mismo tipo que le había propinado los dos golpes y le agarró con fuerza del pelo.
- Les juro que es la verdad. En la carta hablaba de la santera Adriana y de un hechizo y eso fue lo que me hizo venir. Siempre me ha fascinado el mundo de lo esotérico – Pablo desvió el tema y puso a Adriana en juego, era su única baza.
- Hombre eso tiene gracia. Así que un hechizo. Te diré lo que vamos a hacer. Te vamos a dejar marchar, no quiero problemas con la embajada y ya hay mucha gente que sabe que estás por aquí. No comentes nada de esta charla a nadie. Te quedarás sin móvil – En ese momento el tipo del sombrero tiró el móvil al suelo y los pisoteó hasta dejarlo hecho un puzle de piezas – Y te vamos a vigilar. Lo mejor para ti en estos momentos es que te vuelvas a España cuanto antes y olvides a esas putitas, ellas saben lo que quieren y nosotros estamos para dárselo.
- Está bien, no me hagan más daño por favor. Les juro que no hablaré de esto con nadie y me volveré a España enseguida – Mintió Pablo sabiendo que solo podía mostrarse sumiso o lo matarían allí mismo.
- Eso espero, no quiero que sigas husmeando y será mejor que te cures esa cara, estás horrible.

Le pusieron una capucha y lo bajaron por unas escaleras, volvió a ser introducido en un auto, supuso era la misma furgoneta blanca que lo había traído. Estuvo durante bastante tiempo sin saber a dónde lo llevaban ni que harían con él. Notaba que la sangre que había salido hacía la boca se había secado y sentía un gran dolor sobre el ojo izquierdo, como si le abrasara. El estómago no estaba en mucho mejor estado. De pronto el coche se detuvo y le empujaron fuera del vehículo, cayó por un desnivel y se quedó quieto, agazapado, casi sin respirar. Oyó al coche alejarse y permaneció a la espera de que algo aconteciese, pero no, no pasó nada en un minuto, en cinco, en diez. Así que se incorporó

y empezó a gritar, con todas las fuerzas de las que disponía que no eran muchas después de los golpes.

Viendo que no acudía nadie a sus gritos, se intentó sentar, pero con la capucha aún puesta le fue muy difícil acertar donde, así que cayó sobre alguna superficie dura.

¿Dónde lo habían dejado? Se preguntó, ¿En un acantilado donde no pasaba nadie? Intentó quitarse las ataduras de las manos, pero le era imposible. De pronto recordó una acción en una película, no recordaba cual, pero en ella, el protagonista se tumbaba en el suelo y pasaba las manos atadas a través de las piernas para colocarlas por delante. Así que se tiró y se colocó en posición fetal, intentó pasar las manos por debajo de las piernas, pero sintió un enorme dolor en los músculos de los brazos, parecía tan fácil en la película. Lo intentó de nuevo girado hacia el lado contrario y esta vez sí pasó las manos de forma casi milagrosa por debajo de las piernas. Ni en sueños sospechó que podría llegar a ser tan flexible. Una vez las tuvo delante, se liberó de la capucha. Por fin podía ver donde lo habían soltado y estaba seguro de que allí nadie lo iba a poder rescatar, en el fondo, fue una sentencia de muerte la que le impusieron, una cruel y despiadada sentencia de muerte.

Una vez pudo soltarse las manos, subió el pequeño desnivel que le separaba de la carretera y medio mareado, comenzó a caminar por ella. Una carretera estrecha, serpenteante y rodeada de una masa boscosa. No tenía ni idea de donde se encontraba y solo esperaba que apareciese algún vehículo que le ayudase. El bosque estaba compuesto por pinos y eucaliptos y algunos árboles que dedujo serían autóctonos de la isla. Necesitaba beber, a parte del dolor intenso, notaba la cara pegajosa y supuso sin duda sería la sangre seca. Continuó por la carretera, sin saber si hacía bien bajando por ella o eran mejor subir, aunque pensó que no sería buena idea desandar lo andado. De golpe, notó que le caían unas gotas de agua, caliente, espesa. Miró hacia el cielo, pero no pudo ver grandes nubes, compactas o negras, sin embargo, comenzó a llover. En cuestión de unos minutos, se encontraba buscando un refugio donde resguardarse de la tormenta, pero el agua que caía era templada, casi caliente y tuvo una sensación rara, el agua le recorría como si estuviese en una inmensa ducha, se paró unos instantes, dejó que su cuerpo, dolorido y magullado se tonificase con aquel regalo del cielo. Unos metros ladera arriba vio un pequeño escalón bajo una inmensa roca y pensó sería un buen sitio donde acurrucarse y esperar que pasara la tormenta, pero ya daba igual,

estaba empapado, maldecía su suerte y ese afán adolescente de aventura. Pensó en lo que le habían advertido en todo momento y que, poco a poco estaba comprobando era cierto.

Tan súbitamente como empezó, cesó la lluvia y Pablo comenzó a caminar de nuevo por la estrecha carretera. Miró el bosque, lleno de plantas y árboles, aspiró el dulce aroma a tierra mojada y consiguió beber un poco de agua que había quedado en unas hojas, se sentó y comenzó a chequear todo el cuerpo, notaba dolor en la boca del estómago, la cabeza y la espalda, aunque lo importante es que nada en principio le detenía para continuar el camino.

Después de un largo tiempo andando, divisó una casa en una de las laderas de la montaña. Se dirigió hacia ella. Era una casa pequeña que más bien parecía un refugio de montaña o una oficina de información. Se fue acercando poco a poco, observando con cautela los alrededores, una vez en la entrada tocó a la puerta y al cabo de unos minutos apareció en ella un hombre de mediana edad, vestido solo con una camiseta blanca y un pantalón corto. Era sumamente delgado y negro. Al ver a Pablo, se asustó.

- Hola, señor, me llamo Pablo y he tenido un accidente.
- Pero hombre de Dios, ¿cómo camina usted por la montaña en ese estado y con esta tormenta? Pase que le cure la cara – Intuyó que sería más serio de lo que el pensaba, ante la alarma de aquel buen hombre – Manuela, puedes traer agua y unas gasas.
- Por favor, deme algo de beber, llevo muchas horas perdido y solo he bebido algo de agua de unas hojas, durante la tormenta.
- Si claro, ahorita mismo. Estas tormentas son normales en la isla, estás tan tranquilo tomando el sol y de pronto, ¡Zas! Agua.

El hombre lo dejó sentado en una cómoda butaca y se marchó hacia la zona interior de la casa que parecía más grande de lo que aparentaba desde el exterior. El mobiliario era escaso y se notaba que la familia no era precisamente rica.

- Tenga, aquí tiene un vaso de agua. ¿Qué le ha pasado? ¿Tuvo un accidente con el carro? – En ese momento apareció la que antes había llamado Manuela, una mujer también esquelética y con una piel apegaminada – Ella es mi mujer, Manuela y yo me llamo José.

- La verdad es que no sé dónde me encuentro. Iba con un amigo en una motocicleta y debí caerme de ella. No recuerdo bien lo que ha pasado, solo sé que me encontré de golpe tendido en mitad del bosque y no localizo a mi amigo ni su motocicleta.
- Esta usted en el Gran Parque Natural Topes de Collantes y nosotros somos los guardas de una parte del parque, como usted ve, estamos acá solos la Manuela y yo.

La señora comenzó a lavar la cara de Pablo que notaba con cada roce de lo que llamaron “*gasa*” a la vez escozor, dolor y alivio. No sabía cómo iba a salir de aquella sarta de mentiras, él que aborrecía mentir, pero pensaba que no podía decirles lo que en realidad le había ocurrido no era precisamente prudente.

- ¿Estamos muy lejos de La Habana señor José?
- Pues verá, estamos a más de tres horas de carro – Pablo pensó que parte del recorrido lo habría pasado dormido o sin conocimiento porque no tenía la sensación de que habían tardado tanto en llegar – ¿Venían ustedes de La Habana?
- Eh... Sí, veníamos haciendo un poco de excursión.
- Muy lejos está usted para haber ido solo en una motocicleta de excursión – era Manuela la que le inquiría mientras continuaba curando las heridas de la cara – Y aquí tiene tremendo golpe. Acá desgraciadamente no tenemos medicinas, para el dolor o la hinchazón, para eso tendría que ir a Santa Clara.
- ¿Hay mucho camino de aquí a Santa Clara?
- Sí señor, hay unos 80 kilómetros. Si no sabe dónde está Santa Clara ni La Habana, ¿cómo es que llegó hasta aquí? Y en este estado.
- Verán señores, no quiero causarles problemas. Solo necesito ir a la ciudad para después poder ir en bus hasta La Habana, allí hay un grupo de turistas como yo que me ayudarán. Ya han hecho bastante con socorrerme.
- Si le parece, voy a llamar a mi hijo que vive en Santa Clara y que venga a por usted.
- No quisiera ser una molestia.
- No se preocupe, mi hijo viene cada día y se lleva o nos trae cosas. Ahora lo llamo.

- Está bien, muchas gracias, señores – no quiso hablar más, ya era bastante kafkiana la situación como para empeorar las cosas.
- Entre tanto, siéntese usted cómodo acá – La señora le ofreció un sillón más cómodo donde tenderse y allí se estiró a descansar.

Había transcurrido una media hora cuando tocaron a la puerta. Pablo estaba recostado en el sofá, muy dolorido. Había intercambiado algunas palabras con José, fueron pocas porque el señor se dedicaba a hacer sus tareas y consideró que tampoco debería tener demasiada conversación no fuese que le comenzara a hacer preguntas embarazosas. José fue a recibir a su hijo y ambos entraron a la sala donde se encontraba Pablo.

- Mírelo, señor Juan, este es el español que apareció en la puerta de la casa.

Pablo se incorporó de inmediato y pudo ver que quien realmente estaba en la sala con José era un policía de la zona.

- Muy bien, Soy Juan Ernesto Zoiro, agente municipal de Santa Clara, ¿quiere explicarme que está haciendo usted en casa de estas buenas personas? – pensó que las cosas se estaban complicando muchísimo, pero necesitaba estar sereno y convencer aquel policía que no era un sujeto peligroso.
- Hola, señor agente, Me llamo Pablo Vetti, soy español como bien ha dicho el señor José y me encuentro en viaje de turismo por la isla. Salí esta mañana con un compañero de viaje, se llama Gustavo, en una motocicleta alquilada para ver esta parte de la isla, pero subiendo por esta carretera, salí despedido de la moto en una curva y no recuerdo más – intentaba hablar despacio y en tono convincente, parecía que lo estaba consiguiendo.
- Bueno, comprenderá que he de confirmar todos estos datos. ¿Podría acompañarme a la comisaría?
- Por supuesto señor agente, no tengo nada que esconder y gracias al cuidado de estas buenas personas, me encuentro bastante bien como para acompañarle – intentó estar sereno en todo momento y pensó que ya se le ocurriría algo por el camino para salvar aquella situación.
- Vamos entonces. José, Manuela, muchas gracias por vuestra ayuda.
- Gracias de corazón – Se despidió Pablo antes de salir por la puerta con el agente de policía.

- No hay de que, cuídese señor y vuelva a visitarnos cuando se encuentre mejor. Disculpe la mentira que le hemos dicho, pero es nuestro deber informar a la policía.

Pablo ya no contestó, salió con el agente y fue pensando que aquella gente sencilla le había enseñado una cosa, “*aunque veas una cara amable, nunca debes fiarte de nadie*”. Como había oído mil veces al *Dr. House*, “*Todo el mundo miente*”.

Durante el trayecto desde la casa de José hasta la comisaría, Pablo fue pensando cómo salir de aquel embrollo. Era solo cuestión de tiempo que descubriesen su mentira. No existía Gustavo, no había ningún grupo de turistas y todo ello le podría costar muy caro. Tenía que reaccionar antes de que fuese demasiado tarde. Estaba sentado al lado del agente Zoiro que no habló en el tiempo que llevaban por aquella carretera que discurría entre hermosos bosques.

- Agente, ¿podría pedirle un favor? Quisiera hablar con el comisario Salmerón.
- Mire señor, ustedes los europeos y sobre todo los españoles quizás piensen que acá en Cuba todos somos analfabetos y que nos van a venir a engañar en nuestra propia casa. No he creído ni una sola de sus palabras y SOLO por respeto a José y Manuela no le he esposado allí mismo, en su casa.
- Pero.... Puedo explicarlo agente – Pablo habló con un hilo de voz, volvía a tener miedo
- Por supuesto que lo va a explicar todo. No hemos recibido aviso de ningún accidente de moto. Cuando bajaba para la casa de los señores, no vi moto alguna como usted dice. Su aspecto, sobre todo los golpes que tiene no corresponden con una caída en moto, así que tendrá la oportunidad de explicar por qué estaba en casa de José y que es lo que buscaba.
- Claro que lo explicaré todo, pero solo será al comisario Salmerón.
- No habrá problema, precisamente está cerca, en la Isla de la Juventud y se pasará por Santa Clara antes de volver a La Habana, así que tendrá esa oportunidad. Como puede ver, no somos unos indígenas analfabetos como ustedes creen ni unos bárbaros revolucionarios – Pablo se estaba cansando del discurso del agente acerca de la visión que el resto del mundo tenía sobre los cubanos. Sonaba a victimismo inducido.

El resto del camino lo hicieron en silencio, no había tampoco mucho más que decir. El agente Zoiro había dejado clara su posición, no creía una palabra de la historia de Pablo, aunque realmente no podía esperar otra cosa ya que nada de lo que contó era cierto.

Mirando por la ventanilla, pensó en su hija y su nieta. ¿Qué pensarían si supiesen en el lío en el que andaba metido? Y todo ello ¿para qué? ¿Desde cuando él era un superhéroe justiciero? Estaba decidido pensó, si es que regreso bien a Madrid, se acabaron las aventuras. Volvería a ser aquel Pablo que paseaba por el retiro, que viajaba siempre que podía a disfrutar de la compañía de su hija y dejarse comer por su nieta. Pero antes de ello había que acabar con lo que le había llevado allí y estaba dispuesto a hablar claro con el comisario, esperando que fuese un hombre honesto y sobre todo creyese su historia.

- Santa Clara es una hermosa ciudad. Acá la gente es amistosa y muy habladora. Lástima que usted no venga de turismo, ¿porque no viene de turismo verdad?
- Ya le he dicho que le contaré todo al comisario.
- ¡Ey! Bueno buen hombre, solo hablará con el comisario, pero hasta que él venga, no voy a poder dejarle libre andando por ahí y se me escape, ¿está claro?
- Lo que usted mande. Solo quiero decirle que no he hecho nada ilegal. Puedo asegurar que el señor José me invitó a entrar en su casa y que nada malo he hecho.
- Eso ya lo decidiremos nosotros. Los hechos son que el señor José nos llamó no porque creía que hubiese tenido un accidente, sino más bien que le habían golpeado y se sintió asustado. José es un hombre muy querido. ¿Sabe que se pasó toda su vida en ese parque? Es quien más sabe de flores y pájaros.
- Escuche agente, le juro por mi hija que yo no he intentado hacerle daño a ninguno de ellos, solo necesitaba auxilio y vi la casa, toque a la puerta solicitando ayuda y ellos me invitaron a pasar. ¡Por favor!!! Tiene que creerme.
- Tranquilo señor, se lo podrá explicar con todo lujo de detalles al comisario y veremos que decide.

Estaban entrando ya en la ciudad, pasaron junto al memorial del tren blindado. Todo estaba muy tranquilo, algunos coches, tan antiguos como los de La Habana, aunque en Santa Clara se mezclaban con otros coches más modernos, más del siglo XXI. Pararon en un cruce para que pasara una mujer muy mayor que andaba excesivamente despacio

según le pareció a Pablo. Tras ella pasó un bicitaxi, con dos turistas sentados en el amplio asiento trasero. Una vez reanudaron la marcha, cruzaron por una amplia avenida y giraron en una de las calles adyacentes hacía la derecha. Al final de la calle, se divisaba el distintivo de la comisaría. El agente Zoiro estacionó el auto en el aparcamiento reservado para el coche patrulla en la puerta de la vieja comisaría. Se bajó e invitó a Pablo a hacerlo también. Ambos entraron por la puerta de madera que estaba entreabierta y con un gesto, el agente le indicó a Pablo que se sentase.

La comisaría era un pequeño local, con dos mesas, una puerta cerrada que Pablo supuso daba a algún tipo de calabozo y poco más. Toda la seguridad de una ciudad reducida a cuarenta metros cuadrados. Se sentó en la silla que le había indicado el policía, frente a una de las mesas y ojeó los papeles que estaban desordenados sobre la mesa. El agente tomó asiento y empezó a hablar por teléfono, estaba claro con quien hablaba.

- Bueno, según me informan desde Santa Clara, usted tiene interpuesta una denuncia por robo en La Habana. ¿Qué le han robado exactamente?
- En el hotel donde me alojo, me robaron el móvil y la cámara de fotos.
- ¿Por qué no se deja ya de juegos y me explica de una vez que está pasando?
- Agente, ya le he dicho que solo hablaré con el comisario Salmerón. Lo siento.
- Está bien, como quiera. Acabo de hablar con él y me ha comentado que estará aquí esta tarde. Que no le deje marchar, que está interesado también en hablar con usted.
- Muy bien, puedo quedarme aquí a esperarlo.
- Aquí no va a poder ser, como ve este es un local pequeño. Obviamente no lo voy a llevar a un calabozo ya que no está detenido. Podría ir al hostel que hay enfrente, siempre que me prometa que no tendré que salir a buscarlo por la ciudad. Créame que lo encontraría.
- Por supuesto que no. Tengo muchas ganas de hablar con el comisario.
- Pues váyase entonces al hostel y dígales que va de mi parte. Yo le avisaré cuando llegue el comisario.
- De acuerdo. Así lo haré

Llevaba un rato leyendo una revista que se encontraba sobre una mesa de cristal cuando llegó la persona que estaba en la recepción del hostel para avisarle que volviese a la comisaría.

Cruzó la calle y se dirigió hacia el pequeño local que albergaba la comisaria. Abrió la puerta y encontró al agente que lo trajo desde la casa de José hablando de pie en mitad de la estancia con el comisario Joaquín Salmerón. El comisario era un hombre de unos 55 años. Moreno de piel, aunque no era negro, ojos profundos, de mirada dura y pelo negro ensortijado. De cuerpo bien cuidado, se veía un hombre elegante. Llevaba una guayabera blanca y un pantalón negro. Unos limpios zapatos también negros, culminaban la indumentaria de Salmerón.

- Pase señor Vetti, le presento al comisario Salmerón
- Un placer – Pablo extendió la mano hacia el policía, y encontró la suya que notó recia y bien cuidada.
- Buenas tardes. ¿Puede sentarse un momento mientras termino de hablar con el agente Zoiro?

Volvió a sentarse en la silla que ya había ocupado un rato antes y empezó a repasar los papeles que estaban dispersos por la mesa. Tras unos minutos, el comisario se sentó frente a él mientras que el agente Zoiro salió por la puerta despidiéndose educadamente de Pablo. El comisario encendió un gran puro que llevaba en el bolsillo derecho de la guayabera.

- ¿Fuma usted señor Vetti? – Pablo negó con la cabeza – No sabe lo que se pierde. Estos puros están hechos en la isla y son los más prestigiosos del mundo.
- Muchas gracias comisario, pero hace muchos años que dejé el tabaco

El comisario lo miraba a través del humo del puro, un humo blanco y espeso que empezó a llenar la estancia. La mirada era directa y el semblante de Salmerón serio e impenetrable.

- Hace días que vengo oyendo cosas de usted. ¿Cómo puede haber hecho tanto ruido en tan poco tiempo?
- Señor, necesito que me escuche con atención. Yo salí de Madrid hace unos días tras leer una carta que encontré por casualidad en una chaqueta equivocada que recogí de la tintorería – Pablo rebuscó en el bolsillo y le entregó la carta – Como puede ver en ella, se habla de personas en peligro quizás peligro de muerte. Siguiendo la pista de la santería, fui a hablar con Adriana y ella me dijo que hablase con usted – El policía leía atentamente y parecía que no estaba prestando

- atención a Pablo - He intentado encontrar a la chica y la verdad que todo se está complicando.
- Vamos a ver. ¿Quién le dijo que usted solito iba a encontrar a una muchacha que ni siquiera conoce? – El policía le devolvió el papel – Míreme y dígame que le lleva a una persona que vive en Madrid, venir a La Habana a buscar a una chica basándose tan solo en lo que lee en una carta.
 - Verá comisario. Tengo una hija, debe tener la edad aproximada de Sandy. Gracias a Dios, nunca le ha pasado nada, pero si le pasase, sería mi final. Cuando la leí, me puse en la piel de esos padres, sin saber si su hija estaba viva o muerta y quise ayudar a encontrarla.
 - Muy loable señor, y ¿por qué no dio parte a la policía nada más entrar en Cuba?
 - Comisario, estaba claro que, si yo hablaba de una chica desaparecida, una carta y la santería nadie me iba a creer. Bastante me ha costado que alguien me ayude.
 - ¿Santería? ¿Sabe usted a que se dedican actualmente los santeros?
 - Sí señor, me lo explicó Adriana. Siento mucho haber creído que ella podía tener algo que ver con la desaparición de Sandy.
 - ¿Cómo se puede ser tan ingenuo? Señor Vetti, el tráfico de personas no es solo un problema de Cuba, es un problema globalizado como tanto les gusta decir a vosotros los europeos y a los norteamericanos. Si esa muchacha está realmente desaparecida contra su voluntad, no va a ser nada fácil encontrarla, aunque también puede haberse escapado de casa con una amiga y es por eso por lo que las dos no aparecen y en el caso hipotético de que estuvieran en manos de una red mafiosa, son gente peligrosa que no sabemos cómo actúan.
 - Eso lo sé – Pablo se pasó la mano por el pómulo que aún notaba dolorido.
 - No va a ser nada fácil y le propongo que nos deje a nosotros trabajar y usted se vuelva a su país, con su hija y olvide todo este tema.
 - Ya no puedo irme sin antes encontrar a esa chica. Además, no es ella sola, como le he dicho hay más chicas que han desaparecido en la misma zona. También he de decirle que me han robado en el hotel y me han amenazado si sigo con esto, por lo tanto, le guste o no yo voy a seguir.
 - Me va a traer problemas – El comisario se levantó y siguió saboreando el enorme puro mientras miraba hacia el techo - Haremos una cosa, vamos a ir en

auto hasta La Habana y me va a contar todo lo que ha pasado, una vez lleguemos allí decidiré que hago.

No hablaron durante los primeros kilómetros. El comisario conducía de forma tranquila, se notaba que pasaba muchas horas en el carro. Este coche era más nuevo, no se trataba de uno de esos que llenaban las calles y carreteras de Cuba, coches de los años cincuenta y sesenta del siglo XX. Pablo se encontraba cómodo al lado del comisario, miraba por la ventana el paisaje y escuchaba las noticias que continuamente salían por el radio transmisor del coche patrulla.

- Dígame, señor Vetti ¿Por qué ha venido a Cuba?

Pablo comenzó a contarle al comisario Salmerón como encontró la carta en el bolsillo de la chaqueta equivocada y al leerla, decidió realizar el viaje para poder encontrar a la chica que en ella aparecía y que según se desprendía del contenido, era más que probable que se encontrase en verdadero peligro. Le explicó que tenía una hija y que el solo hecho de pensar en que estuviese en alguna situación peligrosa y nadie la ayudara, era algo que le angustiaba. También le contó que en un principio creyó que Sandy podría estar en manos de santeros y que era un tema que le producía cierta motivación ya que siempre había gustado de temas relacionados con lo paranormal. No quiso hablarle de la experiencia con Agláope. Cuando era un adolescente, junto a unos amigos del colegio donde estudiaba, decidieron ir a un cementerio a grabar “voces”. Habían oído hablar de las psicofonías y en su ingenuidad y la valentía que le daba la juventud, se reunieron una tarde con un radiocasete y esperaron a que se hiciese de noche junto a la tapia del cementerio de la ciudad donde vivían. Una vez se hizo de noche, los cuatro amigos saltaron la tapia y decidieron colocarse junto a unos nichos donde había habido entierros ese mismo día y sentados en círculo, pusieron en marcha el aparato para grabar los sonidos. Encendieron unos pitillos y comenzaron a escudriñar entre las sombras de la reciente oscuridad por si además de sonidos, podían ver algo extraño. Miraban unos sobre la cabeza de los otros, estaban tensos, incluso algún cigarrillo se movía de forma compulsiva por el nerviosismo de la mano que lo sujetaba. Los minutos pasaban despacio entre aquel entramado de tumbas. De pronto se oyeron varios sonidos, todos se levantaron de golpe, se juntaron alrededor del casete y cada uno podía ver la cara de espanto del otro. Los sonidos venían de los nichos cercanos y no sabían discernir de qué podría tratarse. Uno de los muchachos dijo en voz baja que podía tratarse de una tumba

que se estuviese abriendo. Oído esto, salieron corriendo con el radiocasete en la mano como si el mismísimo Lucifer corriese tras ellos. Nunca supo cómo saltó la tapia, hubo unos días en los que incluso pensó que no saltó la tapia de ladrillo, sino que la atravesó. Juramentaron no hablar de ello con nadie nunca y quedaron para unos días después con el objeto de escuchar la cinta. Cuando oyeron aquellos sonidos una y otra vez, decepcionados, determinaron que podría tratarse de los plásticos y papeles de aluminio que cubrían las flores que adornaban las tumbas, cuando las mecía el viento entre las callejas llenas de nichos. Tampoco quisieron pensar en algo más truculento.

Nunca olvidó aquella noche ya que, aunque no supieran que fuesen los muertos los que se comunicaran con ellos, se abrió una puerta hacia lo desconocido y lo misterioso que le acompañaría el resto de la vida.

- Todo eso está muy bien, pero no pensó en que la santería que se puede realizar en la isla o en cualquier parte del mundo no es un juego como el de grabar voces en un cementerio siendo un adolescente.
- Claro que lo pensé, pero tampoco podía quedarme con los brazos cruzados sabiendo que una o varias personas podían estar en grave peligro.
- ¿Qué le hizo pensar que usted solo podía encontrarlas?
- La verdad comisario, pensé que sería tan fácil como hablar con Adriana y pedirle que la dejase marchar con Benjamín, conseguido esto, podría disfrutar de unos días en esta maravillosa isla – El comisario giró la cabeza y lo miró atónito.
- Eso es una locura señor Vetti y está poniendo su vida y ahora la de más personas en peligro.
- Llámeme Pablo por favor comisario. Dígame, ¿no es más cierto que la vida de esas chicas ya está en peligro?
- No hemos recibido denuncias por desaparición de nadie – el gesto del comisario era duro, como si quisiera dejar claro que ellos hacían bien su trabajo.
- Señor Salmerón, hay que saber el entorno de las muchachas y porqué ustedes no han recibido ningún aviso de desaparición y sin embargo un español en Madrid recibía una carta de una chica que conoció aquí y donde ella le avisa que la pueden secuestrar o hacer daño y que incluso puede estar hechizada por una santera.
- Todo eso lo vamos a investigar en cuanto lleguemos a la comisaría, no se preocupe.

- Dígame una cosa comisario ¿Por qué Adriana me dijo que solo confiase en usted?
- Conozco a Adriana desde que llegó a la isla. Conozco a su hijo y sé lo que sufrió cuando perdió al pequeño. Yo estuve en la investigación del accidente y después les ayudé a pasar el duro trago de la muerte del muchacho, aunque ese no es un buen trago para nadie y he visto muchas muertes que han dejado a muchos vivos muy muertos. Adriana comenzó a buscar la paz entre los santeros, tenía la única intención de hablar con su hijo muerto, cosa que nunca consiguió. ¿Acaso cree usted que los muertos hablan? Supongo que sí teniendo en cuenta que iba al cementerio a grabar sus voces.
- No le he dicho que grabásemos ninguna voz. En aquel momento era un juego inconsciente de juventud. Con el tiempo, oyendo psicofonías y viendo programas de fenómenos paranormales, creo que algo debe haber en el más allá, o en realidad hay mucho charlatán que se beneficia del dolor ajeno.

Tras las palabras de Pablo, se hizo el silencio durante bastante tiempo. Cada uno estuvo sumido en pensamientos similares. Voces de muertos, cementerios, santería, médiums. Pero nada de ello parecía resolver el enigma de las chicas desaparecidas. Lo más curioso era que ni el propio policía tenía aviso de las desapariciones, ¿Acaso no tenían las chicas familia? ¿Nadie las echaba en falta?, parecía que la respuesta era un rotundo NO.

Pablo se dejó caer en una pequeña somnolencia, el ruido del motor del coche y la falta de sueño que arrastraba era suficiente para que se durmiese. Soñó que estaba en Madrid, que volvía al estanque y que Agláoipe estaba sentada, esperándolo con su hermosa sonrisa adictiva. Caminaba hacia ella y veía unos destellos brillantes sobre el agua apaciblemente serena. De pronto, cerca de ella, apareció un ser extraño, una especie de cocodrilo con cuerpo humano que se abalanzó sobre Agláoipe. Pablo corrió para intentar salvarla, pero cuanto más corría, más lento iba. Cuando estaba ya muy cerca de ella, las fauces del cocodrilo se abrieron y agarraron su cabeza arrastrándola hacía el centro del estanque y desapareciendo bajo las aguas. Pablo llegó justo al borde y solo pudo ver como desaparecían hacia el fondo. Gritó y se giró buscando ayuda, pero no había nadie. Con angustia comprobó que al cabo de unos minutos ya no había ni rastro de Agláoipe y el diabólico cocodrilo humano, desesperado se sentó en el suelo y comenzó a llorar.

Se despertó sobresaltado, con un nudo en el pecho. Una sensación de congoja que le llegó a través del sueño.

- ¿Qué le ha pasado? – Preguntó el comisario – ¿Ha tenido una pesadilla? Ha estado farfullando palabras que no podía entender.
- Si. Un sueño extraño sobre un cocodrilo con cuerpo de hombre – Pablo miraba a través de la ventana, no quería mirar a Salmerón.
- Cocodrilo con cuerpo humano, vaya, no se priva usted de nada, el comisario rio con ganas la ocurrencia.
- No se ría comisario, ha sido angustioso. ¿Podríamos parar un momento? Necesito estirar un poco las piernas.
- Espere un poco hombre, ya casi estamos llegando a La Habana.
- Está bien, como usted diga – Contestó Pablo algo contrariado y continuó observando el paisaje.

Tal y como había comentado el comisario, llegaron a La Habana en 15 minutos. Enseguida enfilaron las callejas que se encontraban llenas de gente a esas horas. Bajaron por la amplia avenida y Pablo comenzó a reconocer los edificios colindantes a su hotel. Paró el coche oficial en la entrada y esto provocó un pequeño revuelo de personas alrededor. Se bajaron y enfilaron las escaleras de entrada.

- Buenas tardes comisario – Le saludó solícito el encargado. Mirian estaba sentada junto a Nora y levantó la cabeza – Hola Señor Vetti.
- Hola. ¿Tenéis una *Mi Cola* bien fría para este viejo policía?
- Por supuesto. Nora, ¿Puedes traer unas *Mi Cola* por favor? Trae una para el comisario y otra para el Señor Vetti – Pablo asintió con la cabeza mirando a Nora.
- Bien Señor Vetti. No quiero que salga del hotel hasta que yo empiece la investigación y sepa que es lo que está ocurriendo – Comentó Salmerón.
- Comisario – Comentó Pablo – Mirian puede darle también información.
- Bueno, no sé yo si ella puede decir muchas cosas – EL encargado hablo por boca de la muchacha que permanecía sentada ajena a lo que hablaban los tres hombres.
- Poco a poco – Terció el comisario Salmerón – Ya decidiré yo a quien y cuando preguntar. De momento usted no salga del hotel hasta que yo le autorice.

- De acuerdo, así lo haré – Sentenció Pablo.

Llegó Nora con las bebidas y los hombres dejaron de hablar. Una vez que se retiró, el comisario le empezó a explicar al encargado del hotel algunos chistes que le habían contado en la isla de la juventud, Pablo, viendo que estaban muy entusiasmados, se fue acercando al mostrador.

- Hola Mirian.
- Hola Pablo. ¿Qué te ha pasado? Estás herido.
- Bueno, no es nada. Ya te lo contaré en su momento. Nos enfrentamos a gente peligrosa. Me has de ayudar y contarle todo al comisario.
- Pablo yo no puedo hablar mucho. Piensa que vivo aquí y tengo una familia. Si saben que estoy contigo en esto me pueden hacer mucho daño – La chica bajó la cabeza – Nada me gustaría más que poder ayudarte, pero entiéndeme por favor.
- Lo sé. Tienes razón, pero la vida de otras personas está en peligro, entre ellas Sandy y tu amiga Alicia. Quién sabe si un día no estarás en peligro tu misma.
- Bueno, ahora que está aquí el comisario y se va a hacer cargo de la investigación, seguro que todo se va a arreglar.
- No va a ser nada fácil.

Dejaron de hablar al notar la presencia del comisario. Éste se dirigió a Pablo recordándole que no debía salir del hotel y que volvería para hablar con él lo antes posible. Una vez que se despidieron, subió a su habitación y se dejó caer en la cama, no tardó mucho en volver a dormirse y esta vez no hubo ningún cocodrilo con cuerpo de humano que viniese a hacerle una visita.

Paró el auto junto al callejón de Hantel, se bajó y comenzó a caminar a paso lento. Era la autoridad y no debía temer nada. El coche era conocido por todo el mundo y nadie osaría tocarlo. Pasó por debajo del letrero y se dirigió directamente hacía la puerta que daba acceso a la casa de Adriana. En el callejón como siempre, los turistas paseando y los muchachos jugando al balón. Otros, más mayores se encontraban sentados con unas cervezas en las manos. El tiempo se detenía en el callejón.

Entró sin llamar, a él no le hacía falta anunciar la visita. Pasó por delante de las habitaciones donde no se veía rastro humano alguno. Al fondo, percibió la tenue luz de la vela que alumbraba la estancia donde estaba sentada la santera.

- Hola Adriana
- Hola Joaquín, Cuanto tiempo.
- Sí, la verdad es que he estado muy ocupado últimamente en la isla de la Juventud y no he tenido tiempo de estar por La Habana – El comisario Salmerón recorrió con curiosidad toda la estancia, mirando las estanterías y lo que había en la mesa. Se sentó cerca de Adriana y le cogió una mano a modo de saludo – ¿Cuándo te vas a decidir a salir de esta cueva Adriana? La vida continúa ahí fuera.
- Mi vida está aquí, con mi hijo. Nada se me ha perdido ahí fuera. Dime ¿Vienes por lo de las chicas?
- Claro, a ti no puedo sorprenderte ¿Verdad?
- Jajaja;; - Rio jocosa Adriana – Es difícil que se me escape algo de esta isla, aunque eso no tiene mérito, estaba cantado que después del español vendrías tú a preguntar. Le di tu nombre porque ese hombre está en peligro Joaquín y solo tú puedes ayudarlo.
- Es un inconsciente. Se ha dedicado a sondear a la gente, dándoles dinero. Ya le han dado unos golpes de advertencia y aun así se niega a volver a España. ¿Es cierto lo de las chicas? Yo no tengo de momento denuncias de desapariciones.
- Joaquín, en otra época tú eras como él. ¿Quién me ayudó a aclarar la muerte de mi hijo? Te desvivías en buscar consuelo para mí. Hiciste todo lo que estuvo en tu mano para demostrar que solo fue un terrible accidente.
- Pero yo soy policía Adriana. Vivo en Cuba y cuento con un equipo. Este necio se viene de España en busca de una chica a quien ni siquiera conoce, en busca de aventura y porque no, en busca de la propia muerte.
- Tú sabes que Sandy y Alicia no tienen familia. Sabes a que se dedican y también quien las puede tener retenidas. El problema es, ¿Vais a hacer algo de una puta vez?
- Adriana, no es tan sencillo. Es posible que ejerzan por propia voluntad y que estén asustadas y escondidas. Es posible que una de ellas o las dos se hayan querido ir con algún tipo fuera de Cuba y sabes que eso está prohibido.
- No Joaquín, ellas no se han querido fugar de la isla, ellas están retenidas y obligadas. Las he visto en un cuarto, es como un sótano o los bajos de una casa.
- ¿Cómo lo sabes Adriana? Y no me vengas con tus visiones o conjuros. Dame una sola prueba con la que yo pueda trabajar o si no, será como un caso cerrado.

- No puedo ayudarte y bien sabes qué es lo que más querría. Cuento con las visiones, aunque son muy débiles. Solo te voy a decir una cosa, no son las primeras ni serán las últimas. Hay alguien detrás de esto y ese pobre español podría pagar los platos rotos si esto sale mal. Ten mucho cuidado, por ti y por él. Recuerda que, al entrar con el visado, las autoridades españolas saben que está aquí.
- Lo sé. Es una bomba de relojería. Y te juro que después de más de treinta años en el cuerpo, es la primera vez que no sé cómo comenzar a resolver un caso.
- Déjate guiar por tu intuición, sabes que siempre te ha dado muy buen resultado.
- Eso espero Adriana. Gracias por escucharme y por favor, sal de una vez de este agujero.
- No lo haré Joaquín. Cuando salga de acá será para estar junto a mi querido hijo.
- El otro día vi a tu marido. Está irreconocible, desmejorado y parece un alma en pena.
- Lo siento por él, yo vivo feliz con mis hijos acá. Sabes una cosa, tendría que rehacer su vida – Se quedó mirando fijamente a la blanca pared - Es un buen hombre.
- Claro, es lo más sencillo del mundo – Comentó el comisario de forma irónica - Cuídate mucho Adriana.
- Lo hago y gracias por la visita.

Volvieron a darse la mano a modo de despedida y el comisario Salmerón salió de la casa, esa casa curiosa cuya entrada estaba debajo de una bañera. Regresaba sin respuestas, con la sensación de haber perdido el tiempo y con la angustia de ver a una buena amiga, consumiéndose dentro de una cueva. Ella también parecía una muerta, sin vitalidad alguna, estaban tal para cual, parecían un matrimonio sin vida y sin alma. Se montó en el auto y se dirigió a la comisaría, tenía que cerciorarse de que no había aviso alguno de las chicas. Durante el trayecto no dejó de pensar en las palabras de Adriana, *“Están en un cuarto oscuro, como un sótano”*, si fuese así de fácil, si pudiese confiar en las visiones de su vieja amiga, pero desgraciadamente no podía basar una investigación en unas visiones.

Entró y saludó a su ayudante que estaba sentado en una mesa, comiendo una especie de magdalena casera. Encima de la mesa el diario Gramma abierto por la página de deportes.

- ¿Qué hay jefe? – El ayudante se levantó en cuanto Salmerón cruzó la estancia.
- Hola Raúl. ¿Alguna novedad? – Raúl era un muchacho joven, no pasaría de los veinte, espigado y muy delgado – ¿Hay algún recado para mí?
- No jefe. En estos días solo ha habido un aviso de robo en el hotel “El Guarapo”. Un turista español ha denunciado el robo de un móvil y una cámara. Dentro del mismo hotel. Al parecer una chica le dio la llave del cuarto a un desconocido y este entró a robar. Luego hemos tenido algunos golpes por el ron y los tumultos de siempre con esos proyanquis de mierda.
- Raúl. ¿Cuántas veces he de decirte que no hables así? Eres agente de la ley y no puedes hablar mal de nadie, aunque no te gusten.
- Está bien comisario, usted disculpe.
- ¿No hay nada más? ¿No hay ningún aviso de desapariciones?
- ¿Desapariciones? No señor. Pero dígame comisario, ¿Quién tiene que desaparecer?
- Nadie Raúl, era solo una pregunta. Gracias

Raúl se encogió de hombros, volvió a sentarse y a disfrutar de la magdalena. El comisario fue hacia la mesa y agarró el teléfono para hablar con su jefe.

Se sentó en la cama, había dormido un buen rato. Un sueño reparador, nada que ver con las noches anteriores. Decidió arreglarse y bajar a ver si Mirian o Nora tenían alguna novedad del comisario, de paso pediría algo de comer.

En la recepción estaba sentada Nora. Pablo miró hacia el interior, tras el mostrador y no consiguió ver a nadie más. Se acercó a la chica y le preguntó por Mirian. Le comentó que había salido un momento pero que volvería muy pronto, también le comunicó que no había llamado el comisario ni nadie desde la comisaría. Pablo se alejó hacia el comedor y se sentó en una de las butacas que había en el Vestíbulo. Había una revista de turismo y un ejemplar de Gramma. Decidió que de momento no leería nada, su mente no estaba en condiciones para centrarse en ningún tipo de lectura. Al cabo de unos minutos, entró el comisario Salmerón por la puerta. Se sorprendió al ver a Pablo sentado en el vestíbulo.

- Señor Vetti. Precisamente venía a hablar con usted. ¿Ha comido ya?
- Hola comisario. No he comido aún. Estaba esperando a Mirian por si le apetecía comer conmigo.

- Si le apetece, le invitó yo. Hemos de hablar.
- Por supuesto, será un placer.

Salieron del hotel y se introdujeron en el coche del policía. Pablo supuso que el comisario le daría novedades sobre el caso una vez que ya había estado en la comisaría. Enfilaron la gran avenida que circulaba paralela al malecón. El aire caribeño daba en la cara de Pablo a través de la abierta ventanilla. El aroma del mar hacía que se evadiese, aunque estaba en el coche del comisario, realmente se encontraba muy lejos de allí. Era curioso ver los personajes que andaban por el malecón. Gente de todo tipo, aunque predominaban los turistas. Señoras mayores acompañadas de bellos mulatos, hombres maduros que disfrutaban de la compañía de hermosas chicas, parejas contemplando el mar desde los miradores y algún que otro pescador furtivo.

- Dígame una cosa comisario. ¿Está usted solo? – Ni siquiera sabía el porqué de aquella pregunta, podría ser mera curiosidad o quizás quería saber algo más de aquel hombre en apariencia bonachón.
- Bueno, digamos que no estoy muy acompañado.
- ¡Ah! Entiendo.
- No entiende usted un carajo señor mío.
- Disculpe comisario, no quería importunarle.
- No por favor, discúlpeme usted a mí. Cuando la recuerdo, aparece este mal humor de perros, no por ella, sino por lo injusto de la vida.

Salmerón empezó a contarle a Pablo una larga historia que se remontaba a la época de su juventud. Eran tiempos duros le relató, tan duros como los actuales con Castro. No había muchas posibilidades de estudiar ya que los campos de caña de azúcar lo ocupaban todo. Él siempre quiso ser policía, un oficio que le parecía fascinante y peligroso. Cuando tuvo el suficiente dinero ahorrado, se marchó de su pequeño pueblo hasta La Habana, sabía que allí tendría posibilidades de estudiar y sacar adelante su mayor ilusión. En la fiesta de graduación la conoció, era la más tierna criatura que jamás había visto. Con una mirada que enamoraba si te cruzabas con ella y con una sonrisa capaz de hacer suspirar al más escéptico de los hombres. Era morena, pero no de piel, sino de cabello. Con el pelo liso y las facciones dignas de una venus griega. Era la hermana de un compañero de promoción y nada más verla supo que era la mujer con la cual quería andar la senda y dejarse guiar por los caminos de esta vida. Ella en un

principio no reparó en él, se mostraba simpática con todos los muchachos que se acercaban a invitarle a una copa, vigilada de cerca, siempre atento el hermano por si alguno se propasaba con la muchacha. De pronto y sin saber cómo, sacó una fuerza interior que superaba su timidez y se dirigió a ella. Después de aquel primer encuentro pasaron días de mucha felicidad. Iban juntos a todas partes y comenzaron a enamorarse de una forma enfermiza. Nada ni nadie podía estropear tanta dicha. Planearon la boda para el otoño, a ella siempre le gustó aquella estación y para él no existía nada que no pudiese conseguir si es que a ella le hacía feliz. Los meses pasaron volando, y en poco tiempo se plantaron en agosto. La boda estaba fijada para el día cinco de septiembre y prácticamente ya tenían todo cerrado. La celebración se haría en la calle donde vivía y como en tantas ocasiones habían visto pasar por el malecón, irían en un coche descapotable, sentados en el borde del asiento trasero, vestidos de novios y saludando a todas las personas con la que se cruzaran. Los cláxones sonarían estridentemente unos inarmónicos sonidos que semejarían la marcha nupcial y por la noche, en la calle, no habría más que algarabía y felicidad.

Una tarde, cuando Salmerón salía del turno de trabajo en la comisaría, le llamó el compañero cuando justo atravesaba la puerta. Le comentó que tenía una llamada telefónica. Era algo inusual ya que no acostumbraba a recibir llamadas. Agarró el auricular y a medida que avanzaba la conversación, la cara le iba cambiando de color. El compañero llegó a temer que aquel hombretón cayese al suelo como si fuese una pluma.

- Joaquín. ¿Qué ha pasado?
- Ahora no puedo hablar. Se trata de María.
- Pero ¿Qué ocurre? ¿Se encuentra bien?
- No lo sé – Salmerón miraba a través de la ventana, con los ojos empañados en lágrimas y la piel aún pálida, estaba inmóvil como una grotesca figura de cera.
- Siéntate por favor. Voy a traer un vaso de agua.

Cuando regresó el compañero de Salmerón, éste ya no se encontraba allí. Salió como una exhalación a la calle, pero ya no había ni rastro. Llamó al jefe y le comentó lo ocurrido y le manifestó la preocupación por lo que pudiera ocurrirle a Joaquín Salmerón.

Al día siguiente, la noticia recorrió la isla. María, la novia de Salmerón, sus padres y unos treinta vecinos de la localidad, habían zarpado en una barcaza hacia Miami. Según las noticias que llegaban la embarcación naufragó y no había supervivientes.

Desde aquel maldito día, Salmerón juró que nadie podría ocupar el lugar de María y a fe que lo había mantenido. Era por eso por lo que, aunque había pasado ya más de una década de aquel acontecimiento, él continuaba tan solo como el día en que María desapareció.

- Comisario, ¿usted no sabía que ella pensaba marcharse?
- Nunca sospeché los planes de su padre. Ella no se hubiese ido por sí misma.
- Lo siento. Es una triste historia.

No volvieron a hablar hasta llegar al restaurante. Era un pequeño local adornado con multitud de banderas de Cuba. Salmerón se dirigió seguido de Pablo hacía una mesa situada al fondo de la zona reservada. Se notaba que era una mesa que ocupaba habitualmente. Le saludó una gruesa mujer ataviada con un mandil blanco que resaltaba como si fuese un espejo.

- Hola ¡Joaquinsito! Qué alegría verte mi hijo.
- Hola mamita. A ver qué buena comida nos puede usted ofrecer al amigo y a un servidor.
- Ahora verás papasito, te va a rechupetear los dedos.

Se sentaron y enseguida comenzó a hablar el comisario.

- Mira Pablo – Se notaba que la conversación iba a ser distendida dado que Salmerón comenzó tuteando al español – No voy a andarme por las ramas. Este asunto huele muy feo. Podemos estar hablando de mafias cubanas o extranjeras que se dediquen al crimen organizado, por lo tanto, necesito que me cuentes todo lo que sabes y todo lo que ha ocurrido desde que llegaste a la isla.
- Está bien comisario, pero lo primero que le he de decir es que tengo miedo, por mí y por Mirian.
- No tuviste que meterla en esto es probable que ella ya esté también en peligro.
- La verdad es que se me fue de las manos. Yo no quise meterla en esto, solo le pedí que me ayudase a localizar la casa de la chica.

- Cuéntame todo lo que ha pasado Pablo. De momento no hay referencia alguna en comisaría a desapariciones, aunque Adriana.... Bueno ella dice que ha podido ver a unas chicas en peligro.
- ¿Has hablado con ella? – Pablo se sentía cómodo con el comisario y empezó a tutearle también.
- Claro, Conozco a Adriana desde hace muchos años y confío plenamente en ella, además si hay alguien en esta isla capaz de ver más allá de nuestras narices es ella.

Pablo comenzó su relato recordándole los motivos que le habían llevado, los que ya le contó, como a través de Mirian pudo verificar que efectivamente las chicas hacía un tiempo habían desaparecido de su domicilio y que Adriana, como él mismo había podido comprobar, había visto a las chicas en peligro, aunque no podía ver donde se encontraban. Le habló del robo del móvil y la posterior paliza por parte del hombre del puro y sus matones y como llegó por fin a casa de José una vez lo hubieron abandonado a su suerte y su encuentro en Santa Clara con él.

- Muy bien. ¿Podrías reconocer a los tipos que te golpearon si los volvieses a ver?
- Creo que sí comisario, al menos al tipo del puro, el que parecía el jefe y al que me robó el móvil.
- Entonces empezaremos por ahí. Esta tarde te pasarás por la comisaría y te enseñaré unas fotografías.
- Comisario, ¿Puedo acompañarle en la investigación? – Pablo miró a Salmerón con una mezcla de tristeza y preocupación en el rostro.
- No es muy normal, pero dado que en el caso estás directamente involucrado y puedes ayudarnos a encontrarlos, dejaré que me acompañes siempre que no haya riesgo para tu vida.
- Muchas gracias.

De repente se presentó la señora del mandil con una bandeja llena de comida. Yuca, carnes variadas, habichuelas y arroz. Todo un lujo para lo que había comido hasta ahora en La Habana. Se apartaron en un plato cada uno y comenzaron a comer entre un distendido silencio.

En la mente de Pablo solo giraba una pregunta ¿Dónde estás Sandy? A la vez, esta era una de las muchas que también golpeaban la cabeza de Salmerón... ¿Dónde diablos te

encuentra Sandy? Hubo una mirada cruzada entre ambos y los interrogantes chocaron sobre la mesa fundiéndose en uno solo.

Se incorporó, llevaba demasiadas horas ya sentada en la misma posición. Calculó que en breve llegarían con la comida. Otra vez se abriría la rendija de la puerta y podría ver al menos la mano de otra persona. Llevaba casi un mes en esa estancia, lo había calculado por que le había llegado el período y tuvo que pasar la vergüenza de solicitar al tipo que le suministraba el alimento alguna compresa higiénica para ponerse. Un gran descuido si pensaban retenerlas durante tanto tiempo.

El cuarto, si se le podía decir de alguna forma a aquella habitación oscura y mal oliente tenía unos diez metros cuadrados, Sandy los había paseado en longitudinal, en vertical, en diagonal y en cualquier forma geométrica que se le ocurriese. Desde que la trajeron, había palpado palmo a palmo el habitáculo con la esperanza de que hubiese algún resquicio por el cual escapar, pero todo fue inútil, era totalmente estanco.

En una de las paredes había un jergón de no más de un metro, con sábanas sucias que fueron cambiadas una sola vez en todo el tiempo. Para ello, las tuvo que pasar por la misma rendija por la cual le pasaban los alimentos y el agua. En una de las esquinas había un retrete y un pequeño lavabo sin espejo, tampoco le hacía falta mirarse para saber cómo estaría después de un mes sin poder arreglarse. Lo que peor llevaba era el silencio, ella que siempre estaba riéndose y hablando, de golpe se encontraba encerrada en aquella cárcel y lo más cruel era que no sabía el tiempo que permanecería allí y porqué la tenían retenida.

El día anterior llegó otra. Como en tantas ocasiones durante el tiempo que llevaba en la habitación, pudo oír el traqueteo de las puertas. Si colocaba bien la oreja tras la suya, podía distinguir las voces de los tipos que la trajeron también a ella. Podía oír el sonido que se producía al abrir los candados, los pasos en el pasillo, las risas, las mofas y por último el silencio. El más tenebroso y denso de los silencios, hasta que, pasadas unas horas, se empezaría a escuchar la macabra sinfonía de gritos y llantos de la chica nueva. Siempre era igual, los gritos rasgaban el corazón y destrozaba el alma de Sandy.

Aquella noche fue especialmente cruel, la niña que habían traído no tendría más allá de 12 años. Sandy lo calculó al oír la vocecita. Cuando despertó de la droga que le habían

suministrado para traerla, comenzó a llamar a su madre. Se oía perfectamente el llanto de una criatura indefensa, perdida, angustiada.

Después, ante la falta de respuesta, comenzó a gritar y dar golpes en la puerta. Uno de los tipos que están siempre de guardia se acercó hasta la puerta y le pidió que se callase. La niña no podía contener el miedo y empezó a gritar más fuerte, incluso emitió algún chillido que exasperó al vigilante. Al ver que los alaridos de la niña no cesaban, el guardián amenazó con entrar a callarla, todas sabían lo que eso significaba así que al oír la amenaza empezaron a golpear las puertas para evitar que se cebase con la recién llegada. Pero el animal ya estaba dispuesto a atacar y sería difícil contenerlo.

De pronto, una de las “encarceladas” acompañó los golpes en la puerta con unos gritos perfectamente audibles;

- Oye Tú!!! Malnacido. Ven a pegarme a mí si te atreves!!!. ¿Déjala en paz, no ves que solo es una niña con miedo?

De otra puerta se oyó la voz de quien Sandy había bautizado como “La Mami”.

- ¿Quieres follar?, ¿es eso lo que buscas? Ven acá grandullón que yo sabré darte lo que quieres. Deja la mocosa – Sandy entendió que lo estaban provocando para que no le hiciese daño a la recién llegada, pero ella no se sentía con fuerzas para poder decir nada.

Aún recordaba el día de su llegada y lo que aquel tipo le hizo para “calmarla”. Cayó al suelo, apoyó la espalda a la puerta y metió la cabeza entre las piernas. No quería oír lo que inexorablemente le iba a ocurrir a aquella tierna criatura. Recordaba el maldito protocolo; Primero la abofetearía para dejarla medio inconsciente, cosa que sería bastante fácil dada la envergadura del animal. Luego la tiraría sobre la cama y la desnudaría de cintura para abajo. Pasaría su asquerosa boca por el cuerpo de la chiquilla, como quien quiere disfrutar de una fruta jugosa. Después, mirándola a la cara se desnudaría él, ella podría ver su enorme miembro y gritaría hasta la extenuación al saber que “aquello” le desgarrará el indefenso cuerpecito.

Sí aún le quedan ganas de gritar o el animal no queda satisfecho, la volteará y la violará por detrás. Notará el monstruoso miembro rompiendo la carne a su paso, notará el cuerpo abrirse como si estuviera desgajándose y solo parará cuando, alcanzando el

clímax, mezcle su repugnante semen con la sangre. Si para entonces, el dolor no ha producido el milagro de hacerle perder el conocimiento, él se encargará con un golpe certero que quede inconsciente del todo y así cuando despierte se le hayan pasado todas las ganas de hablar, como le ocurrió a “La Mami”, “La Lista” o a ella misma.

Sandy necesitó una semana para recuperarse físicamente de las heridas que le ocasionó “Armagedón”. En los dos primeros días solo bebió agua y se levantaba para aplicarse una crema que le habían pasado por la rendija, diciéndole entre carcajadas que fuera “arreglando el culito” por si se le ocurría otra vez gritar o portarse mal. De día, las dejaban solas y podían intercambiar algunas palabras a través de las puertas. Oyó a una mujer intentando tranquilizarla, se notaba que sabía cómo hacerlo por lo que la llamó “La lista” para poder diferenciarla de las otras chicas. “La Mami” se presentó ella misma y le dijo que estaba allí desde hacía unos tres meses y que estaba preocupada porque era la que más tiempo llevaba y las bestias no dejaban mucho tiempo a las mujeres en aquel infierno.

Ignoraban cuál era el destino que le esperaba al salir, solo sabían que estaban retenidas contra su voluntad y ninguna de ellas tenía nada en común por lo que fue descubriendo Sandy.

Recordó el día del secuestro. Hacía un tiempo había estado tonteando con un español que se llamaba Benjamín. Era un turista que se portó muy bien con ella. Según le dijo, se había enamorado y le prometió llevarla a España cuando arreglase los papeles con el consulado. Unos días antes de que la introdujeran en el carro, habían estado paseando por La Habana. La había invitado a un coco y un cucuruchito de maní. La verdad es que ella estaba bien con aquel hombre y pensó que no le importaría salir con él de aquel mundo mísero y triste. La tarde resultó maravillosa. Ella se sentía radiante y él se comportaba como un adolescente. No les importaba en absoluto la diferencia de edad y caminaban cogidos de la mano proclamando a todo aquel que quisiera verlo el amor que comenzaban a procesarse. Estuvieron paseando por el malecón y al llegar al castillo, Benjamín la tomó de la cintura y le besó de una forma tan especial que ella sintió que, a partir de ese beso, ningún otro sabría igual. Fue dulce, apasionado, largo y profundo. Más que con los labios, ella sentía que la besaba con el alma. En ese momento supo lo que vivían las princesas en los cuentos de hadas que inventaba su padre ya que nunca

tuvieron dinero para poder comprarlos, aunque esos cuentos inventados eran mucho mejores que todos los que se hubiesen escrito.

Benjamín le contó que era agente de seguros y que hacía años que visitaba Cuba, se sentía atraído por la isla y por todo lo que en ella había, incluyendo por supuesto “Las cubanas”. No tenía hijos y para Sandy era el hombre perfecto, atento, cariñoso y soltero.

Le confesó un secreto, le encantaba recibir cartas. Hacía un par de años, harto de encontrar en el buzón cartas del banco, publicidad y sobres con el destinatario errado, decidió emprender una “cruzada” en la cual todo aquel que lo conociese o quisiera ser su amigo, le debía enviar al menos una carta al mes que el devolvería con toda la ilusión del mundo. Así que entregó a Sandy su dirección solicitándole la promesa de que, al partir, ella le enviaría al menos una carta al mes. Sandy creyó que era algo muy divertido y le hizo la promesa. La dirección de Benjamín era muy sencilla ya que, para no saturar el estrecho buzón del edificio, decidió que todo le llegase a un apartado de correos y era muy sencillo, como un pequeño desafío al destino, el apartado de correos era el 666 de Madrid.

Unos días después de irse, Sandy pensó que era hora de escribirle, pero no podía escribir una carta de amor. Sabía que la vigilaban, que no estaba bien que anduviese paseándose con el español y le habían comentado que, en su barrio, hacía algún tiempo estaban desapareciendo algunas mujeres como ella, solas y desamparadas. Se martirizaba al creer que ella podía ser la próxima así que le escribió una carta de auxilio, de miedo, de pánico para que la viniese a buscar, a rescatar como el príncipe que era. Si le exageraba las cosas, seguro que aquel hombre no dudaría en llevársela en volandas hacía un mundo ideal. Para que le devolviese la misiva, colocó a modo de posdata su propia dirección así al menos si no venía pronto a por ella, le escribiría.

Envió la carta con un beso y una súplica. Ven pronto mi príncipe. El beso salió destino Madrid y ella introducida en el maletero de un carro con un destino desconocido.

Salmerón se presentó con tres carpetas de color blanco, gruesas y viejas donde Pablo supuso estaban las fotografías de los criminales más buscados de Cuba. Le plantó en la mesa los cartapacios y le instó a mirar una a una las caras de aquellos tipos por si era capaz de reconocer a alguno de los que le propinaron la paliza. Pablo pidió un vaso de agua y se preparó para ir viendo caras. Al abrir la primera carpeta, se sorprendió al ver

que no eran hojas llenas de fotos tipo carné con rostros en blanco y negro prácticamente irreconocibles. Eran fichas muy completas de cada una de las personas que habían cometido algún delito y que por lo tanto eran registrados. Comenzó con muchas ganas a ojear cada hoja, se paraba de vez en cuando a leer el currículum de algún sujeto curioso, como Juan Espínola, un hombre de 35 años que había cometido al menos tres crímenes pero que seguía libre según se podía leer en la ficha, en un cajetín con letras gruesas de color rojo. Poco a poco fue pasando las páginas y viendo las caras a cual más siniestra y peligrosa, pero nada de los tipos que le golpearon.

- Dime ¿Has podido identificar a alguien? – Preguntó el comisario con una taza de café en la mano.
- De momento no comisario. Aun me queda una carpeta.
- Ummm;; ¿Es posible que no estén fichados?
- Espere comisario que aún no he terminado de mirar fotografías
- Ya deberías haber visto a alguno si es que se trata de alguna banda organizada, debería haber alguno fichado. Pero bueno, no quiero presionarte. Míralos bien y llámame si encuentras alguna cara conocida.
- De acuerdo. Así lo haré.

Pablo siguió ojeando una a una todas las fichas, pero solo veía rostros demoníacos y desconocidos. La última carpeta llegó a su fin y Pablo no había sido capaz de identificar a ni uno solo de los hombres que vio en el local donde le propinaron la paliza. Se levantó y fue hacia la mesa del comisario que en esos momentos se encontraba mirando el portátil.

- Lo siento comisario, esos tipos no se encuentran entre las caras que hay en las carpetas. ¿Hay alguna más que pueda ojear?
- No. Todas las disponibles ya las has visto. No creas que me sorprende demasiado, si no los has identificado entre esas carpetas, es que no han sido fichados, por lo tanto, el problema es mayor de lo que pensamos.
- ¿Por qué lo dice?
- Es fácil de entender, si esas chicas están desaparecidas como sospechamos – Pablo lo miró con interés pues por primera vez el comisario hacía referencia a que él también creía que las chicas estaban secuestradas - y los tipos que las tienen retenidas no están fichados, significa que andan a sus anchas por la isla

sin levantar sospechas y eso solo puede ocurrir por dos motivos; o son gente de La Habana, de la misma policía que conoce muy bien los entresijos del sistema y puede burlarlo perfectamente, o son gente externa a Cuba pero que cuenta también con una red interna.

- Entiendo – replicó Pablo- Pero en cualquier caso va a ser muy difícil cogerlos.
- Muy difícil, pero no imposible. Recuerda que aún contamos con el factor sorpresa ya que ellos no saben que estamos sobre aviso de sus actos y, por lo tanto, esperemos a que cometan un error.

Salmerón se levantó de la silla y se dirigió hacia la puerta.

- Vamos, te llevaré al hotel y ya te llamaré si hay alguna novedad o necesito tu ayuda. Por el momento es mejor que no te muevas del hotel.
- Así lo haré comisario.
- Solo una pregunta más Pablo. ¿Recuerdas sus voces? ¿Crees que eran de la isla?
- Verá comisario, el que estuvo en el hotel, ese sujeto podría ser cubano. Los otros, hablaron poco excepto el que parecía el jefe y que daba órdenes y ése, le puedo jurar que lo era.
- Está bien, tenía la esperanza de que no fuesen de la isla. Gracias por el esfuerzo.
- Siento no ser de más ayuda Joaquín – Se sonrieron y emprendieron el camino a la salida de la oficina de policía.

Como en otras ocasiones, cuando iba en el auto con el policía, apenas si cruzaron palabras. Pablo volvió a los pensamientos contradictorios. Por un lado, deseaba encontrar a esas chicas, y sobre todo sanas y salvas. Por otro, tenía un sentimiento de culpa al no poder dar noticias de su paradero a su hija. Pensaba que ahora que Salmerón estaba al frente de la investigación, sería cuestión de días que se destapara todo y así poder regresar a Madrid.

Al llegar al hotel, se dirigió hacia el mostrador donde se encontraba Mirian hablando con un cliente. Al verlo llegar, le saludó cortésmente con un ligero movimiento de cabeza. Pablo le hizo una señal indicándole que quería hablar con ella. Se sentó en el sofá del vestíbulo y esperó a que Mirian se reuniese con él, lo que ocurrió unos minutos más tarde, cuando la muchacha acabó de atender al huésped.

- Mirian, ¿Has podido averiguar algo más? Yo no tuve suerte con las fotografías que me enseñaron en la comisaría
- Según me comentaron anoche, ha desaparecido otra muchacha. Esta vez se trata de una niña de doce años, que vive en Buenavista.
- ¿Cómo lo has sabido? Salmerón no comentó nada.
- Dudo que el comisario lo sepa.
- ¿Qué podemos hacer? Me siento tan impotente.
- Ya estás haciendo mucho. Seguramente de no ser por ti, nadie se hubiese enterado del problema que estamos teniendo.
- ¿Crees que sería buena idea volver a ver a Adriana?
- No lo sé. Es algo que no puedo pedirte. Estás trabajando con el comisario y éste conoce bien a la santera, tú sabrás lo que has de hacer.
- Pues creo que más tarde llamaré al comisario para ver si hay alguna novedad y luego me dirigiré al callejón de Hantel. Estoy seguro de que Adriana sabe más de lo que dice. Si a ti te han llegado noticias, no entiendo como a él no le llegan. Así que lo averiguaré.
- Ten cuidado. La cosa se está poniendo muy fea.
- Lo tendré, gracias por tu ayuda.

De los tipos que le golpearon y tiraron en la cuneta, no había ni rastro en las fichas policiales. Habían secuestrado a una niña y por lo que él sabía, el número era al menos de cuatro las chicas desaparecidas desde que estaba en la isla. Salmerón trabajaba duro para encontrarlas, o al menos eso creía ¿Pero trabajarían igual de duro en el resto del cuerpo de policía?

Anotó todos estos datos en una hoja de papel y esperó para poder llamar al comisario.

Oyó unos golpes en la puerta que la hicieron despertar. La noche había sido tranquila. La nueva se quedó dormida después de la visita de una de las ayudantes de “los bestias” para curarle las heridas y dejar a “La niña” todo lo necesario para que se curase ella misma en los días sucesivos, era el “protocolo” a seguir. Se abrió la puerta, Sandy se había incorporado y se sorprendió al ver a un tipo que no conocía. Era un hombre alto, muy blanco y con el cabello rubio. Tenía un fino bigote y le faltaba un diente en la parte superior lo que hacía que pareciese incluso gracioso si no fuese por las circunstancias que rodeaban el encuentro. Le hizo una indicación para que le siguiera, por lo que

Sandy se asombró aún más ya que no podía creer que iba a salir de aquella maldita celda. Se colocó el vestido que llevaba el día que la secuestraron y las zapatillas. En el fondo, estaba ilusionada porque pensó que todo aquello había acabado por fin, aunque también sabía que alguna de las compañeras que habían salido, regresaban al poco tiempo. El tipo la guio por unos pasillos donde pudo ver una gran cantidad de puertas cerradas con llave que supuso eran celdas como la suya.

- ¿A dónde me lleva? – preguntó Sandy con una voz temblorosa y hueca. Hacía mucho tiempo que no hablaba con nadie.

El hombre rubio no contestó y se limitó a continuar andando por los corredores. De pronto se detuvo ante una puerta, una más, y la abrió girando el pomo hacía el lado derecho. Entró en la habitación y Sandy lo siguió. Sentado tras una mesa había un hombre gordo, bastante más viejo que el muchacho rubio sin diente. Al lado del gordo, se encontraban dos hombres, todo el conjunto podía haber salido perfectamente de una mala película de cine negro.

- Hola Sandy, por favor, siéntese – quien hablaba era uno de los hombres que se encontraban de pie junto al gordo.
- ¿Me van a dejar salir? – Sandy se dirigió directamente al hombre gordo que estaba en la mesa, supuso que era el jefe.
- Cállese señorita – volvió a hablar el mismo hombre – y siéntese. El señor Barragán tiene algo que contarle.
- Así que tú eres Sandy – esta vez habló al que supuso llamaban Señor Barragán. Tenía una dulce voz que no concordaba con el grueso cuerpo – Sabes que nadie quiere hacerte daño, así que porque no te sientas y charlamos tranquilamente.
- Eso no es cierto señor, me hicieron mucho daño cuando me trajeron y tengo miedo de que lo vuelvan a hacer.
- Vamos, no será para tanto. Los muchachos solo quieren que sepáis que hay algunas normas que se han de seguir. ¿Qué sería de este mundo sin normas? Le vamos a proponer un trabajo y usted que es una muchacha inteligente lo sabrá apreciar y además verá que es una gran oportunidad.
- ¿En serio? – Sandy sonrió - ¿De qué se trata?
- Bueno, es un trabajo que hará para nosotros y que esperamos le satisfaga. Verá, el próximo fin de semana, habrá una fiesta en el “*Hotel Principal*”. Vendrán

algunos mandatarios invitados por el mismísimo comandante. Nos han pedido que seamos buenos anfitriones y podamos complacer a estos insignes visitantes y por supuesto, contamos con usted para hacer la noche más “divertida” a esos señores. Por supuesto usted no irá sola, habrá alguna de sus compañeras.

- ¿Me propone que me acueste con esos hombres? – Sandy estaba furiosa – ¿En serio quiere que haga de puta para unos asquerosos?
- Sandy...Sandy. No esperaba esa reacción por tu parte. Quizás no has entendido que contamos contigo para un asunto importante y eso te da un estatus especial. Al igual prefieres quedarte en tu cuarto y que “Armagedón” te haga una visita esta misma tarde – La muchacha sintió un escalofrío recorrer todo su cuerpo. Prácticamente aún no se había recobrado de las heridas que le dejó “La bestia” en el cuerpo.
- ¿Qué tendría que hacer? Y ¿Qué voy a ganar con ello? Usted me habló de un trabajo.
- Cucho ¿Ves cómo te dije que Sandy era una chica inteligente? - Barragán se dirigió al tipo que habló en primer lugar.
- Si señor Barragán, usted nunca se equivoca – respondió mansamente el llamado “Cucho”.
- Bueno pues entonces todo arreglado. Te pondrás bonita para el fin de semana con una ropa que te han comprado las muchachas y serás muy amable con nuestros invitados. Por si se te ha ocurrido que puedes hablar con ellos sobre tu...digamos estado actual, te diré que no sabrás sí con quien estás hablando es un invitado o uno de nuestros muchachos, así que si te equivocas... sabrás que “Armagedón” está deseando pasar unas horas contigo.
- Enti...entiendo – tartamudeó la chica –
- En cuanto a que es lo que vas a ganar con este trabajo.... Digamos que lo puedes ver desde otro punto de vista, piensa en lo que no vas a perder y date por afortunada.

Dicho esto, todos soltaron una carcajada y el tipo alto y rubio la levantó de un brazo para hacerle salir del cuarto. Al poco rato, se encontraba de nuevo en su celda, pensando que, aunque le habían amenazado de mil formas, ese fin de semana sería una magnífica oportunidad para poder acabar con todo lo que estaba viviendo, lo único era, que tendría que ser muy inteligente ese día.

Sentado al borde de la cama, Pablo sostenía el teléfono a la espera de oír la voz del comisario Salmerón.

- Hola Pablo. ¿Querías hablar conmigo supongo?
- Hola comisario. Sí, quería saber si hay alguna novedad en el caso.
- Pues desgraciadamente ninguna mi hijo – Pablo puso cara de póker al escuchar estas palabras- Seguimos a la espera de que alguien presente alguna denuncia por desaparición de personas.

Pablo no sabía si el policía le estaba ocultando información o es que realmente no sabía nada de ello. Pensó que no podía arriesgarse más de la cuenta y por lo tanto no insistió en el tema.

- Gracias comisario. Si sabe algo más le agradecería me avisara.
- Está bien. Entiendo que tengas ganas de que esto acabe y poder volver a España.
- Eso es, no sabe bien cuantas ganas tengo de estar en casa. De nuevo gracias por todo.

Se despidió de Salmerón y colgó el teléfono. Tras unos instantes de duda, se asomó a la ventana y vio a unos críos jugando en los bajos de un edificio. El lugar estaba parcialmente vallado por unas obras y visto desde la perspectiva de la posición que tenía parecían estar en una celda. Aquella imagen le sobrecogió.

Se cambió de ropa y decidió bajar parte de la que ya tenía sucia a Mirian para ver cómo podían lavarla. La chica le dijo que no se preocupase ya que tenían un servicio de lavandería contratado con el hotel y su ropa sería enviada ese mismo día.

Salió a la calle con el propósito de visitar a la santera. De nuevo se topó con los chicos que jugaban en la calle y pensó lo lejos que quedaba ya su infancia. Los miró con una mezcla de envidia y tristeza. Se prometió al llegar a casa tomarse unos días de verdad de descanso y estar con su hija y la pequeña nieta, era lo que más deseaba en ese momento.

Decidido, emprendió el camino hacia el callejón. Esta vez sería más claro con Adriana. La relación entre Salmerón y ella era estrecha, no podía ser verdad que no supiese nada con respecto a la desaparición de las chicas. Aunque cabía la posibilidad de que tampoco se lo confiase a un desconocido que le llegaba con el cuento desde España. Se aproximaba a una esquina y paró en seco. Las piernas le comenzaron a temblar de forma

compulsiva, como si tuviesen vida propia y se negaban a dar un paso más. La cara, desencajada, tenía una forma grotesca. Acababa de ver la vieja Volkswagen blanca conducida por aquel par de hombres jóvenes que lo “secuestraron”. Necesitaba reaccionar y tomar la matrícula, era fundamental que reaccionara, pero su cuerpo se negaba, había una fuerza interior que no dejaba mover ni un músculo. Esa fuerza seguramente se llamaría miedo y prudencia. Se escapaba la oportunidad de tener algún dato para darle al comisario. De pronto la suerte se alió con él. La furgoneta se paró no muy lejos de donde se encontraba. Se encaminó esta vez sí de forma firme hacia la vieja furgoneta, aunque tenía que andar con mucha cautela para no ser visto por los dos chicos.

Se escondió entre unos carros estacionados y pudo ver que los muchachos bajaron del vehículo. Tendría tiempo de acercarse sin ser visto y tomar tranquilamente los datos. Maldecía el no poder disponer de un móvil y hacer una simple foto. No llevaba nada encima para poder escribir por lo que tendría que dejarlo todo en manos de su memoria.

Pasó por detrás de un Chevrolet verde descapotable. Desde un banco destartalado que estaba en una plaza llena de palomas, pudo ver perfectamente la matrícula de la Volkswagen CA1909 se trataba de una T1 Camper. A plena luz del día se veía bonita, un bonito chasis blanco con el techo rojo, siempre que no recordara lo ocurrido dentro. Esperó un rato para ver si podría ver mejor a los dos tipos para poder dar una buena descripción al comisario. En el pequeño parque, no muy transitado, había una fuente seca y algunas palomas hambrientas buscando algo que llevarse al pico. Una anciana, cruzó en algún momento cargada de bolsas llenas de latas de refrescos chafadas. Pablo entendió que chafaba las latas para que le cupiesen más en las bolsas y seguro que la señora vendía el metal en cualquier almacén de chatarra de los muchos que había visto por la zona. Era curioso ver como llevaba las bolsas agarradas como si se tratase de un bebé. Suponía que, para ella, era el mayor tesoro. Cambiar esas latas por pesos quizás fuese cuestión de vida o muerte. Iba vestida con un pantalón marrón, quizás algún tiempo atrás blanco o beige y una blusa negra, muy acorde con el futuro que le esperaba, unas zapatillas unos cuantos números mayor que el que se merecía sus pies, completaba el calamitoso atuendo.

Pablo volvió a mirar para la furgoneta y al no ver por los alrededores a los dos chicos, se apresuró a moverse con sigilo hacia ella. Miró hacia los lados y se encaminó a paso

ligero por entre los bancos del parque, estaba muy cerca ya cuando vio salir a uno de los chicos de un portal. Afortunadamente para Pablo, el chico se dirigió hacia el lado contrario del lugar donde él se encontraba. Ya no podía dar marcha atrás por lo que bordeó el auto desde la parte trasera y pudo echar un vistazo dentro, en el asiento, vio una pistola rodeada de latas de cerveza y una cazadora roja desgastada por el tiempo y que supuso la utilizarían para poder ocultar el arma. El muchacho cruzó la calle y se encaminaba hacia la furgoneta. Pablo intentó agarrar el arma a través de la ventana medio abierta, no llegaba por unos milímetros, pudo tocar el frío cañón, pero no asirlo para sacarla. Decidió no tentar más al destino y antes de que el chico llegase definitivamente al vehículo y lo encontrase, se giró y se dirigió hacía el hotel por una de las calles cercanas al parque, llamaría al comisario y le contaría lo que había vivido para que se pusiera manos a la obra. ¿Qué pasaría cuando los detuviesen? ¿Acabaría por fin el mal sueño de La Habana? Desgraciadamente, eso no lo tenía nada claro.

Despertó de forma abrupta. Estaba soñando. Un mal sueño, pero al abrir los ojos se dio cuenta que la realidad era peor que la pesadilla. Vio movimiento en el pasillo, sombras se movían de aquí para allá por debajo de la puerta. Debía ser temprano, o al menos eso pensaba ella. Uno de los mayores problemas de su incomunicación era la pérdida de la noción del tiempo, aunque realmente no fuera el más importante de sus problemas.

Habían pasado tres días desde que le anunciaron la asistencia al hotel Principal. Una mujer, había venido a preguntar por el vestido que quería llevar. Le enseñó un muestrario y ella eligió un vestido largo de color azul que dejaba a la vista sus jóvenes hombros. Por el tipo de vestidos que aparecían en el catálogo, Sandy supuso que se trataría de una velada nocturna.

El azul no era especialmente su color favorito, pero en aquellas circunstancias, sería un color discreto con el que pasaría desapercibida y así podría llevar a cabo de forma más discreta su plan. Estaba decidida a jugársela. Peor no voy a estar se dijo.

Mientras ojeaba el catálogo “gentilmente” entregado para la elección del vestido, recordó el día que su madre le enseñó una antigua revista, con hojas rotas, descoloridas y tan manoseadas que los tonos se habían superpuesto formando un único y nuevo color. Sentada en un sofá, la madre le pedía que eligiese algún modelo de falda bonita o vestido para su fiesta de los quince. Se lo confeccionaría ella misma con las telas que pudiese y con la única máquina que había en el barrio, era de una señora americana que

vivía a unas cuadras de ellos. Su madre no era modista, pero aprendió a coser y hacer algunas prendas cuando iba con una amiga a la casa de la *americana* y su máquina de coser.

Eligió un sencillo vestido de corte recto color malva. Sandy no sabía si realmente el color que se apreciaba en la mugrienta revista era malva, pero quiso soñarlo, soñarse por primera vez en la vida con un vestido único, casi mágico, como nunca se había podido imaginar hasta entonces.

El vestido malva nunca se pudo confeccionar, ella nunca se pudo ver única y mágica y ese día feliz que tanto esperaba se tornó en el día más amargo de su vida cuando su madre falleció por un dolor de cabeza según le explicaron los hermanos mayores. Años después descubrió que fue un aneurisma cerebral el que se llevó a su madre y a su vestido color malva.

Desde aquel día su vida se convirtió en un infierno, con dos hermanos mayores y un padre alcohólico, se dedicó durante años a mantener la casa con lo único que supo hacer, y a lo que se vio abocada. Fueron años duros y muy largos. Su sueño de estudiar una carrera se esfumó entre las primeras copas de ron de su padre. La noche que se cumplía el primer mes de la muerte de su madre, se encontraba acostada cuando la puerta del cuarto se abrió de golpe. El padre, tambaleándose se presentó y se fue directo hacía ella. No supo que hacer, por lo que se quedó inmóvil, bloqueada, pétrea en la cama. La reacción fue infantil, tapándose hasta la cabeza pensó que no le pegaría por estar bajo las mantas. El padre le gritó que se destapase y eso despertó a uno de los hermanos que bajó inmediatamente a ayudarla. Afortunadamente se llevó al hombre sin que esa noche consiguiese lo que se proponía. Desde aquel día y tras colocar un cerrojo en la habitación, anduvo con todo el cuidado posible de no encontrarse a solas con él.

Hasta el día del secuestro, solo encontró a un hombre que realmente valía la pena, era el español que se enamoró perdidamente de ella y la quería llevar lejos de todo ese mundo de mierda. Lejos de los reproches de los hermanos, lejos del padre que cuando llegaba tan borracho ni la reconocía y lejos de todos los babosos que disfrutaron de su juventud a cambio de unos pesos de los cuales, normalmente no veía ni un centavo.

Al principio fue el padre quien le “administraba” el dinero que conseguía trabajando en el bar de un amigo del menor de sus hermanos. Era un local nocturno de salsa enfocado

a turistas que iban a la isla en busca de todo tipo de placeres. Tenía que combinar las copas entregadas en mano a los clientes con las manos en su cuerpo. El amigo del hermano fue el primer hombre que estuvo con ella, era parte del contrato. Aunque el chico fue muy cariñoso y tierno, ella no pudo reprimir las lágrimas durante días y la sensación de suciedad no la pudo sacar del cuerpo y sobre todo de la mente en años. Después de la primera vez, hubo muchas más. Cada una de ellas fue acompañada de una anestesia mental que Sandy llegó a manejar como si le fuese inyectada. Gracias a ello, pudo soportar aquellos oscuros años, anestesiada y aletargada.

Como recordaba aquella tarde en la que entró en el local un hombre tímido. Se colocó en una de las esquinas que tenía la barra y pidió una cerveza. Era español y se presentó como Benjamín. Desde aquella tarde, comenzó a frecuentar el bar. Siempre se colocaba en la misma esquina y bebía cerveza. No hablaba mucho y su tiempo lo consumía en mirarla. Como las visitas se alargaban en el tiempo, Sandy pensó que aquel hombre vivía en la isla y no era un cliente turístico buscando sexo. Un domingo, cuando ella ya terminaba la jornada poco antes del amanecer, Benjamín decidió abordarla. Le propuso acompañarla a casa. Sandy se ruborizó. Por primera vez un hombre no le metía mano directamente al acercarse a ella, por primera vez un hombre le hablaba con respeto y por primera vez en su corta vida un hombre le pedía permiso para algo, aunque solo fuese para acompañarla a casa. En ese mismo instante decidió que pasaría el resto de la vida acompañada por el último caballero de La Habana.

La puerta se abrió de golpe y entró la misma mujer que le había entregado la revista para elegir el vestido colgado en el brazo.

- Hola Sandy – Quedó descolocada al saber que aquella mujer no solo sabía su nombre, sino que además parecía un ángel en medio de aquel infierno – Pruébate el vestido por favor.
- ¿Cómo se llama? ¿Por favor ayúdeme?
- Sandy, no me pidas algo que no puedo hacer. Por favor, pruébate el vestido.
- ¿Es que no lo entiende? Nos tienen retenidas y seguro que si no hacemos lo que nos piden nos van a matar – Sandy se había levantado de la cama y se acercaba a la gruesa mujer – ¡¡Tiene que ayudarnos!!

La puerta que estaba medio cerrada volvió a abrirse y entró uno de los hombres que estaban junto a Barragán. Apartó a la mujer que llevaba el vestido en el brazo y se

plantó ante Sandy. Lanzó el brazo al aire y le asestó una bofetada, la chica cayó de espaldas en la cama.

- Pruébate el vestido niña y deja de tocar los ¡cojones!

Ambos salieron del habitáculo y la dejaron con la cara totalmente colorada, tirada en la cama y con una sensación de infinita tristeza. Su mundo se acababa y solo le quedaba la esperanza de la noche para la cual se colocaría el vestido. Esa será mi noche se juró. Esta será la última bofetada de mi vida, te lo juro mamá.... Se puso a llorar y buscó el calor de su madre. Quedó dormida bebiéndose las lágrimas con sabor a sangre.

Pablo no encontró ninguna dificultad durante el camino de vuelta y pudo llegar sin percances a la comisaría. No era muy normal en él cambiar de planes a última hora, pero las circunstancias lo requerían. Era más sensato ir directamente a la comisaría que arriesgarse a que le siguiese alguien hasta el hotel.

Entró sin tocar la puerta, como era costumbre vio al comisario en su despacho. Saludó al agente que había en la entrada y se dispuso a pasar hacia la estancia donde estaba Salmerón. El comisario se levantó de la silla y cerró la puerta antes de que Pablo pudiese siquiera acercarse a ella. Se quedó de piedra con las narices pegadas a la blanca madera.

- Disculpe señor Vetti, el comisario tiene una visita.
- Perdón, no lo sabía - enrojeció por la escena. Se sintió avergonzado - Si no le importa, esperaré aquí.
- Lo siento, el comisario me pidió que nadie estuviese en la comisaría a no ser que fuese una cuestión de vida o muerte. Él se pondrá en contacto con usted.
- Está bien – entendió que no debía permanecer en la comisaría, aunque bien podría ser la suya una cuestión de vida o muerte - Dígame que me llame al hotel, es muy importante que hable con él. Por favor, no se olvide.
- No se preocupe, no lo olvidaré. Lo anoto acá y tan pronto salga del despacho se lo comento. Ande tranquilo.

Salió desconcertado de la comisaría. Cientos de preguntas agolpaban su cabeza. Pero quizás estaba dando vía libre a la imaginación y aquella reacción del comisario nada tuviese que ver con el caso de las chicas desaparecidas, aunque presentía que no era así.

Se dirigió hacia el hotel, mientras caminaba por las callejas de La Habana, mirando absorto todo lo que se movía, recordó cuando paseaba con su hija. Cada niña, cada padre agarrado de la mano de su muñeca le hacía sentir añoranza de aquellos momentos vividos junto a su pequeña princesa, toda una mujer ahora, vigilante y protectora.

Recordó que prácticamente desde que llegó a la isla no pudo llamar y seguramente estaría intranquila, aunque estaba acostumbrada a sus escapadas solitarias, esta vez se estaba pasando de tiempo sin dar señales de vida. Pero las circunstancias eran dramáticas, sin teléfono móvil, sin una agenda de números para poder llamar, solo deseaba que acabase cuanto antes todo lo referente a la maldita carta que encontró por casualidad en un traje que no era el suyo.

Llegó cansado físicamente, por el camino recorrido bajo un sol despiadado, pero quizás más psicológicamente por el desgaste que le ocasionaba no saber de su hija, no poder hablar con Lola y la gente de la oficina, por no poder comunicarse con nadie y encontrarse allí solo, amenazado y sin saber en quien confiar. Saludó a Nora que estaba sentada detrás del mostrador, con gesto serio, concentrada en alguna cosa que la estaba aislando del mundo. Ella le devolvió el saludo casi sin mirarlo al pasar. Pablo dedujo que nadie le había llamado en el intervalo de tiempo que transcurrió desde la comisaría hasta el hotel, por lo que subió directamente a la habitación a la espera de la llamada.

Se tiró en la cama y notó como unas gotas de sudor resbalaban por su cara buscando caer sobre las sábanas ardientes por la humedad y el calor extremo de esas horas. Estaba relajándose y entrando en una soporífera duermevela cuando le sobresaltó el sonido estridente del teléfono.

- Señor Vetti, tiene una llamada del comisario Salmerón.
- Gracias Nora. ¿Puede pasármela por favor?
- Como no, ahorita mismo le paso.

Hubo unos segundos de silencio que a Pablo le pareció auténticas horas. Por fin oyó al otro lado del auricular la voz del comisario.

- Pablo. ¿Te encuentras bien? Me ha dicho el agente Zoiro que te llamas urgentemente.
- Hola comisario. Tengo que hablar contigo con urgencia.
- Tranquilo muchacho, dime que ocurre.

- Esta mañana he visto la furgoneta en la que me secuestraron y a los tipos que lo hicieron.
- ¿Cómo? Esa es una gran noticia. ¿Pudiste tomar nota de la matrícula?
- Sí. Fue lo primero que hice. Además, pude ver que llevaban al menos una pistola en el asiento.
- Ya te advertí que son gente peligrosa. No deberías haberte acercado por si te reconocían. Dame ese número de placa por favor. Vamos a averiguar inmediatamente de quien es el vehículo.

Le dio al comisario la descripción de la vieja VW y este le comentó que le avisaría en cuanto supiese algo.

- Otra cosa. Esta mañana hemos tenido la primera denuncia de la desaparición de una chica. Se trata de una niña de 12 años y su madre está muy angustiada – enseguida lo relacionó con el comportamiento del comisario en el despacho – Voy a informar a mis superiores y es mejor que dejes de ir conmigo. Te aconsejo que desde ahora te quedes en el hotel por tu seguridad.
- Comisario Salmerón. Me han robado, amenazado y pegado. Ni tan siquiera puedo hablar con mi hija en España. No me pida que me quede quieto en esta habitación. Enjaulado. Déjeme ayudarles.
- Es por tu propia seguridad. Ahora tengo los datos del vehículo y será cuestión de días que los localicemos y con ello espero que también a las chicas. Hazme caso y no te muevas del hotel. Te iré informando – Prometió Salmerón.
- Está bien, así lo haré.

Colgó el auricular y miró hacía la ventana. Era un gesto infantil, pero mientras miraba a través de los sucios cristales del cuarto, descruzó los dedos.

Los días habían transcurrido sin sobresaltos en aquella cárcel. Sandy había oído una noche mucho ruido por los pasillos. Oyó pisadas que recorrían las estancias a gran velocidad y puertas que se abrían y cerraban violentamente.

Esa mañana, cuando abrió la puerta el “carcelero” para entregar el desayuno quiso saber qué era lo que estaba ocurriendo.

- ¿Parece que estas noches ha habido movidas?

- Alguna de las zorras no quiere ir a la fiesta del sábado y ha habido que “convencerla”
- Creo que habéis tenido que utilizar mucho esfuerzo para convencer a una mujer encerrada
- ¡¡Cállate puta!! o ¿quieres saber cómo se convencen a las que no quieren colaborar?
- No tranquilo, solo era curiosidad. Al menos una de nosotras os ha plantado cara.
- Para lo que le ha valido....

Dejó la bandeja sobre la pequeña mesa de madera y cerró la puerta tras de sí. Desde que entraron con la prueba del vestido, ya no dejaban la comida a través de la rendija, sino que la depositaban sobre la pequeña mesita.

Sandy intuyó que no habría acabado bien la negativa de la compañera y quizás “se les fue la mano”. Ella tenía otros planes, había soñado con la oportunidad de entablar conversación con alguien a quien poder contar lo que estaba sucediendo.

El “carcelero” había dicho que la “fiesta” sería el sábado, por lo que el día se acercaba. Según sus cálculos, estaba amaneciendo el jueves, por lo que en 48 horas tendría esa última y quizás única oportunidad.

Después de desayunar comenzó con las rutinas diarias que se había marcado para no enloquecer. Hacía una tabla de ejercicios de forma disciplinada cada día, empezaba con unos estiramientos de todo su cuerpo, para ello le servía las clases de Tai-Chi que realizó durante un tiempo en el local de su amigo Néstor.

Después de hacer los ejercicios, pedía a los carceleros la dejaran salir a tomar una ducha. Era un privilegio que había conseguido desde aquel día en el cual habló con Barragán, sabía que la miraban desde algún lado, aunque no pudo nunca averiguar desde donde, pero tenía la sensación de estar siendo observada dentro de la ducha. Poco le importaba que la viesan desnuda si a cambio podía refrescar y tonificar su cuerpo.

En el cuarto, se tumbaba en la minúscula cama y recordaba los escasos momentos de felicidad que había tenido en su corta vida. Los mezclaba con los pensamientos de libertad. Esto hacía hervirle la sangre y desear mucho más fuerte que llegase el sábado.

Cuando bajó al vestíbulo del hotel, encontró a Mirian hablando con una de las personas que limpiaban las habitaciones. La verdad es que la charla no era nada amigable y parecía que ella le estaba recriminando algo a la empleada.

Una vez que se marchó, Mirian dedicó una amplia sonrisa a Pablo y a pasos decididos se acercó hasta él.

- Hola Pablo. ¿Qué tal va todo? – Comentó Mirian en tono jovial.
- Mirian, estoy muy preocupado. Las cosas no avanzan. Salmerón me ha pedido que no me mueva del hotel, ya ha habido una denuncia por desaparición y creo que por fin van a poner medios para tratar de solucionar este caso.
- Ya lo sé, hoy han estado por aquí unos policías indagando. Nos han preguntado lo que sabíamos sobre la niña que ha desaparecido. Precisamente hablaba con Jaima para saber si ya estuvo con la policía.
- Lo peor es que pasa el tiempo y yo no puedo moverme de La Habana, no saben nada de mí en España desde mi partida y mucho me temo que, si pasan más días, mi hija o mi jefa se movilicen para buscarme.
- Tranquilo, verás cómo pronto todo se solucionará y podrás regresar junto a tu hija. Al menos tu podrás partir y salir de esta maldita isla – Mirian estaba realmente airada cuando escupía más que decía cada sílaba.
- Sí, tienes razón, podré salir y espero que habiendo resuelto el paradero de Sandy y las otras chicas.
- Oye, ¿Por qué no haces por distraerte un poco? He oído que el próximo sábado hay una fiesta en el hotel Principal. Según me han contado, vienen unos mandatarios y se va a organizar una especie de fiesta del “*carajo*”.
- ¿En serio?
- Se lo escuché a mi jefe porque según parece le han pedido que ofrezca algunas habitaciones ya que *El Principal* se va a quedar pequeño.
- Pues, no es mala idea, al menos podré despejarme un poco, me estoy volviendo loco de la habitación a la comisaría y de la comisaría al hotel nuevamente. El comisario ya no quiere que le acompañe y cuando fui a ver a la “bruja” ya sabes lo que ocurrió, así que decidido, me informaré bien sobre esa fiesta e intentaré ir. Supongo que antes debo decírselo al comisario.
- ¿Estás seguro? Quizás no debas darle tantas explicaciones, al fin y al cabo, solo vas a distraerte un poco.

- Tienes razón, es mejor no decirle nada, tal vez no lo apruebe y me haga quedar en la habitación otro día más. ¿Podrías acompañarme?
- Gracias Pablo, pero ese no es lugar ni acontecimiento para mí. Además, yo tengo otros planes para el sábado – La chica guiñó un ojo en perfecta complicidad, pero no pasó inadvertida para ella la cara de sorpresa de Pablo - ¿Qué pasa? Yo también tengo derecho a divertirme – y se alejó con una carcajada divertida.

Se sentó en el amplio sillón del vestíbulo y esperó durante un rato no sabía bien el qué. Aún era jueves y tenía tiempo de averiguar lo que se preparaba en el hotel Principal para ese sábado. Así que después de un rato, consideró que lo mejor sería volver a pasear por La Habana, aun sabiendo que el comisario lo podía ver y quizás lo detuviese, pero ¿que era la vida sin riesgos?

Cruzó varias calles hasta que se tropezó con una multitud. No sabía bien que hacían allí. Estaban en una fila ordenada, los adelantó y se fijó que la cola partía de la puerta de una especie de colmado. Si se fijaba bien, la entrada era igual a la de una pequeña tienda de comida, pero al acercarse a la amplia cristalera vio que dentro no había más que cuatro estantes con algunas verduras lacias y unos sacos de tejido marrón en el suelo donde supuso se guardaban legumbres. La gente hacía cola para poder adquirir algo de comida.

Cruzó una plaza amplia donde algunos perros correteaban persiguiéndose unos a otros. Recordó cuando era niño y en su barrio aún se podían ver perros sin dueño, no eran los únicos animales que vagaban por las calles de su barrio, también había gatos y de vez en cuando algunos pájaros que se habían escapado de su cautiverio. Aquel era un barrio dentro de una ciudad emergente de lo que fue en su día un pueblo lleno de campos con viñedos y alcornoques. Rara vez se cruzaban coches y él jugaba en la calle hasta altas horas de la noche con todos los niños vecinos.

Los perros constituían un pretexto para unirse en pandilla con los amigos. Eran amigos de verdad y la norma del grupo era que simplemente no había normas. Bajaban algo de comida a los pobres animales, normalmente comida recogida en los frigoríficos de sus madres, pollo, alguna chuleta y hasta latas de paté. Resultaba todo un riesgo, pero la recompensa valía la pena, el amor de las mascotas y la amistad férrea con los otros niños del barrio, una amistad que en algún caso había sobrevivido a los cambios de

domicilio y al paso de los años. ¿Por qué las personas cambiamos tanto de domicilio? Se preguntó pensando en las veces en las que cambió de casa. En cada una dejaba parte de sí mismo, en cada casa nueva esperaba sentirse acogido; como si las habitaciones, las cocinas, los baños, todo tuviera vida propia y decidiera si le daba o no la bienvenida. Sin embargo, eso no ocurría en los hoteles. En cada hotel donde se hospedaba se sentía cómodo, envuelto en una sensación extraña de confort desde el primer momento. Los hoteles eran menos exigentes que las casas, concluyó y sonrió ante estos pensamientos con los que se dirigió al hotel Guarapo donde no estaba precisamente como en casa.

El hotel *Principal* era uno de los más antiguos de La Habana. Se construyó en el siglo XIX y llegó a ser sede de la gobernación antes de recibir a otros huéspedes ilustres. Las vistas eran privilegiadas y tenía la particularidad de que prácticamente todas las habitaciones miraban al Caribe. En la inmensa puerta de entrada, se agolpaban los “carros” que traían y llevaban a turistas acomodados, mandatarios extranjeros o incluso algunas autoridades de la isla.

La fachada exterior donde se ubicaba la entrada, la habían engalanado especialmente para la ocasión. Miles de guirnaldas de los colores de la bandera cubana, farolillos de papel y un inmenso letrero donde podía leerse “*Bienvenidos al hotel Principal*”.

Como Mirian le había contado a Pablo, aquello prometía ser una fiesta del “*carajo*”, aunque él no sabía muy bien de que celebración se trataba. La propia Mirian le proporcionó una entrada VIP de las que les habían entregado al gerente del hotel para sus contactos, y no daba pista alguna sobre el acontecimiento.

La fiesta comenzaba a las nueve, según pudo leer en la entrada. Era un papel rosado, había un coctel de recepción y después unos parlamentos a cargo de unos personajes que no conocía en absoluto, pero que con la fama que tenían los discursos cubanos, imaginó serían largos y tediosos.

Llegó una hora antes, como en él era costumbre. Mirian le pidió a Nora que le proporcionase una corbata y un traje para que se lo colocase, de alguno de los camareros del hotel, a lo que Pablo aceptó divertido. Así pues, con traje, camisa y corbata de camarero pensó que pasaría aún más desapercibido entre la multitud, lo que le salvaguardaba de miradas indiscretas y curiosas. La intención era distraerse y disfrutar de una noche de diversión, pero sin correr el riesgo de ser atrapado por el mismísimo

Joaquín Salmerón, estaba seguro de que si lo veía lo enviaría a su hotel de forma inmediata. Entregó la papeleta rosada al muchacho que había en la puerta destinado a la recepción de entradas y asistentes, el muchacho arrancó una esquina del papel en señal de aceptación y le franqueó el paso hacía el inmenso vestíbulo del hotel.

No se parecía a nada de lo que había visto hasta entonces en la isla. Era espacioso, grande, enorme. Lleno de extravagancias. Pablo no entendía cómo podía haber tanto lujo en unos pocos metros cuadrados cuando en la mayoría de las viviendas no había agua corriente, en las calles no había un mínimo sistema de alcantarillado, y faltaban unos servicios de transporte necesarios para la mayoría de la población. En aquel hotel, olía tan bien que apestaba.

Fue directo a una barra donde se encontraban unos chicos que ofrecían todo tipo de bebidas. Pablo pidió una cerveza y se acomodó en una esquina, discretamente ubicado de forma que podía ver a todo el personal moviéndose. En un rincón del vestíbulo, pudo ver un grupo de turistas europeos que estaban bastante alegres pese a que aún faltaba tiempo para la fiesta. Luego se fijó en una pareja, vestidos impecablemente para la ocasión. Tules, sombrero, charol, no faltaba un detalle. Algo más alejados, cerca de la puerta por donde había entrado Pablo, pudo ver a unos hombres que claramente pertenecían al gobierno cubano y no se molestaban lo más mínimo en ocultarlo.

Poco a poco se iba llenando el vestíbulo y Pablo no sabía dónde debía ir ni a que se debía la conmemoración, por lo que decidió seguir en su atalaya y curiosear a todo aquel que se moviese por si podía vislumbrar alguna cara conocida o un indicio de qué debía hacer.

De repente, una mano se posó en su hombro. Entró por la retaguardia y pilló a Pablo totalmente desprevenido. Dio un respingo y notó la lividez de su rostro. ¿Quién podía ser?, ¿Quién sabía que él estaba allí?

- Pablo. No me lo puedo creer, Pero ¿cómo tú por aquí?

Una voz femenina era quien se dirigía con aquella familiaridad, avanzó unos pasos para girarse en redondo y ver a aquella mujer de carita redondeada

- ¡Magnolia! Que sorpresa.

- Realmente sí es una sorpresa porque veo que te has adaptado rápido a la isla. No todo el mundo puede estar hoy aquí – Magnolia le guiñó un ojo al decir estas últimas palabras.
- Bueno, la verdad es que he estado haciendo amistades en estos días – mintió sin querer aún compartir su verdadero propósito con ella.
- Y cuéntame, ¿Qué has estado haciendo?

Fue una pregunta de lo más normal entre dos personas que no se veían desde el mismo momento en que aterrizaron en La Habana, pero le pilló a contrapié y no supo cómo salir de la situación.

- Pues la verdad, un día paseando por aquí... otro por allá... Nada importante. ¿Y tú? ¿Pudiste repartir todo lo que traías?

La mujer puso una cara muy seria ante las evasivas de Pablo. Lo miró directamente a los ojos y le habló bajito al oído.

- Ten mucho cuidado. He oído cosas y no me gustaría que te ocurriese nada malo – palideció, ¿Que sabía aquella mujer?
- Magnolia, creo que deberíamos hablar, ¿Te apetece una copa?
- Por supuesto, siempre es agradable tomar una copa con un compatriota.

Se acercó a la barra y solicitó al viejo camarero ataviado con una chaqueta blanca- más propia de fiestas del siglo anterior o sacado de una vieja película de Bogart- dos copas de champán rosado. Magnolia se había acercado a una de las ventanas desde la cual se podía ver el mar y parte de una llanura de césped perfectamente cortado.

- Dime en que andas metida, como sabes que estoy en riesgo. Yo creía que eras una noble señora activista, que ayuda a mejorar la vida de los niños.
- Y lo soy, lo que ocurre que es una ciudad pequeña y no hay demasiados españoles que se dejen ver a menudo paseando con el jefe de la policía.
- No puedo contarte nada, sería ponerte en riesgo a ti también.
- Pablo, sé que andas detrás de unas supuestas desapariciones de chicas. Aunque la organización con la cual colaboro tiene como fin ayudar a los más desfavorecidos, tenemos reuniones periódicas con personas de otras organizaciones y en ellas aparecen las novedades de la comunidad. El otro día, una de las personas que colabora escogiendo y remendando ropa usada, contó

que había un español que andaba preguntando cosas sobre unas chicas desaparecidas y que además se hacía ver en comisaría o con el jefe Salmerón. No puse cuidado a lo que comentaba ya que en aquel instante no lo relacioné, pero alguien dijo que creía se llamaba Pablo. Entonces sí que pregunté y aquellas mujeres me contaron que estabas metiendo las narices en asuntos que no te interesan. Dime, ¿Qué estás buscando?, quizás yo pueda ayudarte.

- Magnolia, es una larga historia. No te dije toda la verdad en el avión y ahora no creo sea el mejor momento para contártelo todo. He venido tras la pista de una chica que mantenía una relación con un español y que está en riesgo su vida. La de ella y más personas que intuyo son chicas jóvenes también.
- ¿Pero sabes dónde te estás metiendo? Aun en el caso de que eso fuese cierto, ¿Cómo vas a poder ayudarles? Llevo viniendo el tiempo suficiente a Cuba como para saber que si te agarran no saldrás vivo. Hay auténticas mafias, como en otros países.
- Lo sé, pero no puedo leer en una carta que hay unas personas en peligro, en riesgo de muerte y quedarme cruzado de brazos, lo siento y tú mejor que nadie deberías entenderme.
- ¿Entenderte? ¿Qué disparate es ese?, acaso comparas entregar unos juguetes, unas ropas usadas o unos medicamentos a ¿buscar personas desaparecidas? – Magnolia parecía enfadada con los últimos comentarios.
- En el fondo es igual, tú te arriesgas, dejas todo en tu país para poder ayudar a estas personas, aun sabiendo que en cualquier barrio de Madrid podrías hacer el mismo gesto. ¿Acaso no hay niños necesitados en Madrid?
- Ya te conté porqué vengo aquí.
- Sí Magnolia, pero no es una excusa. Además, creo que ya estamos cerca y pronto podré volver a casa.
- Quizás ya nunca vuelvas, recuerda eso también. Ten los ojos bien abiertos Pablo, cuanto más cerca estés, más peligroso.
- Lo tendré Magnolia, gracias por tus consejos.

La mujer dejó la copa apoyada sobre una mesa y salió por un estrecho pasillo que salía directamente a la calle. Se quedó allí solo, con la copa medio vacía en la mano y mirando por aquella ventana no sabía muy bien a donde.

Las palabras de Magnolia habían hecho tambalear todas las convicciones que le habían llevado allí, pero ya no había marcha atrás. O desentrañaba el misterio de las chicas desaparecidas, o sería un desaparecido más con ellas.

La noche fue tensa, apenas pudo dormir y en los pocos momentos de sueño, una pesadilla se repetía continuamente. Sentía que unos poderosos brazos la agarraban por el cuello y la asfixiaban. Se despertó en numerosas ocasiones jadeando y sudando.

Encendieron las luces del pasillo, Sandy pudo verlo a través de la única rendija que había entre su puerta y el estrecho corredor.

Se incorporó e intentó permanecer unos instantes quieta, inmóvil, intentando escuchar el más mínimo ruido al otro lado de la madera, pero no fue capaz de percibir ni el más leve sonido.

Era sábado, y era el día en el que perdería de vista aquella habitación o perdería quizás la vida. Se conjuró consigo misma para no perder los nervios y estar lo más tranquila posible, no era cuestión de dar muchas pistas a los carceleros.

Se notaba que era un día especial, diferente, en poco tiempo comenzó a oírse ruido y ajeteos a través de las paredes y la puerta de la “celda”. Después de que le trajesen la comida, que también fue especial y abundante, apareció la mujer que le trajo el catálogo donde escogió el vestido azul, con él en la mano.

- Póntelo – dijo con un hilo de voz apenas perceptible – hoy no puede haber fallos.
- ¿Me daréis también un conjunto de ropa interior nuevo?
- Por supuesto, las niñas han de estar perfectas – la miró a los ojos y encontró la única chispa de caridad humana en mucho tiempo – Pero eso será más tarde. Ahora ponte el vestido por favor.

Sandy se colocó el vestido por encima de la ropa que habitualmente llevaba durante todo el día en el cuarto. Una ropa que de tanto tiempo usarla se adaptado a su piel como una segunda capa. Pensaba que cualquier día, al quitarse esa asquerosa ropa, tendría la sensación de estar despellejándose.

El vestido le sentaba bien, no era lo suficientemente llamativo como para que todos se fijasen en ella, pero tampoco era una simple sábana azulada. Se vio bonita después de

mucho tiempo y sonrió, no tanto por verse bien sino por la sensación de que ese día comenzaba el final.

- Bueno niña, ya está bien. Quítate el vestido antes de que lo estropees.
- No¡¡ Déjame un poquito más!!! Por favor – Sandy sabía que la habían pillado ensimismada riéndose y no podía dejar que pensasen que era feliz – Hace tanto tiempo que no me pongo una ropa digna de mí.
- ¿Digna de ti? O vamos, quítate ese vestido inmediatamente. Será insolente – La mujer hizo voz de enfadada, pero en el fondo estaba sonriendo.

Después de entregar el vestido, volvió a la cama y pasó el resto de la tarde fantaseando con la única idea que llenaba su mente. Huir¡¡

El tiempo se le hizo eterno, lo empleó bien en hacerse los arreglos que hacía tanto no hacía. Depilarse, pintar las uñas de los dedos de los pies y manos, arreglar las cejas. La mujer del vestido le había proporcionado todo lo necesario para que nuevamente fuese ella, Sandy. Llegó con el vestido y un bonito conjunto de ropa interior caro, en color azul como el vestido, con ribetes de blonda. Todo lo tenían muy bien calculado para que esa noche fuese la niña bonita que se rifarían viejos sin escrúpulos y ella también lo había meditado al milímetro. Debería disimular otra ropa bajo el vestido, formaba parte esencial del plan de fuga.

Una vez que se vistió, peinó y maquilló, notó que faltaba algo en su atuendo, pero no hizo falta llamar a la mujer que parecía estar al otro lado de la puerta leyéndole la mente. Abrió y dejó en el suelo unos hermosos zapatos azules, con el tacón justo para no parecer demasiado alta. Tocó la puerta con los nudillos y esta se abrió. El tipo que acompañaba a la mujer comenzó a babear y sus ojos bizquearon ante la belleza de Sandy. Se apartaron un poco para dejarla salir y enseguida vio a otras chicas que también iban saliendo de aquellos minúsculos cuartos, todas vestidas para la ocasión, todas relumbrantes y hermosas, todas atrapadas en aquel mundo cruel, secuestradas y privadas de toda libertad.

No sabía con seguridad el tiempo que había transcurrido desde que pisó por última vez algún lugar fuera de aquel recinto lleno de cuartos. Las condujeron por unos ascensores, dividiéndolas en dos grupos. En cada uno de ellos había cuatro chicas y dos “matones”. No llegaron a cruzarse con nadie y una vez fuera de los ascensores por los que habían

bajado tres pisos, las condujeron directamente a unas furgonetas negras con los cristales tan oscuros como la noche.

No tardaron más de media hora en llegar al hotel. En ese corto trayecto, intentaron hablar un poco entre ellas, para darse ánimos, para darse calor. Necesitaban tanto un poco de cariño que las lágrimas brotaron saladas y amargas. Se dieron los nombres, Sandy oyó a las otras dos compañeras, una de ellas se llamaba Estrella, era una chica de pelo castaño y ojos muy grandes. Y la otra menuda y morena se llamaba Isis.

Cuando oyeron al acompañante del conductor pegarles un grito, se dieron las manos y lloraron en silencio. La furgoneta fue la primera en entrar a los sótanos. Una vez allí, las invitaron a salir y las reunieron en un pequeño habitáculo. Barragán se encontraba dentro.

- Oh!!! - Exclamó – Cuanta belleza reunida. ¡Miraos! Sois las princesas de este cuento de hadas.

Sandy miró a las otras chicas, todas jóvenes también. Tenía una hermosa piel canela la más joven del grupo. La reconoció porque la había visto por la zona de su casa en alguna ocasión. La niña también la miró e intentó hablarle. Sandy desvió la mirada enseguida. Aquella niña le podía estropear todos los planes si no se andaba con cuidado. Debería estar atenta por si la niña se acercaba a ella, en el fondo sería lo lógico ya que en ese estado de terror se sentiría protegida con alguien mayor y además conocido, pero ella no podía, no debía permitirlo o nunca serían libres.

- Os lo advertí a cada una de vosotras cuando hablamos y os lo repito por última vez, nada de trampas. Nada de juegos sucios o “Armagedón” se dará un buen festín con cada una. Vamos a vigilaros de cerca. Es posible que vuestro acompañante no sea más que un señuelo por si sois capaces de decir algo. Si es así, me veré obligado a dejaros a merced de los deseos de “Armagedón” y sabed que lleva varios días que está solo y triste deseando encontrar algo de calor humano. ¿Está Claro? – Ninguna de las muchachas dijeron nada, se limitaron a asentir, muertas de miedo y recordando cada una de ellas, con el alma y el cuerpo rotos, el espantoso dolor de pasar un rato con la “bestia”.

Los hombres que habían estado con ellas todo el tiempo desde que salieron de los cuartos, las acompañaron por unas escaleras y comenzaron a distribuirlas dejando que cada una saliese por una puerta hacia las diferentes partes del hotel.

Sandy salió a través de una puerta hacía un pasillo, anduvo por él y se encontró en el vestíbulo. Por fin pudo ver algún ser humano que no fuese uno de los captores, pero como fiarse de quien era quien entre aquella multitud. Los ojos se le llenaron de lágrimas y tuvo que pararse un momento a recomponer su rostro. Detrás de ella, alguien asió su brazo y le susurró al oído.

- Ningún truco, puta, o lo pagarás muy caro.

Enseguida supo que se trataba de uno de los hombres de Barragán y que no iba a ser nada fácil llevar a cabo sus propósitos, pero, aun así, nadie la haría desistir, porque se jugaba todo en ello.

Se acercó a la barra que había en el vestíbulo y pidió una copa de champan a un camarero que no había dejado de mirarla desde que apareció, podría tratarse de un simple admirador o uno de los sicarios. Le sirvió la copa y ella se giró dándole la espalda y apoyándose en la barra. Estuvo así durante un rato, observando a las personas que deambulaban de un lado para otro. No sabía bien que debía hacer o esperar. No sabía si debía abordar a alguien o sería abordada. Estaba tan confusa que se encontraba perdida, totalmente perdida, inmóvil en una barra con una copa de champan.

Pablo observó por la ventana como iban llegando más autos. Continuó con el visionado del tipo de personas que había en aquella fiesta. Adultos y muy adultos, en traje y corbata, casual o simplemente en “blue jeans”. Hombres y mujeres que se acercaban a la barra y con una copa en la mano departían amablemente. También visualizó a unas chicas hermosas, vestidas con mucho estilo y que se encontraban “repartidas” por todo el vestíbulo. De entre todas ellas, se fijó en una muchacha rubia, que llevaba un bonito vestido azul y se encontraba apoyada en la barra. No tendría más de veinte o veinticinco pensó y ella también le miraba y sonreía. No estaba mal para poder hablar un poco y le comentase todo lo que se cocía en aquella fiesta.

Fue acercándose al lugar donde estaba la chica y justo cuando le separaban unos metros, llegó un tipo bajito, muy moreno que se le adelantó y agarrando a la chica por la cintura,

se la llevo hacía la salida del hotel, el lugar donde se encontraba el jardín. Bueno, pensó, tendré que estar solo otro rato más.

Necesitaba una oportunidad, pero como saber quién formaba parte de los hombres de Barragán y quien no. Comenzó a mirar alrededor desde su punto privilegiado en la barra. Nada interesante, un tipo bajito y moreno le había guiñado ya un par de veces el ojo. De pronto se fijó en un hombre que estaba cerca de una ventana, solo y con una media copa en la mano. Era atractivo y también la estaba mirando. No podía ser uno de los hombres de Barragán, era diferente a lo que normalmente se encontraba. De golpe recordó a Benjamín y sonrió.

El hombre continuaba mirándole y de repente comenzó a moverse hacia ella. Se puso tensa, nerviosa. Podría ser la oportunidad que esperaba. El destino no podía fallarle. Sin embargo, sí podía, era cruel y bastardo. Unos segundos antes de que estuviese a su lado el hombre de la ventana, apareció como caído del cielo un tipo bajito moreno y sin decir ni una palabra, la agarró por la cintura y la empujó hacia la salida. No pudo resistirse ya que hubiese sido peor, por lo que se fue con él, dejando atrás la que quizás sería una buena forma de salir de allí.

Los siguió durante unos instantes, pero finalmente desistió. Se alejaban a través del jardín y la fiesta comenzaría en breve dentro del hotel, así que se volvió y comenzó a andar por el vestíbulo. Algunos asistentes se colaron por una puerta que instantes antes estaba cerrada, por lo que dedujo que conduciría hacia alguna estancia en la que se realizarían actos. Se encaminó hacía la puerta y antes de franquearla, pudo ver a Magnolia que estaba situándose en una especie de atril junto a unos hombres trajeados.

Sobre el escenario, había una pancarta con una leyenda grande en color rojo “CONVENCION ANUAL DE LIDERES CARIBEÑOS”. Ahora entendía cuál era el objetivo del evento. Posiblemente una congregación de mandatarios afines al régimen de Castro. Pero ¿Cuál era el papel de Magnolia en esta reunión? Era una pregunta que no podría responder a menos que le dejasen asistir al acto o la propia magnolia se lo explicase. Con la intención de quedarse a escuchar, se fue entremezclando con las personas que accedían por la puerta abierta, pero enseguida vio a un hombre que estaba comprobando unos documentos que todo aquel que iba a entrar, mostraba. Pablo retrocedió entonces y al girarse se topó de bruces con una chica morena, de ojos grandes

y que al igual que la muchacha de azul que vio en la barra, estaba excesivamente arreglada, para ser solo una convención lo que allí había.

- Perdón – Se disculpó Pablo al tropezar con la chica.
- No, perdone usted. He sido muy patosa – y sonrió.
- Me he girado sin mirar si había alguien detrás. Me llamo Pablo – Le dijo extendiendo la mano.
- Yo soy Isis, como la diosa egipcia.
- ¿Isis? La verdad es que desde que he llegado a la isla, he encontrado bastantes nombres curiosos, incluso en el avión había una señora que se llama Magnolia, pero usted tiene el más original.
- Si, mi padre era un gran seguidor de la cultura egipcia, siempre que le dejaban, veía documentales o leía libros de los faraones. Perdona Pablo ¿me ha dicho que conoce a Magnolia? ¿La española que trabaja para una ONG?
- Bueno, ella me comentó que traía juguetes para los niños que no tenían y algunas cosas más como material escolar desde España. No recuerdo si me dijo que trabajaba para una ONG, pero la he visto aquí, dentro de la sala donde se celebra la reunión.
- Esa mujer tiene bastante poder en la isla. Se reúne con altos mandatarios y no es la primera vez que está en la mismísima casa de Fidel. Todo el mundo lo sabe, traer juguetes y otras “tonterías” desde España es una tapadera, esa mujer viene con cargamentos de otras cosas.
- ¿Qué cosas Isis?
- Ah¡No¡ yo no sé nada. Yo no hablo de aquello que desconozco señor. Usted es español también, debería saberlo
- ¿Por ser español? – Pablo sonrió ante el comentario algo inocente de la chica – No tiene nada que ver, debe haber muchos españoles.
- Si, pero ninguno en este hotel y precisamente hoy.

Se dio cuenta de que tenía razón. Él estaba allí esperando encontrar alguna pista que le llevase a las chicas secuestradas, pero que hacía allí una mujer que le había mentido en cuanto a sus propósitos reales y que además se codeaba con los dirigentes. Se lo tendría que preguntar a Salmerón.

- ¿Te puedo invitar a tomar algo Isis? – Era lo menos que podía hacer en aquella situación, por lo menos disfrutar de su compañía.
- Claro que sí. Quiero Champan – La muchacha no dejaba de mirar alrededor, cosa que estaba poniendo muy nervioso a Pablo – Y si quieres podemos salir al jardín.
- Bueno, no es mala idea. Debe haber algo importante en ese jardín porque antes he visto a otra chica que salía con un hombre.
- Es el jardín del hotel, las vistas son increíbles y además, es el paso directo a las habitaciones de forma más discreta – Isis agarró a Pablo por el brazo y le pellizcó, le miró y le hizo un guiño de ojos.
- Pues... habrá que ir a ver el caribe desde ese jardín. Si no es que te marchas con ese tipo que no te está quitando ojo desde el otro lado de la barra.

Isis se acercó más a Pablo, parecía que iba a besarle, sin embargo, se acercó a su cuello y le pidió que la ayudase, que el hombre que la vigilaba la tenía retenida. Pablo palideció, estaba junto a una de las chicas secuestradas o bien era un caso similar. Se dio la vuelta para que el hombre no le viese hablar y le preguntó a Isis si conocía a Sandy.

- Sandy era la chica que salió antes con el tipo bajito al jardín – Le dijo Isis de nuevo junto al oído y esta vez sí le besó en la mejilla para que nadie pudiese sospechar – Tenemos instrucciones de relacionarnos con los señores que han venido a esta reunión, espero seas uno de ellos o estaré muerta.
- No te preocupes, agarremos las copas y salgamos al jardín para poder hablar mejor.

Se separaron unos metros, Pablo se acercó a la barra en busca del champan e Isis se quedó quieta, esperando que regresara y mirando hacia la puerta del jardín por donde pasaba la oportunidad de salir de allí. No se dio cuenta de nada porque todo ocurrió muy deprisa. El hombre que la vigilaba hizo una señal a uno de los camareros que andaban repartiendo copas de champan y canapés a los pocos invitados que aún quedaban en el vestíbulo. El camarero se acercó a Isis y la agarró con fuerza de un brazo, alejándola de la zona donde se encontraba Pablo. La chica giró la cabeza buscando su mirada, pero él estaba de espaldas solicitando la bebida. En tan solo unos segundos, Isis se había esfumado por una puerta apenas perceptible que se encontraba en uno de los laterales. Cuando Pablo se giró con las copas en las manos, ya no había ni rastro de la chica.

Decidió que lo más sensato era desaparecer él también antes de que fuese peligroso. Dejó las copas en la barra y se encaminó hacia la puerta de salida, aligeró el paso y justo unos metros antes de llegar, se lo cortaba un hombre grande, trajeado y con cara de pocos amigos.

- ¿Dónde va el señor?
- Es...que.... He de salir a recoger una cosa de mi hotel – mintió Pablo con poca confianza de que fuese creíble.
- ¿No se espera a que se hagan los discursos?
- La verdad es que me gustaría mucho, pero ya le digo que he de ir urgentemente a mi hotel.
- Está bien.... Ándese con mucho cuidado. La Habana puede ser muy peligrosa Señor – Dejó caer esta última palabra, como si quiera deslizarla por el suelo.

Pablo se sintió liberado al salir de aquella ratonera llena de enigmas. Cruzó el jardín y la gran puerta de la entrada. Se sintió a salvo, aunque aún no sabía bien lo que hacer, ya conocía la cara de Sandy, había hablado con una de las chicas secuestradas, pero ¿cómo podrían liberarlas? Sí se paseaban tranquilamente por el hotel, ¿Cómo es que nadie las reconocía y las ayudaba? O quizás todo era una trama tan bien organizada que todo el mundo está informado de ello. Sabía que debería informar a Salmerón cuanto antes, pero debía ir con mucha cautela, quizás le siguiesen desde el hotel. Decidió dar primero una vuelta para asegurarse y después llamaría al comisario desde su propia habitación. Aun había una duda importante que no le dejaba pensar con claridad, ¿Qué papel jugaba Magnolia en toda la trama?

Justo en el momento que iba a saludar al hombre que la miraba desde hacía un tiempo, la agarraron por la cintura. Sintió la fuerza de aquella mano que llegó a hacerle daño por momentos. La empujó hacia el jardín y la hizo pasar por una estrecha puerta que daba a un pasillo. Se pararon a medio camino entre la puerta por la cual habían entrado y una escalera que se podía ver desde donde se encontraban. El hombre le habló despacio, con un acento portugués, quizás brasileño, ella no era muy buena descubriendo idiomas. Mientras le hablaba, no dejaba de acariciarle los hombros, como en una especie de masaje incontrolado. Sandy se sentía muy asustada, no sabía que estaba ocurriendo, aunque lo podía intuir perfectamente.

- Quiero ir a un cuarto con você.

- ¿Quién es usted?
- No te preocupes, ya he hablado con uno de tus “jefes”, está todo solucionado.
- Pero... pero... yo... yo no quiero ir – Sandy comenzó a gemir al mismo tiempo que sentía una extraordinaria repulsión por aquel individuo.
- Lo siento menina, no puedes negarte, he pagado una importante suma por estar contigo – El hombre estaba realmente “acelerado”. Se notaba cuanto deseaba estar con Sandy y no tan solo por la sonrisa babeante que exhibía en todo momento – así que sé buena y el tío Paulo te hará muy felis.

La situación se volvió crítica cuando el llamado Paulo intentó besar a Sandy en la boca. Ella rechazó la boca del hombre y en ese momento sintió como si su cabeza estallara. Fue la primera de las muchas bofetadas que le esperaba aquella tarde. El llamado Paulo no se conformó con horas de sexo, vicioso y delirante sexo. Necesitaba más. El pequeño cuerpo del hombre parecía mayor a cada minuto que pasaba. Tomó el control de la situación desde el primer golpe y esto asustó a Sandy ya que si lo seguía rechazando las consecuencias podían ser terribles, pero debía hacer algo. Si se mantenía pasiva, inmóvil y asustada nunca recuperaría la libertad.

Tomó una decisión, era arriesgada, pero era la única que se le ocurrió. Dejaría que el asqueroso tipo se cansara y después se iría con la ropa que llevaba puesta bajo el vestido. Cuando quería, sabía saciar a un hombre y vaciarlo rápido. Le dejó hacer, Paulo quería sexo duro y Sandy juró por su madre que lo iba a tener.

Después de las primeras bofetadas y algún empujón hacia la cama, ella empezó a darle pequeños mordiscos que encendieron al sádico que Paulo llevaba dentro. Mientras la penetraba salvajemente con un miembro desproporcionado para el tamaño del hombre, Sandy le arañó con todas sus fuerzas en la encorvada espalda. Aulló de placer al notar las uñas arrancar pequeñas láminas de piel que enseguida se convirtieron en diminutos surcos de sangre. Siguió a este acto, un puñetazo del hombre que ella supo esquivar y que por poco le cierra un ojo.

Sandy notó como terminaba espasmódicamente dentro de ella y como caía exhausto como un cojín.

- Voy al baño.
- Eso es puta, ve a lavarte porque esto solo comenzou.

Se lo tomó con calma, necesitaba que se adormeciera un poco para poder llevar a cabo el plan. Utilizó el baño por si el hombre entraba de pronto la viese en una actitud creíble. Dejó pasar unos instantes, fueron interminables. Después de hacer todo el ruido que pudo con el desagüe del baño, comenzó a lavarse las manos, despacio, con una tremenda parsimonia que hubiese exasperado a cualquiera que estuviese esperando el turno de entrada.

Asomó la cabeza por la puerta y vio al individuo tendido boca abajo en la cama. La forma pausada en la que respiraba denotaba que estaba adormilado. Sandy localizó su ropa en el suelo y se acercó gateando para recogerla. Una vez agarró la ropa, volvió al baño para vestirse lo más rápidamente que pudo. Ni siquiera se colocó los zapatos, no era cuestión de perder un segundo.

Cerró la puerta y se dirigió de nuevo a gatas hacia la penúltima valla de la infinita carrera de obstáculos que estaba corriendo. Cuando entrecerró la puerta tras de sí, un pequeño mareo la obligó a detenerse unos instantes. Sabía que el corazón le latía a la máxima velocidad permitida y también que eso ocasionaba con total seguridad un aumento de su presión arterial, pero no iba a caer aquí. Atrás quedaba una celda, un torturador, unos criminales sin escrúpulos que no dudarían en matarla si fallaba. Quedaba una habitación con olor a sexo, podredumbre, dolor y lágrimas con un ser despiadado tirado sobre un lecho de terror.

Pablo estuvo dando vueltas durante una hora antes de llegar al hotel. En cada esquina, se detenía y prestaba atención a todos los sonidos que pudiese captar, pájaros, coches, murmullos tras las verjas de gente departiendo sentados en un porche, motocicletas. Era importante por si de pronto oía algo tras de sí.

Cuando estuvo seguro de que nada de ello representaba un peligro, enfiló la última calle hasta el hotel y una vez dentro, se dejó caer sobre el sofá del vestíbulo como si hubiese corrido una maratón.

Nora se encontraba de guardia y le preguntó si estaba bien. Pablo contestó con un simple monosílabo y se encaminó escaleras arriba hacia su habitación. Sabía que no había tiempo que perder.

- Hola. ¿Comisario?

- Sí, soy yo, Salmerón. Dime Pablo – El comisario había reconocido la voz de inmediato.
- Tengo noticias. He estado en el hotel *Principal*, en la inauguración nacional de líderes caribeños.
- ¿Pero que me estás contando insensato? Te advertí muy seriamente que no salieras por ahí.
- Pero es imposible abstraerse a todo lo que ocurre comisario. Ahora escúcheme bien, las he visto. He visto a Sandy y las otras chicas deambulando por el hotel.
- Eso es imposible. Has debido equivocarte.
- Le digo que no. Incluso he podido hablar con una de ellas. Están todas allí. Se lo aseguro.
- Está bien, tranquilízate. Voy a hacer una cosa. Colgaré, haré unas llamadas y te diré si las personas que crees son las mujeres desaparecidas, están en el hotel. Ahora hazme caso y quédate donde estás por favor.
- Son ellas comisario, créame. Van vestidas de forma totalmente llamativa, es decir, fuera de lugar para un evento como el que se celebra. Hay tipos que las vigilan e incluso una de ellas me llegó a susurrar que la ayudase a salir de aquel lugar y se la llevaron de forma inmediata. Salmerón, es nuestra oportunidad.
- De acuerdo Pablo, déjame a mí que sea quien realice las averiguaciones. Estamos en vía muerta y cualquier pista nos puede ayudar. Voy a hacer unas llamadas como te dije.
- Está bien. Estaré esperando – Pablo pensó que le daría unos minutos pasados los cuales volvería a llamarle si no obtenía respuesta.

Se dejó caer en la cama, estaba vencido por el cansancio y el estrés. Su mente dibujaba una y otra vez la cara de Sandy y de Isis, como si estuviesen fijadas en la vieja pared desconchada de la habitación. Sandy lo miraba dulcemente, con una sonrisa angelical. Le intentó hablar, pero de su boca solo salía un sonido extraño, como un pitido. Abría la boca una y otra vez y solo podía escuchar el pitido, aunque más bien parecía un silbido. Sí, realmente le estaba emitiendo un silbido. Pablo quiso ir hacia ella, pegada como estaba en la pared junto a Isis, pero no podía andar. Lo intentó, necesitaba llegar a la chica que le silbaba y cuando ya pareció que se movía, notó un dolor en la espalda que hizo que despertase de golpe. No sabía el tiempo que estuvo durmiendo, pero esa acción de acercarse a la chica se correspondió con una caída de la cama.

Miró el teléfono y recordó que estaba esperando la llamada del comisario cuando se quedó dormido, por lo tanto, no debió llamar. O quizás fue el silbido de Sandy el sonido del teléfono.

Llamó a Nora y le preguntó si había llamado alguien preguntando por él, Nora le comentó que directamente a ella no le había llamado nadie, pero si había oído sonar el teléfono de su habitación.

Pablo dio un brinco en la cama y salió rápidamente del cuarto. En seguida relacionó los silbidos de Sandy y el tono del teléfono así que en lugar de volver a llamar a Salmerón prefirió salir disparado hasta la comisaría, donde quizás se estuviese organizando ya el capítulo final de esta horrible obra.

Salir del hotel había sido más sencillo de lo que ella misma había pensado. Salió por una puerta lateral que daba directamente a la calle, no se lo podía creer. Aunque no conocía los pasillos y las puertas que tenía que ir abriendo, parecía como si un hada madrina la guiase hasta aquella salida.

Se quedó durante unos instantes literalmente pegada a la pared. Una superficie blanca y suave que en aquellas circunstancias a Sandy le pareció la más bella que hubiese visto nunca. Miró hacia los lados y no vio a nadie por los alrededores así que anduvo hacia una calle también desierta, excepto por un par de gatos que correteaban juguetones.

No recordaba haber estado nunca por aquella zona de la isla, si bien, reconoció al instante la imponente mole del hotel Principal, por lo tanto, podía orientarse bien aunque desconociese todas aquellas calles, sabía que el mar estaba tras el hotel y ella debía dirigirse en dirección contraria.

Cruzó un parque y caminó sin dudar por una avenida que estaba bastante concurrida, el mezclarse con más personas le daba la sensación de invisibilidad y suponía que en esos minutos que habían pasado desde su fuga, ya la estarían buscando por toda La Habana por lo que más necesitaba en ese momento era ser invisible.

Paró unos segundos frente a uno de los pocos cafés que había en aquella avenida. Se vio reflejada en el escaparate y este le devolvió la imagen de una mujer vieja que nada tenía que ver con la joven hermosa que había sido solo unos meses antes. Como podía influir el estado de ánimo tanto en la apariencia externa se preguntó. Cuando se vistió y arregló

en la celda, se encontró bonita, pero después de la experiencia cruel y sádica con el portugués, volvió a envejecer en unos minutos decenas de años.

Se fijó en un hombre que pasaba justo en ese momento por el otro lado, le resultó conocida aquella persona, aunque no sabía bien de que, quizás fuese uno de los hombres que la andaban buscando y lo hubiese visto en el hotel. Debía extremar la seguridad así que decidió no fijar más su mirada en aquel hombre que estaba parado observándola y seguir caminando sin saber muy bien hacia donde, pero con el único propósito de alejarse lo máximo de las inmediaciones del hotel.

Pablo debía cruzar la avenida para llegar a la comisaría. A esas horas estaba bastante concurrida así que le costaba hacerse un hueco entre las personas que se movían por la amplia acera. Al final de la avenida se encontraba el memorial a José Martí, donde se ubica la torre y estatua al héroe revolucionario. Por lo tanto, además de los transeúntes habituales que cruzan La Habana de un lugar a otro, también se encontraba con turistas que solos o en bulliciosos grupos se dirigían a la plaza.

Los coches bajaban despacio, Pablo seguía impresionado y se preguntaba cómo podían moverse aquellas máquinas viejas, destartalada y que, en muchos casos, parecía que en cualquier bache de la vía iban a perder la mitad de sus oxidados hierros. Precisamente miraba un Buick del 55 azul marino, con su hilera de dientes y los ojos saltones cuando le pareció ver en la acera contraria a Sandy, o por lo menos una chica que se le parecía mucho. Estaba parada frente al escaparate de un viejo café. Aquella chica que se parecía tanto a Sandy comenzó a moverse con prisa entre la gente y Pablo pensó que quizás ella también lo había reconocido, aunque solo se habían visto una única vez en el vestíbulo del hotel.

Decididamente nada perdía en abordar a la chica y simplemente si no era ella, continuar su camino hacia la comisaría, por lo que, dispuesto, pasó entre un par de coches y cruzó la avenida. Se encaminó por la parte donde la chica había subido y al poco la vio girar hacia la entrada de un parque, apresuró el paso para evitar perderla, giró en la misma dirección que ella y poco a poco se fue acercando al parque que circunvalaba el monumento a José Martí se la encontró de frente, salió de unos árboles y se paró frente a él.

Sandy no quiso mirar hacia atrás, aunque por los escaparates vio como aquel hombre cruzaba la avenida y comenzaba a seguir sus pasos. Subió deprisa por la avenida hacia la plaza con la estatua de Jose Martí y decidió girar para adentrarse en un parque cercano. Desde allí y agazapada entre unos árboles lo vio llegar. Definitivamente era el tipo del hotel y Sandy creyó que, si el destino lo había puesto dos veces en su camino, debía al menos saber quién era y cuáles eran sus intenciones, así que decidió enfrentarse a él.

- Muy bien. ¿Puede decirme por qué diablos me sigue?
- Hola, me llamo Pablo. Creo que usted es Sandy – La chica quedó petrificada al oír su propio nombre – y la llevo buscando desde hace... ¿Un siglo?
- ¿Perdón? ¿Quién es usted? ¿Cómo sabe mi nombre? ¿Qué quiere decir con buscándome desde hace un siglo?
- Tranquila, le responderé a todas sus preguntas, pero en un sitio más apartado. Tengo la certeza de que a los dos nos siguen.
- Perdone, el único que me seguía precisamente a mí era usted.
- Sandy, estamos en peligro, especialmente usted. Ha de confiar en mí.
- ¿Por qué debería hacerlo? Aún no sé ni quién es.
- Está bien. Me llamo Pablo Vetti. Vengo desde España. Llevo aquí desde hace más o menos dos meses y llegué buscándote – Pablo tuteó a la chica para ser más cercano e intentar disipar las dudas de ella – Creo que esto es tuyo.

Pablo sacó de su bolsillo la carta que había encontrado en la chaqueta del traje de la tintorería y que iba dirigida a Benjamín. Sandy cogió la carta y enseguida comenzó a temblar.

- ¿Entiendes ahora por qué debemos ir a un lugar más seguro? La chica no reaccionaba, simplemente temblaba.

La agarró de un brazo suavemente. Ella se dejó llevar como si de un muñeco de trapo se tratara y no opuso la más mínima resistencia. Continuó junto a él y fueron recorriendo calles en silencio, como dos autómatas hasta que llegaron al hotel. Durante el trayecto, Pablo fue pensando en cuales serían los siguientes pasos. Ya había encontrado a Sandy, pero aún quedaba mucho por resolver. Estaba absolutamente convencido de que les estaban buscando y no era precisamente para obsequiarles con una fiesta. Debería avisar a Salmerón para que fuese el comisario quien hablase con la chica, pero, antes que nada,

debería esconder a Sandy en un lugar seguro y su habitación, era en estos momentos el mejor fortín de la isla.

Esta vez estaba Mirian tras la mesa grande de recepción. Los vio entrar y no pudo decir nada. Se quedó petrificada al ver entrar a Pablo cogido de la mano de Sandy. Ella no la reconoció, pero supo quién era cuando percibió el brillo de emoción de los ojos del español al cruzar sus miradas. Subieron a la habitación y la ayudó a sentarse en la silla que se encontraba en el rincón de la habitación, inerte desde que llegó, sin uso alguno y sin vida.

- Sandy. Esta carta la encontré en una chaqueta que por error me entregaron en la tintorería. Ahora sé que iba destinada a otro hombre, Benjamín. No sabía qué hacer, pude sentir la angustia con la que estaba escrita, el dolor que se leía en cada sílaba y finalmente decidí venir. He tenido todo tipo de problemas en esta aventura – La chica se encontraba aún en estado de shock. No parecía creer nada de lo que le contaba.

Estuvo durante un rato relatando las peripecias que había vivido hasta encontrarla y le tranquilizó ver que Sandy poco a poco se encontraba mejor, más relajada, más tranquila.

Le pidió que se acostase en la cama a descansar mientras él iría a ver al comisario para contarle todo lo sucedido. Sandy asintió y le dijo que se echaría en la cama después de darse una ducha, necesitaba sentir caer el agua por todo su cuerpo, hacía tanto tiempo que no sentía el agua libre de una ducha acariciar su piel que deseaba cuanto antes entrar en aquel minúsculo baño. Pablo la dejó dentro de la habitación con la promesa por parte de ella de no abrir a nadie ni salir a parte alguna. Pablo se apoyó en la puerta cerrada, suspiró hondo y sintió que se acercaba la hora de ir a ver a Salmerón y hacer que actuasen de una vez. Ahora no podría nadie decir que todo era una invención o una fantasía de un loco. Sandy estaba en su habitación, se había escapado y podría decir donde estaban las otras chicas.

Antes de llegar al final de la escalera, se encontró con Mirian apoyada en ella. Seguramente escuchó cerrarse la puerta de la habitación.

- ¿Qué estás haciendo? – Los ojos de la chica estaban llenos de ira - ¿Sabes lo que puede pasar si averiguan que ella está aquí?

- Mirian no podemos dejarla sola vagando por La Habana, seguro que la están buscando. Corre peligro.
- Pero ¿Cómo la encontraste? ¿Dónde?
- ¿Recuerdas la fiesta donde me dijiste que fuese a divertirme? Pues estaba llena de personas relevantes de la isla, gente de mucha importancia y supongo que como medio de distracción y entretenimiento les obsequiaban con la compañía de Sandy y otras chicas que estoy seguro estaban junto a ella secuestradas. Ahora he de avisar al comisario sin perder tiempo.
- ¿Estás loco? Si la buscan a ella quien dice que no relacionan su huida contigo y te están buscando también – Pablo ya había pensado en ello – Será mejor que llamemos desde aquí.
- Creo que tienes razón Mirian.

Pablo se encaminó hacía el mostrador del hotel, pero fue la propia empleada quien entró y descolgó el teléfono. Marcó el número de la comisaría y le pidió a Salmerón que fuese hacia allí lo más urgentemente posible.

- ¿Qué piensas hacer Pablo? Te voy conociendo y creo que no vas a hacer caso a Salmerón. Este ya no es un asunto tuyo, ella está aquí y pronto podrá volverá a su vida.
- ¿En serio crees eso Mirian? He de ayudar a encontrar a esa gentuza y que suelten al resto de chicas. Las he visto, su mirada transmitía miedo, terror. Están secuestradas y cuando se enteren de que Sandy se ha fugado no quiero pensar que harán con ellas como escarmiento.
- En eso tienes razón – Mirian bajó la mirada al suelo y su semblante se oscureció – No quiero pensar por lo que habrá pasado ella y lo que les puede pasar al resto, pero tú no debes arriesgarte, prométemelo;¡

En ese momento la mano temblorosa de Mirian agarraba el brazo de Pablo. Podía sentir correr el temor por cada uno de sus músculos y él también lo sentía hasta casi paralizarle.

AHHHHHHHHH¡¡¡ El grito era desgarrador y provenía de la habitación de Pablo. Fue Mirian la primera que empezó a subir la escalera, apresurada en una loca carrera, subiendo los escalones de dos en dos. Detrás Pablo igualmente subía a toda prisa.

AHHHHH; De nuevo otro grito, era de Sandy. Al oírse el alarido de miedo de la chica, acudió también el gerente al vestíbulo para ver que estaba ocurriendo y una puerta del piso superior se abrió, saliendo por ella la mirada curiosa de uno de los turistas alojados ese día en el hotel.

Mirian tocó la puerta con fuerza. Uno... dos... hasta tres golpes.

- ¡Abre la puerta! ¿Qué ocurre? – Gritaba Mirian desde el descansillo.
- Espera Mirian, aquí tengo mi llave – grito Pablo también.

Accionó la llave y abrió casi empujando la puerta como para derribarla. Entraron a la vez y encontraron a Sandy en el suelo del baño, enroscada en sí misma, desnuda y temblando. Mientras Mirian la cubría con una toalla, Pablo revisaba la habitación donde todo aparentaba estar en orden.

- Tranquila, ya ha pasado – Mirian acariciaba los cabellos de la chica con una gran ternura – La besó en la frente y la acurrucó junto a su pecho.
- ¿Qué ha pasado Sandy? ¿Alguien ha entrado en la habitación?
- Tranquilo Pablo, es una crisis de nervios o de pánico. Sandy ha debido pasar por un gran tormento y lo ha estado expulsando de su interior. Si te parece, baja a esperar al comisario, yo me quedaré con ella.
- Si... Claro – Estaba perplejo de su propia estupidez y no haberse dado cuenta de la situación.

Cuando llegó al vestíbulo se encontró al gerente alterado y a un grupo de clientes arremolinados en torno suyo.

- ¿Qué demonios está pasando señor Vetti?
- Es una larga historia que quizás el comisario Salmerón sea el más indicado en contarle.
- ¿El comisario? ¿Está usted loco? – Era la segunda vez que se lo decían en un breve espacio de tiempo, quizás tuviesen razón
- Sí. He bajado a esperar y supongo que ya no tardará.
- ¿Quién hay en su habitación? ¿Qué han sido esos gritos? Por el amor de una madre, parecía que estuvieran sacrificando a alguien ¿Y Mirian?

- Arriba hay una persona muy importante para el comisario, Mirian está con ella. No se preocupe, no ha pasado nada, la chica no se encuentra muy bien.
- ¿Ella? ¿La chica? ¿Qué chica? – La cara del gerente en ese momento pasó de roja a blanca.
- Ya le he dicho que es un asunto que lleva directamente al comisario.
- Mire señor Vetti, este es mi hotel y todo lo que ocurre en él no es asunto del comisario, ni de usted. ¡Es asunto mío! ¿Está claro? Así que ya está informándome de todo lo que ocurre y más tarde hablaré con Mirian y Nora a ver que saben ellas y que se me ha estado ocultando.

Iba a reprochar Pablo cuando se abrió la puerta del hotel y apareció la imponente figura de Salmerón. El gerente y Pablo se abalanzaron sobre él de forma inmediata.

Antes de que pudiesen decir una palabra, el comisario levantó el brazo.

- Señores, necesito hablar con el señor Vetti. A solas – dijo mirando fijamente al gerente.
- Si señor comisario – mansamente el gerente les abrió la puerta de una pequeña sala tras el mostrador – Pueden pasar por aquí.

Entraron en la sala el comisario y Pablo. El gerente cerró la puerta y dispersó a los otros huéspedes del vestíbulo

- Vamos a ver Pablo. Me ha llamado Mirian diciendo que Sandy, una de las chicas que estaban secuestradas se encuentra aquí en el hotel.
- Comisario... verá yo fui
- ¿No quedó claro que tú no ibas a parte alguna? – Salmerón estaba rojo de ira y Pablo en ese momento era el ser humano más pequeño del mundo.
- Comisario, al ver que no me llamabas, fui hacia la comisaría a hablar contigo y en el camino la encontré deambulando por la calle. Conozco el riesgo que corre y por ello la traje aquí.
- Pero no es ella sola la que corre un gran riesgo, tú también y es por ello por lo que no debes salir por La Habana. ¿No lo entiendes?
- Si comisario, claro que lo entiendo y precisamente eso es lo que me hace ser imprudente, la necesidad de que esto acabe cuanto antes.

- Está bien, vamos a subir a hablar con la chica, yo pregunto y tu solo acompañas. ¿Queda claro? Por cierto, hay algo que debes saber, Magnolia, tu compatriota, trabaja con nosotros – La cara de Pablo palideció – sí, reconozco que debía habértelo dicho antes, pero es parte del operativo y si te lo digo es porque no quiero que vuelvas a liarla cuando la veas. Magnolia hace unos años que nos ayuda a identificar el turismo sexual que viene desde España y a controlarlo en lo que podemos.
- Pero... ella me dijo... juguetes.
- Por supuesto en cada viaje aprovecha para traer mercancías que aquí no se encuentra fácilmente, pero has de saber que en cada vuelo desde España viene mezclado con el pasaje turista una serie de tipos que solo pretenden estar con chicas jóvenes, y si es posible con niñas y niños, estos son sus objetivos. Detectarlos antes de que lleguen y pasarnos la información en el aeropuerto.
- Pero, en este caso, la manzana podrida ya está en el cesto, no la han de traer.
- Pablo, las manzanas podridas, pudren al resto del cesto, da igual si están en él o son introducidas desde fuera.
- Muy bien, ¿Qué quiere que haga?
- Bueno, tú has estado con las chicas, has visto a alguna de ellas y los hombres que las controlaban. Sería interesante compartieses esa información con Magnolia para contrastar los datos con los que ella tiene. Le he dicho que venga aquí cuando pueda, así que estate atento a su llegada.
- Muy bien comisario – Pablo sintió que por fin iba a poder ayudar en algo concreto y provechoso.

Cuando entraron en el cuarto, Mirian había ayudado a Sandy a vestirse y ambas estaban sentadas en la cama. Salmerón le hizo un gesto cariñoso a Mirian y esta entendió que debía salir. Sandy le agarró la mano y ella le acarició el cabello y le susurró al oído algo que no pudieron escuchar pero que calmó definitivamente a la chica.

Cuando hubo salido Mirian, Salmerón ocupó su lugar junto a Sandy.

- Hola Sandy. Soy el comisario Salmerón. Necesito que me cuentes todo lo que recuerdes desde el día en que saliste de casa.
- Verá comisario, hay zonas que están muy confusas.

- Lo entiendo, y si no quieres hablar de hechos concretos que te causen dolor lo entenderé, pero necesito datos de tus captores, donde te han tenido, cuantos eran, en fin, todo lo que vayas recordando. Nos llevará un tiempo, pero es necesario que te esfuerces, recuerda que hay otras chicas que aún siguen en manos de esas personas.
- No son personas comisario, son bestias... Me han violado, golpeado y ultrajado. – Sandy comenzó a llorar y Salmerón suspiró sabiendo que el trabajo sería duro.
- Pablo, ve a buscar a Mirian. Dile que la llamo yo y espera abajo a que llegue Magnolia por favor. Sandy no está en condiciones de hablar en estos momentos y debemos esperar, necesito esa información.
- Perdone comisario – intervino Sandy con una voz que parecía salir del fondo de una cueva – Antes he creído que uno de ellos estaba en la habitación, por eso grité. Los veo por todas partes y por favor no me dejen sola.
- No te preocupes, no te vamos a dejar sola. Ahora vendrá Mirian y estará contigo hasta que estés en condiciones de contármelo todo.

A Pablo no le gustó en absoluto la idea de salir del cuarto y no escuchar lo que tenía que contar la chica, pero por ahora, era mejor no enojar más a Salmerón. Encontró a Mirian hablando con el encargado.

- Mirian. El comisario quiere que subas.
- ¿Yo? ¿Para qué? – La chica miró al encargado con expresión de no entender por qué Salmerón necesitaría que ella le acompañase.
- Creo que es para que le ayudes con Sandy. Se encuentra en estado de shock y será mejor que tu estés con ella.
- ¡Ah! – Suspiró aliviada – ¿Entonces puede quedarse usted en el vestíbulo? – preguntó al encargado.
- Por supuesto. No es cuestión de desobedecer a la policía – Sonrió a Pablo al hacer el comentario.

Cuando se quedaron solos, el encargado se acercó y le comentó en tono bajito, como si se tratase de una confidencia a Pablo que personalmente creía que todo lo que le pasaba a la chica era que el novio la habría maltratado por algún asunto de celos. Pablo lo miró de forma despectiva y lo mandó directamente detrás del mostrador mientras él fue a sentarse en la silla de costumbre a esperar a Magnolia. Al cabo de un rato se abrió la

puerta del hotel, Pablo se levantó y se acercó a ella. Se abrió espacio y entró un hombre corpulento y justo detrás de él entró Magnolia. Venía con un semblante serio, en nada se parecía a la persona entrañable y dicharachera que le acompañó en el vuelo desde Madrid. El fornido, se colocó justo en la entrada, sin lugar a duda era un guardaespaldas que Salmerón le había colocado a Magnolia. Ella, se acercó a Pablo y buscó una silla donde sentarse cerca de él. Una vez ambos sentados, comenzó a hablar en un tono bajo, como de confesionario, no le interesaba que nadie pudiese oír lo que tenía que contarle.

Comenzó por contar que, en el primer viaje a Cuba, en el asiento contiguo al suyo, se sentaban dos señores ya mayores, no aparentaban ser pobres precisamente, aunque ella había encontrado a lo largo de su vida muchas personas que aparentaban lo que no eran y por lo tanto hacía años que dejó de prejuzgar a nadie por su apariencia. Lo que le dejó atónita fue la conversación que mantuvieron parte del largo viaje. El juego que se proponían hacer consistía en una apuesta sobre cuál de los dos se acostaba con más mujeres, tenía más puntos aquel que consiguiese que la chica fuese más joven. La prueba de cada uno de sus éxitos era portar la ropa interior de la chica.

Magnolia no supo que hacer. Podía denunciarlo a la tripulación, pero se preguntó cuántos de ellos no estarían pagados por personajes asquerosos como aquellos dos individuos. Podía denunciar a las autoridades y el dilema era el mismo. Finalmente se decidió por no decir nada y seguir a los dos personajes para saber dónde se hospedaban e intentar hacer algo, aunque no sabía bien el qué.

Ese primer viaje y la experiencia vivida la marcó profundamente. En la estancia, a través de colaboradores de una ONG española, pudo explicar lo que había oído en el avión y comentar donde se hospedaban los dos hombres, aunque desgraciadamente le informaron que aquella no era una práctica aislada y que si alguien podía ayudarle ese tenía que ser el comisario Salmerón ya que es un policía con unos principios sólidos e inquebrantables y perseguía de forma tenaz a los viajeros de turismo sexual.

Fue así como lo conoció y empezó su tarea de descubrir desde España a los viciosos cuyo único objetivo eran las chicas y chicos de la isla.

Había tenido suerte en algunas ocasiones y pudieron atrapar a más de uno, pero no era un éxito rotundo ya que, desde dentro, las mafias también trabajaban para evitar

precisamente que el dinero, una gran cantidad de dinero, conseguido con la prostitución de menores se perdiese.

Llegados a este punto, Pablo preguntó a Magnolia por la banda que había secuestrado a Sandy y las demás chicas. Magnolia informó que, aunque llevaban tiempo sospechando que dentro de La Habana se movía una red, nunca imaginaron que estuviesen actuando y mucho menos en las mismas narices de toda la policía. Ella quedó aterrada cuando vio en el hotel a las chicas, dispuestas como en un escaparate y controladas sin que nadie se hubiese percatado antes. La infraestructura debía ser perfecta ya que en un instante desaparecieron todas las chicas y ahora sí sabía el motivo.

- Pablo. Ahora ya sabes toda la verdad. Esta gente no son los turistas que podemos detectar en Madrid y que vienen a disfrutar de un turismo terrible. Esto es una banda organizada con muy buenos enlaces dentro de la isla.
- Magnolia, vine con el fin de saber por qué corría peligro Sandy y como poder ayudarla. En un principio creí que era cosa de Adriana y la santería y después sin quererlo encontré que se trata de una banda criminal organizada. Ya que he llegado hasta aquí, no quiero volver a casa sin estar seguro de que todo se resuelve bien.
- Te aconsejé que no metieras las narices porque es muy peligroso. Ahora te lo vuelvo a decir como una amiga, deja ya este tema y vuelve a tu casa, con tu familia.
- No – Pablo habló de forma rotunda – No lo haré.
- Está bien. El comisario me ha traído aquí para convencerte, pero ya le dije que sería imposible. Él me contó lo que estabas haciendo y te aseguro que no podía creerle. Solo te he de pedir que no interfieras en el trabajo de Salmerón. Es un hombre muy disciplinado y sigue sus propias normas y una de ellas es trabajar solo. En todo caso, quédate en el hotel y espera a que todo termine.
- No te lo puedo prometer.

Dicho esto, se levantó y dio por finalizada la charla con Magnolia. Ella se levantó también y se acercó al gerente para comentar algo. Pablo no sabía bien que hacer, aunque lo más sensato era esperar a que bajase el comisario y Mirian. Así que volvió a sentarse a la espera. Pasaron unos largos minutos y se oyó la puerta de la habitación abrirse, Salmerón salió por ella y bajó las escaleras hasta el vestíbulo.

- Magno – Dijo mirando directamente a Magnolia – Será mejor que me acompañes, tenemos mucho que hacer. En cuanto a ti, Pablo. Te ruego que cuides de esa chica, está bastante aturdida y va a necesitar de mucha ayuda – Miró al gerente del hotel también y le dio instrucciones – Mirian se ha de quedar con la chica, así que mejor llama a Nora o cualquier otra persona para que se cuide de la recepción.
- De acuerdo comisario – respondió Pablo.
- Como no – contestó el gerente.
- Gracias por entenderlo, a los dos. Van a ser días duros para todos.

Acto seguido ambos salieron del hotel acompañados por el fornido guardaespaldas de Magnolia. Pablo subió a la habitación para hacer lo que le había ordenado Salmerón. Al entrar, se encontró a Sandy tendida en la cama, medio adormilada y a Mirian sentada en la silla.

- ¿Qué ha ocurrido? – Preguntó Pablo.
- Bueno, han estado hablando un rato. Sandy está muy confusa y es muy normal después de todo lo que ha contado. Tengo mucho miedo, no creo que pueda salir del hotel hasta que todo esto se acabe. Ha contado cosas increíbles y que duelen de solo oírlas.
- Mirian, yo no puedo quedarme cruzado de brazos. Magnolia me ha sermoneado y me han pedido ella y el comisario que me quede en esta habitación, pero es imposible estar aquí cuando ahí fuera hay más personas secuestradas y en peligro.
- Pablo, no puedo retenerte, ni debo. Solo quiero decirte que son gente sin escrúpulos, que no van a tener piedad.
- Cuéntame por favor que ha dicho Sandy. Donde podría ir, si es que ella ha recordado algo.
- Sus recuerdos sobre donde la tenían secuestrada son muy vagos, solo una habitación pequeña, un pasillo largo y todo muy aislado, no se percibía ruido exterior. Ha contado cosas que son irreproducibles y que no es necesario que sepas. En cuanto a donde ha estado, solo desea olvidar cuanto antes.
- Podría ser un hotel. O los bajos de un edificio.

- Eso mismo piensa Salmerón. También ha hablado de cuando la llevaron al hotel *Principal*, bajaron al menos tres pisos en ascensor, una media hora en furgoneta y todas con cristales tintados.
- ¿Les dejaron ver los vehículos y como iban hasta el hotel? Los creía más profesionales.
- Salmerón piensa que actúan tan impunemente porque se sienten muy cómodos, protegidos, sin miedo. Ha marcado un radio de treinta minutos alrededor del hotel y está buscando algo que pudiese cuadrar con la descripción de Sandy.
- Mirian, tú ya sabes donde es ¿verdad? Lo noto en como hablas.
- No Pablo. No tengo ni idea de donde ha podido estar Sandy, solo sé que está aquí, a salvo y que no voy a separarme de ella. Tú puedes ir donde quieras – Pablo notó algo extraño en la forma de hablar de Mirian. Sus ojos brillaban cuando miraban a la chica rubia tendida en la cama y su mano apretaba con fuerza la de ella. La imagen despertaba mucha ternura.
- Está bien. Me moveré por mi cuenta. Es posible que Salmerón necesite alguna ayuda extra.
- Ten mucho cuidado amigo.
- Lo tendré, no te preocupes. Gracias Mirian.

Bajó por las escaleras nuevamente tras cerrar la puerta y dejar en su habitación a las dos chicas. En el vestíbulo no había nadie en ese momento, por lo que pudo salir con total tranquilidad del hotel. Su mente avanzaba más que sus piernas. Lo primero que debía encontrarse era un mapa de La Habana y trazar un círculo alrededor del hotel *Principal* desde donde comenzar a buscar. Si el epicentro se situaba en el hotel, no debía haber mucho donde mirar, al fin y al cabo, la mitad de ese círculo era agua. Obviamente estaba en un gran error porque descartando el caribe, había muchos kilómetros a la redonda donde buscar. Quizá todo el mundo tenía razón y lo mejor era dejarlo todo en manos de Salmerón y su gente, ellos sabrían bien donde buscar y acabar con la mafia que explotan a seres humanos indefensos, como la pobre Sandy.

Salió del hotel sin un plan fijo. Estuvo en la puerta durante unos minutos y por fin se decidió a caminar. Antes de llegar a la esquina del hotel, alguien desde unos matorrales salió en su encuentro. Era el guardaespaldas de Magnolia. Sin hablar, le indicó que le siguiese y juntos llegaron a un coche donde se encontraba la cooperante española. Le abrió la puerta trasera y se sentó junto a ella.

- No estás seguro en el hotel Pablo. Es mejor que vengas conmigo hasta que vuelvas a España.
- ¿Dónde vamos?
- Iremos a mi casa
- ¿Tienes una casa en La Habana? Realmente eres toda una caja de sorpresas.
- Bueno, después del segundo viaje, creí que sería muy práctico tener mi propia casa, dejar de inflar la cuenta de los hoteleros. Aunque llamarlo casa quizás es muy pretencioso.
- Cuatro paredes y un techo es un hogar Magnolia, no necesita tener mil metros, solo el confort de un verdadero hogar.
- Entonces sí es una casa, un hogar como tú dices. Quiero que te quedes allí mientras se soluciona todo. Salmerón ha empezado a indagar a partir de lo que le ha contado Sandy. No puedo creer que nadie hubiese sido consciente antes de lo que estaba pasando.
- No te martirices amiga, son unos profesionales y además han de tener muchos contactos de otra forma no habría sido posible exponerlas en el hotel durante la convención.
- En eso tienes razón Pablo – La mirada de Magnolia se perdió durante unos instantes a través del cristal del coche – Rafael, vamos hacía la comisaría. Se me ha ocurrido algo que he de comentar con el comisario.

El auto giró en la siguiente esquina y Pablo miró a la mujer interrogándole, pero ella no soltó palabra alguna, simplemente siguió con la mirada perdida y muda en el corto trayecto que duró la marcha.

Aparcaron delante del local y Magnolia le pidió a Pablo que no bajase del coche. Se acercó a la puerta y de repente notó una presencia tras ella, no dudaba que se trataba de él, era incorregible e insensato. La mujer se giró para reprocharle la actitud, sin embargo, sabía que gracias a Pablo podrían estar a punto de descubrir la mayor trama de trata de personas en la isla así que giró nuevamente hacia la puerta y la abrió.

Salmerón se encontraba en su mesa, mucho más llena de papeles de lo que Pablo recordaba haberla visto antes.

- ¡Magnolia! Pero que haces aquí. Creo que te advertí que Él no podía salir de tu casa – señaló con el dedo a Pablo mientras vociferaba a la mujer.

- Joaquín, tengo que decirte algo muy importante y Pablo fue quien me hizo pensar en ello. No había tiempo que perder, ni siquiera para dejarlo en mi casa. Recuerdo que mencionaste la posibilidad de que el lugar donde estuvo retenida Sandy podría ser un local grande, con diferentes alturas ya que ella recuerda que bajó varios pisos.
- Bueno, es una conjetura.
- ¿Podría ser un hotel?
- Ya lo he pensado, pero no encuentro la relación.
- Cuando Pablo me dijo que la banda debería tener muchos contactos ya que mostraron a las chicas impunemente en El Principal, me hizo pensar que uno de los contactos debería ser el dueño del hotel, por lo tanto, podría ser incluso el propio dueño el que estuviese tras la banda. Recordé que el dueño del Principal también es dueño de otro hotel.
- El Caribe – dijo Salmerón levantándose como por un resorte de la silla – y ese hotel está a media hora en carro del Principal.
- Exacto. Por eso hemos venido tan rápido Joaquín, y ¿si esos hijos de puta las tienen retenidas allí?
- No hay tiempo que perder, vamos a ir al Caribe, pero sin levantar sospechas. Pablo, podrías ir con Magnolia ya que los dos sois españoles y pedir habitación.
- Pero comisario, a mí me han visto ya.
- Tendríamos muy mala suerte si la persona de recepción fuese uno de los tipos que te conoce. En cualquier caso, es nuestra mejor baza o mejor dicho... nuestra única baza.

El Caribe era un hotel grande. Un edificio cuadrado sin ninguna referencia arquitectónica. Como había comentado el comisario, se encontraba exactamente a cuarenta y tres minutos del hotel Principal, volando por la autopista nacional hasta la calle 40 de la ciudad de San José de las Lajas. Durante el trayecto, Magnolia le fue dando indicaciones a Pablo sobre como deberían actuar. Ella pasaría por la esposa callada que deja al marido hacerlo todo, aunque en realidad ese papel le hacía sentir ridícula, distaba tanto de la mujer que ella era. Pablo por su parte debería ser todo cordialidad.

Llegaron en el carro que utilizaba el guardaespaldas de la mujer, el cual fue asignado por Salmerón después de conocerse los detalles del Principal. Aparcaron en la misma

calle, había sitio suficiente ya que no era precisamente una zona turística y se encaminaron hacia la puerta de entrada. Salmerón les proporcionó una maleta que estaba en la comisaría, en la zona de objetos perdidos, por lo que la trama estaba toda lista para ser puesta en marcha. El vestíbulo era pequeño, coqueto y adornado en estilo colonial. Muebles recargados de maderas nobles y un mostrador lleno de espejos donde Pablo y Magnolia pudieron ver a dos extraños representando el papel de su vida. El muchacho de recepción los recibió con una sonrisa y les atendió de inmediato. No tuvieron demasiado problema para poder obtener la habitación y Magnolia se encargó de solicitar camas separadas, aludiendo en tono jocoso que era imposible dormir al lado del roncadador más potente del mundo. Indagaron si el hotel tenía aparcamiento privado para poder estacionar el vehículo, les dijeron que lamentablemente el aparcamiento estaba reservado solo a personal del hotel. Así que sin más espera subieron a la habitación que se encontraba en el primer piso, para comunicarse con el comisario. Era un cuarto espacioso, con cortinas color ocre que no desentonaban con el mobiliario, estilo regio, con maderas antiguas. Las camas, aparecían pequeñas en un espacio de más de treinta metros cuadrados y dos armarios empotrados dejaban entrever sábanas amarillentas por las ranuras que se perfilaban como heridas realizadas a la madera. Una mesa que sostenía un antiguo televisor y un sofá era el complemento lúdico.

- Hola Joaquín. Ya estamos instalados. No hemos tenido problema alguno, hemos dado nuestros documentos y en principio no hay novedad. ¿Qué hemos de hacer ahora?
- Necesitamos saber si las chicas están en alguna de las plantas retenidas, por lo tanto, de forma discreta, deberéis revisar el hotel.
- Eso será fácil. ¿Qué hacemos si no vemos nada anormal?
- Bueno, según lo que nos ha contado Sandy, salieron por un pasillo, entraron en un ascensor para marchar en unas furgonetas. Si están ahí, toda esta logística es la que tenemos que descubrir.
- De acuerdo entonces. Vamos a ir revisando y en cuanto tenga alguna novedad vuelvo a llamarte.
- Magnolia. Tened mucho cuidado. Me temo que no van a ser precisamente compasivos si os encuentran ellos a vosotros. Además, está Pablo, ese hombre se está jugando mucho de forma altruista y tengo en mi conciencia su seguridad, además de ser mi responsabilidad.

- Estate tranquilo, ya sabes que sé cuidarme solita y cuidaré de mi compatriota. No lo dudes.
- Gracias y buena suerte.

La mujer comentó con Pablo la conversación mantenida con el comisario y entre ambos deciden un pequeño plan de actuación. Ella iría a revisar los pisos superiores y él bajaría a visionar los inferiores. Una vez terminada esta acción, se volverían a encontrar en la habitación.

Pablo bajó las escaleras que le separaban de recepción. En el vestíbulo había tres puertas, todas ellas cerradas y sin carteles identificativos. Al ver que en ese momento no había nadie en el mostrador, se acercó a la puerta más próxima a donde se encontraba e intentó abrirla, no pudo ya que estaba cerrada con llave. Acto seguido hizo girar el pomo de otra de las puertas y en este caso sí cedió, la abrió y pasó al interior, cerrando tras de sí.

Apareció en un pequeño descansillo, había unas escaleras que se dirigían hacia la parte superior e inferior del edificio y supuso que se trataría de la escalera de emergencia, aunque era un poco raro que no estuviese así identificado. Comenzó a bajar la escalera y en el piso inferior, encontró otra puerta. Decidió bajar todas las plantas antes de abrir alguna puerta, en total contó cuatro pisos. En el último, se podía oír el clásico sonido de calderas y tuberías que normalmente se encuentran en todos los edificios como el del hotel, con servicios centralizados de calefacción. Intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada también. En aquel espacio no encontró nada más por lo que decidió ir al piso superior.

En este había dos puertas más. Una de ellas estaba cerrada con un candado. Era marrón con molduras y más parecía la puerta interior de una casa que la de acceso a alguna parte en un hotel. Había un pequeño agujero por el que salía una cadena y esta estaba unida a un grueso candado. Pablo miró a través del agujero y solo vio oscuridad. Se giró e intentó abrir la segunda puerta que enseguida cedió. Haciendo el mínimo ruido, logró introducirse en el espacio tras la madera y cerró tras de sí. No lograba ver nada y esperó un tiempo a que sus ojos se acostumbrasen. Anduvo unos metros palpando una de las paredes. Pudo ver un espacio abierto, y se dirigió hacia allí. Caminaba con cuidado, cualquier ruido podía ser peligroso. De repente percibió que algo o alguien se movía a sus espaldas. Quiso girarse para intentar ver que ocurría, pero no tuvo tiempo. La

ceguera que tenía por la falta de luz se incrementó con la que le ocasionó el golpe seco que le propinaron en la nuca. Cayó al suelo y desde ese instante, Pablo solo fue un bulto más en el suelo de aquella estancia.

Cuando despertó, estaba sentado en una silla, atado a la misma con una gruesa cuerda. La habitación estaba en semi oscuridad y no recordaba cómo había llegado allí. Intentó moverse, pero era imposible. Las ataduras y el dolor agudo en la nuca le inmovilizaron totalmente. Desde su posición, pudo ver una mesa delante de él y al otro lado un tipo gordo hablaba con otro más delgado y rubio. Pablo tosió un poco y en ese mismo instante se giró el rubio y se incorporó el “gordo”. La situación se repetía, era la misma de cuando lo apresaron y le rompieron el móvil, aunque los tipos no eran exactamente los mismos, todo parecía un macabro *dejabu*

- Bueno. Ya tenemos despierto al entrometido “ceniciento” habló desde detrás de la mesa con una voz ronca y grasienta el tipo gordo.
- ¿Dónde estoy? ¿Quiénes son ustedes? – Pablo notó que su propia voz resonaba en su cabeza como si estuviese en una cueva.
- Espera. Es español. Vamos, hemos tenido mucha suerte, debe ser el maldito español que andaba metiendo las narices intentando saber algo de la puta que se nos ha escapado.

Pablo supo enseguida lo que estaba ocurriendo. Lo habían atrapado cuando se metió en aquel cuarto del semisótano y estos eran los hombres que tenían secuestrada a Sandy.

- Si, soy español. También es cierto que buscaba a Sandy, pero no sé nada de ella.
- ¿No me tomarás por un estúpido verdad? ¿Acaso crees que me vas a poder engañar otra vez? De Barragán no se ríe nadie. ¡¡Lo entiendes!! ¿Sabes lo que voy a hacer?, te voy a dejar un rato con nuestro amigo Armagedón. ¿Sabes quién es?
- No tengo ni idea, pero tampoco me importa – Pablo intentó ganar tiempo hablando con ellos.
- ¿Has oído eso Raúl? Acto seguido ambos rieron a carcajadas, unas carcajadas que parecían las mismísimas arcadas de Satanás. Ya verás si te importa quién es Armagedón cuando destroce tu fea cara. Raúl, ve a buscarlo. No me voy a perder lo que le va a hacer a este cadáver.
- ¿Qué es lo que quiere de mí?

- Pues es muy sencillo, ¿Dónde está la puta? Esa ramera se nos ha escapado y si tú andabas buscando información de ella, y estás aquí, quien me dice que no te ha dicho algo ella y, por lo tanto – Barragán se levantó de la mesa y se dirigió hacia donde se encontraba Pablo, se colocó a menos de diez centímetros de su cara – Tú debes saber dónde está.

El aliento del hombre era un cubo de basura. Hizo que a Pablo le llegasen arcadas y estuvo a punto de vomitarle en la cara.

- No sé nada de ella y si estoy aquí es precisamente porque ando buscándola.

No esperaba la reacción de Barragán, el puño grueso y pequeño impactó en el estómago de Pablo que esta vez sí vomitó lo poco que llevaba en él. El impacto hizo que cayese hacia atrás y la cabeza golpeó el suelo. Creyó que era el fin. Al caer hacia atrás, empezó a tragar el vómito y notó que se ahogaba, unido al dolor que le penetró por la nuca y se deslizó como un cuchillo hacia los ojos. El tipo rubio levantó, no sin problemas la silla y así pudo recobrar el aliento mientras una masa caliente y agría resbalaba por la boca.

- Esto ha sido una caricia muchacho comparado con lo que te va a hacer Armagedón. Raúl, por favor, ahora si tráete al grandullón.
- Si patrón. Voy a buscarlo ahora mismo.

Pablo sabía que no podría aguantar los golpes, nunca fue un atleta y con el que le había propinado Barragán, estaba ya bastante “tocado”. Sintió miedo, miedo a perder la vida en aquella maldita silla. Sandy ya estaba a salvo y en aquel lugar era donde estaba el resto de las chicas, pero ¿Quién le iba a poder salvar a él?

Barragán volvió al sitio que ocupaba en la mesa, lo miraba y negaba con la cabeza.

- ¿Chico por qué quieres morir?
- Yo.... Yo no quiero morir. Le juro que no sé nada de la chica. He fracasado.
- ¡¡Y una mierda!! ¿Cómo has llegado aquí? ¿Dónde está la loca que te acompañaba? ¿Dónde está la zorra?

En mejores condiciones, se hubiese dado cuenta que le estaba preguntando por Magnolia, pero dada la situación en la que estaba, no lo percibió.

- Esa chica vale su peso en oro y no estoy dispuesto a perder ni un solo gramo. Cada cabello de esa zorra rubia es un lingote ¿Lo entiendes?

La puerta por donde salió el llamado Raúl se abrió de golpe, con un estruendo y dos hombres vestidos de policía entraron apartando a Barragán de la mesa y tirándolo directamente al suelo.

- Policía de La Habana. No se mueva.

Pablo no creía lo que estaba oyendo. Uno de los policías se tiró literalmente sobre el cuerpo del hombre gordo y empezó a esposarlo mientras el otro se acercó hacia él.

- Todo ha acabado señor Vetti. ¿Cómo se encuentra? – El policía le estaba desatando mientras le hablaba.

Desde debajo de la mesa se oía a Barragán gritar - ¿Pero que estáis haciendo hijos de puta? No sabéis quien soy ¿Verdad?

- Si lo sabemos Manuel Barragán y está detenido por tráfico de personas, intento de asesinato y otros cargos que se me irán ocurriendo – La voz que decía estas maravillosas palabras, eran las de Joaquín Salmerón que entraba en ese momento por la puerta seguido de otro policía que Pablo identificó como uno de sus ayudantes.
- Calma Pablo. No hables ahora, ya estás en buenas manos
- Comisario.... Mi querido comisario – Acto seguido se desmayó

Llevaba ya varios días en el hospital de La Habana, por las sábanas y otros detalles vio que se trataba del Hospital Universitario Comandante Manuel Fajardo. Las enfermeras no le habían hablado de nada de lo ocurrido. Le habían ingresado en observación por el desmayo que tuvo provocado por los golpes que había recibido. Esa tarde, después de comer, pasó uno de los médicos a verle. Era un hombre alto, delgado y con una mirada tierna, parecía un niño gigante, muy atentamente le informó que las pruebas estaban descartando lesiones cerebrales y que en unos días le daría definitivamente el alta. Pablo preguntó por el comisario Salmerón, pero el médico le comentó que él no sabía nada. Simplemente le estaba tratando. Cuando salió de la habitación, sonaron unos golpecitos en la puerta. Era una grata visita, Magnolia y Mirian venían a verle. Por fin podría saber

qué es lo que ocurrió en el hotel Caribe. Aún le dolía la cabeza, pero estaba dispuesto aguantar el dolor a cambio de la información sobre lo que había pasado.

- Pablo. ¿Como estás? – Mirian fue la primera en acercarse a la cama y abrazarlo.
- Mirian, Magnolia, que bien que vuelvo a veros. Yo estoy bien. Aún tengo algo de dolor, pero estoy deseando salir de la cama. ¿Sandy está bien? ¿Y el resto de las chicas? ¿Cómo me encontrasteis?
- Pablo, ten calma – Ahora la que hablaba era Magnolia – Poco a poco te lo contará todo el comisario. Nos ha pedido que por favor no te contemos nada hasta que estés completamente bien y entonces será él quien te haga la explicación de todo lo ocurrido. Va a necesitar tu declaración.
- Pero ¿Cómo me pides eso? No sé cuánto tiempo llevo aquí y no he recibido ni una noticia desde entonces.
- Bueno, algo si podemos contarte. Según nos ha dicho Salmerón, él vendrá mañana por la mañana y te hará varias preguntas y te pedirá que firmes una declaración. Entre tanto, Mirian, ¿quieres contar a Pablo como está Sandy?
- Claro que sí. Pablo, Sandy y yo hemos empezado a vivir juntas. Hemos descubierto que entre nosotras ha nacido un amor puro y limpio. Ahora está en mi casa y de momento solo Magnolia, Salmerón y tú sabéis donde se encuentra.
- Mirian, es una noticia maravillosa. Me alegro tanto por vosotras. Y sé que la cuidarás y recibirás de ella el amor que te mereces – Pablo agarró la mano de la chica y la apretó fuertemente.
- El resto de las chicas... están mejorando. Pablo todo es muy cruel para contártelo ahora, de momento solo has de pensar que ya ha acabado este oscuro episodio y que ha sido gracias a ti.
- No digas tonterías Magnolia, todos hemos aportado nuestro grano de arena para poder encontrar a esos cabrones.
- Bueno. Ya está bien por ahora – Entró una enfermera y animó a las mujeres a salir de la habitación.
- Si. Ya nos marchamos. Pablo, mañana vendrá el comisario y te lo contará todo. Ahora por favor, descansa.

Se despidieron de él con un tierno e intenso abrazo dejando la habitación llena de un aroma de cariño y amistad. Descansó durante un tiempo que le pareció minúsculo, sin embargo, habían pasado dos horas cuando una enfermera lo despertó para entregarle la

cena. Era ligera, consistía en un plato con algunos guisantes con patatas hervidas y un trozo de pescado que se encontraba medio crudo.

Una vez hubo terminado con aquello a lo que la enfermera llamó cena, se recostó y comenzó a pensar en los acontecimientos ocurridos, llegando a la conclusión de que toda la operación estuvo basada en diferentes coincidencias que los llevaron atrapar aquella calaña, de buen seguro, no hubieran dudado en matarle si no les contaba donde estaba Sandy.

También reflexionó sobre la relación que había surgido inesperadamente entre Mirian y Sandy. Era la guinda de un pastel que al inicio de la confección solo contaba con ingredientes agrios y amargos. Se alegraba por las chicas y les deseaba de corazón que fuese una relación fuerte y estable. Pensando en todo ello, se quedó dormido y solo esperaba que llegase Salmerón para poder sacarlo de la montaña de dudas que en esos momentos tenía, debía saber todo antes de volver a su casa, con su familia y dejar atrás todo lo que había ocurrido en La Habana.

Tal y como le prometió Magnolia, el comisario Salmerón apareció por la mañana. Pablo ya había desayunado y la visita del médico le tranquilizó. Estaba mejorando de forma muy rápida y en breve le dejaría ir para casa, aunque él no sabía que su casa estaba al otro lado del Atlántico.

Salmerón entró muy serio en la habitación, saludó a Pablo y solicitó a la enfermera que los dejara solos. Se notaba que no era una visita de cortesía, aunque el comisario estuvo afable todo el tiempo.

- Pablo. Como ya te han comentado tendrás que hacer una declaración de todo lo que ocurrió. Esas personas pueden ser castigadas a penas muy graves y necesitaremos tener atados todos los cabos.
- Comisario. Yo te contaré todo lo que ocurrió en el hotel, aunque creo que lo intuyes. De lo que recuerdo – Pablo se tocó la cabeza y Salmerón lo atajó con la mano.
- No me cuentes nada aún, creo que sigues débil y tendremos tiempo.
- Mejor así. Pero por favor, cuéntame cómo consiguieron entrar. Si no llegáis a venir, ahora no estaría hablando contigo.

Salmerón se sentó en una silla que había colocada cerca de la cama y suspiró antes de comenzar el relato. Empezó explicando que hacía tiempo andaban tras los pasos de Jose Manuel Barragán. Era el dueño del hotel Caribe y según sabía también formaba parte de los propietarios del hotel Principal. En una ocasión y debido a unas quejas que hicieron unos turistas, Salmerón fue a visitar a Barragán a las oficinas. Le pidió que arreglase el problema con los turistas y que, por favor, tuviese cuidado con ellos. La respuesta que recibió fue suficiente para que pasase a formar parte de los personajes conflictivos que la policía debía tener vigilado. Al régimen no le gusta que haya el más mínimo malentendido con los turistas que dejan una buena cantidad de dinero.

En otra ocasión, se detectó una partida de juego ilegal a través también de una denuncia de un turista al que habían desplumado. Curiosamente apareció el nombre de Barragán metido en esa timba por lo que pasó a formar parte de la lista de personas a las que había que visitar una vez al mes como mínimo para recordarle cuales son las normas que rigen. En cualquier caso, nunca se sospechó de él en asuntos tan graves como la trata de personas.

Cuando Magnolia le comentó que había visto a las chicas por el vestíbulo del Principal, enseguida pensó que Barragán podría tener algo que ver. Fue una mezcla de corazonada reforzada por los antecedentes. Aunque se daba el caso de algunas desapariciones, normalmente relacionadas con personas que intentaban salir de la isla, nunca habían ocurrido tantas y en un espacio corto de tiempo. Salmerón le confesó a Pablo que habían recibido diez notificaciones de desapariciones de chicas en las últimas semanas, aunque las fechas eran anteriores a la llegada de él a Cuba. Las familias piensan que se marchan en busca de un futuro mejor o que quizás están con un turista y volverán a casa un día u otro. Cuando comenzaron las denuncias, fue como si se hubiese abierto la veda y comenzaron a llegar casi a diario.

Sandy le contó que sospechaba algo porque se sentía vigilada. Se inventó lo de los santeros ya que había oído, que, en alguna ocasión, se habían llevado niños y jóvenes para sus prácticas. Con estos cuentos de vieja escribió la carta a Benjamín para que viniese a buscarla, la carta que tu encontraste. En parte quería salir por miedo y en parte por ir a España, a un lugar mejor para ella.

El comisario se sentía cómodo explicando a Pablo todo lo ocurrido y se estaba exonerando del peso de culpa que tenía por no haber percibido lo que estaba ocurriendo delante de sus propias narices.

- ¿Y por qué no fue a interrogar a Barragán? – Pablo ansiaba conocer todo.
- Tranquilo muchacho. Poco a poco.

El comisario le contó que Barragán era una de las personas más influyentes de la isla. En sus hoteles, cerraban grandes tratos, recibían a los más altos mandatarios mundiales e incluso se decía que en sus habitaciones Castro nombraba o destituía ministros a su antojo, por lo tanto, no cabía ninguna posibilidad de errores.

Cuando los envió al hotel Caribe, fue más por una cesión a Magnolia que por una convicción suya. Si ella estaba en lo cierto y Barragán tenía algo que ver con todo lo sucedido, debía informar a sus superiores y pensar bien la jugada. No fue fácil convencerles ya que si fallaba su carrera o quizás algo más estaría acabado. Así que esperó que la mujer se comunicase con él dándole novedades antes de hablar con los superiores.

Magnolia bajó a la planta donde estaba situada la recepción después de esperar en la habitación tal y como habían acordado. Sabía que algo no andaba bien. En la recepción no se encontraba nadie en ese momento por lo que decidió hacer el camino que Pablo hizo para poder saber si él estaba en alguno de los pisos inferiores. Al llegar al sobre sótano, vio una puerta semi abierta y escuchó la voz de barragán gritar a Pablo, además pudo percibir perfectamente el ruido de golpes e intuyó que lo estaban torturando, por lo que volvió sobre sus pasos y llamó a Salmerón.

Con esta información, el comisario envió dos patrullas al hotel y le pidió a Magnolia que no se moviese de la habitación, entretanto él hablaba con sus superiores. Cuando obtuvo la autorización, el ayudante y el propio comisario se encaminaron también hacia el hotel, donde entraron sin más dilación en las dependencias donde lo encontraron.

Registraron el resto de las habitaciones inferiores y encontraron las celdas donde tenían a las chicas. En total detuvieron a seis personas, entre ellas al gigantón que conocían como “Armagedón” y en las pequeñas habitaciones, pudieron liberar a doce mujeres. Fueron momentos de mucha tensión ya que una vez arrestado Barragán, el resto de la banda intentó escapar o morir matando, aunque no hizo falta hacer ni un solo disparo.

La furgoneta Volkswagen salía y entraba a través del garaje del hotel sin levantar la más mínima sospecha y todo se hacía con la connivencia de varios policías que ya habían sido también arrestados.

Finalmente, todas las piezas encajaron y se pudo desmontar, gracias a Pablo y Magnolia la mayor red de trata de blancas dentro de la isla. La cesta estaba llena de manzanas podridas que amenazaban con pudrir muchas más.

Esa mañana el sol se encontraba más luminoso y el calor había dejado paso a una temperatura agradable. Pablo se encontraba en la terminal uno del Aeropuerto José Martín de La Habana con una maleta nueva, o más bien con una usada que llevó al hotel Caribe pero que era nueva para él. Pasó por la comisaría a despedirse de Joaquín Salmerón. El comisario, vivamente emocionado le abrazó y le deseó mucha suerte a la vez que le agradeció la ayuda durante todo aquel tiempo, aunque también le regañó por no haber seguido las indicaciones que le daba. Dejaba allí un amigo y sabía que siempre que volviese por Cuba podría contar con su apoyo.

Por megafonía anunciaban el vuelo a Madrid. Junto a Pablo se encontraba Mirian y una irreconocible Sandy. Sonriente y feliz.

- Mirian, perdona por haberte metido en un lío que podía haberte costado muy caro.
- Por favor, Pablo. Nos has ayudado a todos y gracias a ti he conocido al amor de mi vida – La chica miró tiernamente los ojos de Sandy y ambas sonrieron.
- Me alegro mucho por vosotras. Sandy, tu carta me trajo hasta aquí y ahora que te veo sonreír de esa forma, sé que ya puedo romperla y lanzarla lejos.
- Si amigo – Sandy se acercó a Pablo y le habló en voz baja – Por favor, si ve a Benjamín dígame que estoy bien. Él también es un gran hombre.
- Descuida, haré lo posible por encontrarle y le contaré lo feliz que estás.

Giró la cabeza al oír su nombre. Se trataba de Magnolia. Se acercaba hacía él a paso ligero, con un vestido que encajaba perfectamente con su sonrisa.

- Gracias, gracias. Mil gracias, amigo.
- La verdad es que han sido unos días duros, pero afortunadamente ya acabó todo.
- Si Pablo. Has hecho un gran favor a estas chicas. Espero que nunca más vuelvan a pasar por algo así.

- Nunca se puede saber mi querida Magnolia. El mal radica en el fondo de muchas personas y siempre estará dentro de ellas.
- Ojalá pudiésemos erradicarlo, pero, creo es misión imposible.
- Así es. ¿Cuándo vuelves a España?
- De momento me quedaré unos meses. Joaquín me han pedido que me haga cargo de las chicas. Que las ayude después de la experiencia que han vivido. Mirian y Sandy me ayudarán.
- Espero vaya muy bien y me mantengas informado.
- Claro Pablo, te enviaré alguna carta contándote cómo evoluciona todo.
- ¡NO! Por favor. Nada de cartas nunca más – Ambos se abrazaron y rieron.

Dejó la pequeña maleta en la cinta y se encaminó hacia la puerta de embarque. Se giró y levantó la mano despidiéndose de aquellas tres mujeres, tan diferentes e iguales a la vez. Continuó con la mano levantada hasta que las perdió de vista. En aquel momento, el vacío que sintió dentro hizo que una lágrima rodara por su cara. Por fin todos eran libres.

FIN